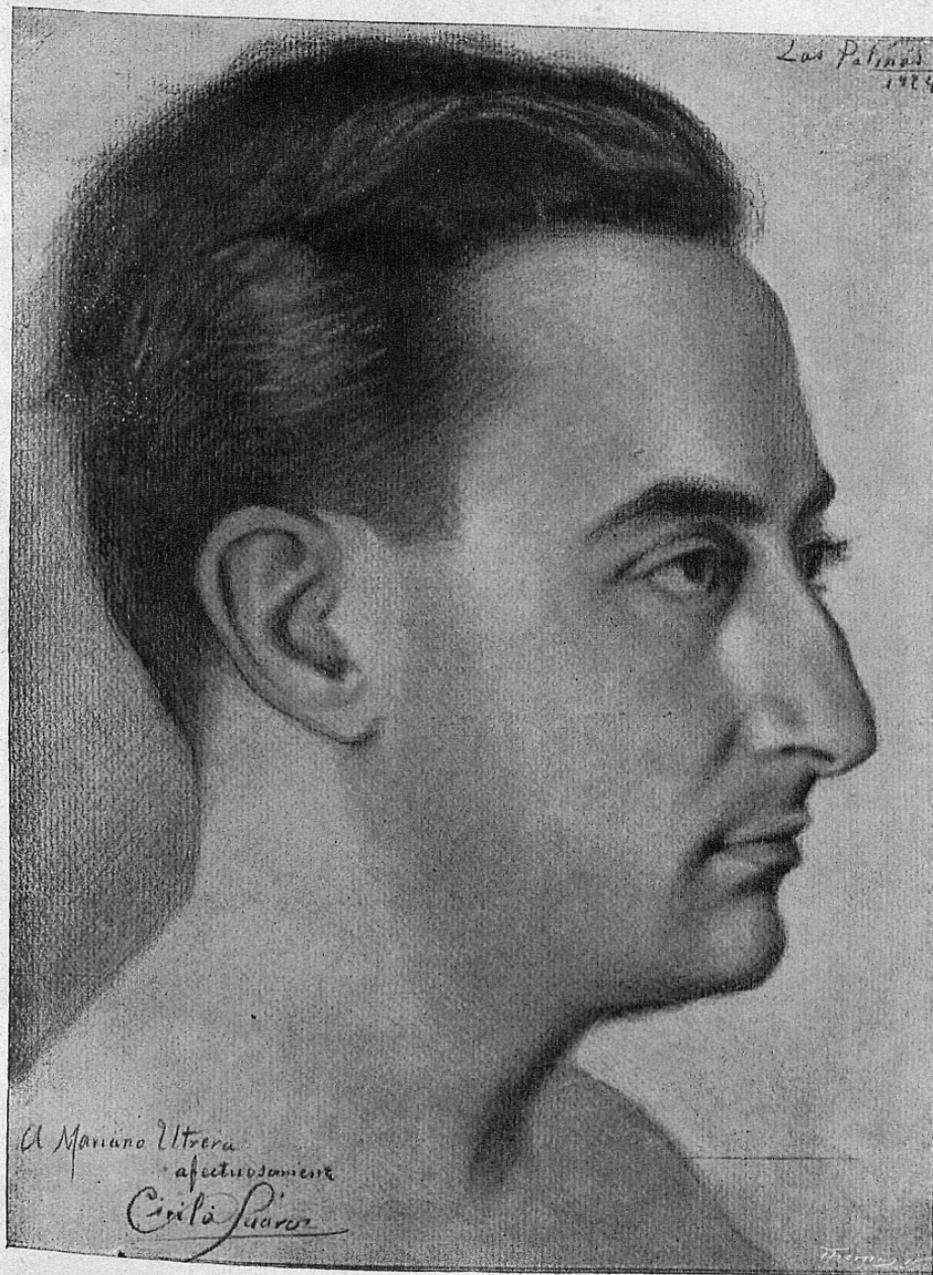


# HISTORIA DE CANARIAS



Por  
M. V. TRERA y ABEZAS:



Las Palmas  
1924

A Mariano Ultrera  
afectuosamente  
Cirilo Suarez

# Historia de Canarias

LIBRO PRIMERO

POR

MARIANO UTRERA Y CABEZAS.



ZAMORA.

**SIN VALOR COMERCIAL**

---

---

TIP. "DIARIO"

BUENOS AIRES 36. - LAS PALMAS.

**PORTADA**  
**POR**  
**ALBERTO MANRIQUE DE LARA.**  
**RETRATO DEL AUTOR Y EXLIBRIS**  
**POR**  
**CIRILO SUÁREZ.**



## Obras del mismo autor

---

### PUBLICADAS:

Los estudios y prácticas de navegación en España

Sus deficiencias y proyecto de reforma.

(Premiada por el E. M. Central de la Armada.)

Pendiente de reeditarse.



La Reserva Naval en España.

Sus deficiencias y proyecto de reforma.

(Premiada por el E. M. Central de la Armada.)

Pendiente de reeditarse.



### EN PRENSA:

Historia de Canarias.

Libro II.



### EN PREPARACIÓN:

Historia de Canarias.

Libros III, IV y V.

Leyendas y tradiciones Canarias.

La prometida del emigrado.

Novela.

Juan el Gaviero.

Novela.

*Es propiedad del autor.*

*Quedan satisfechas las*

*prescripciones legales.*

Al Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria,  
y al Excmo. Ayuntamiento de Las Palmas hago  
la dedicación de este libro; porque ya que a su no-  
ble apoyo, en el orden económico, se debe el que hoy  
vea la luz pública, y con él aprendan las generaciones  
presentes la alteza de las pretéritas, deseo, y es jus-  
to, que a tanto como se dilate en tiempo y en espa-  
cio esta obra, alcance mi gratitud y aproveche el ejem-  
plo.

EL AUTOR.

---

---

# PORTADA

---

---

**P**REFIERO contemplar las obras de arte a saber lo que de ellas dicen los críticos; convencido de que éstos no logran con sus lucubraciones aumentar la intensidad emocional de aquéllas; si es que no la desvirtúan, diluyéndola en extrínsecas ideologías. Acontécame lo propio con respecto a la Historia. Ella lo dice todo, cuando el historiador sabe reconstituir los hechos. Yo definiría la Historia: «el arte científico de reconstruir la vida humana en su pretérito.» Arte, en cuanto que reconstruir el pasado equivale a animarlo, a infundirle su propia vida. Científico, por la función investigadora, con relación a los datos y al acoplamiento de los mismos. Ni sólo arte, ni sólo ciencia: un a modo de ensamblaje de entrambas modalidades intelectivas.

LA Historia, limitada a uno de los aspectos de la vida,—sea el social, el moral, el filosófico, el reli-

gioso: en general, al servicio de una idea—carece precisamente .. de vida; nos habla de la Humanidad como de un cadáver, y nos revela tan poco del dinamismo psicovital, como una momia hallada en un hipogeo. Intensificada a plena inspiración artística, resulta falseada, aunque bellamente, por su elevación por sobre la realidad hacia el ensueño. Por todo lo cual, si bien parezca una redundancia, la Historia debe ser solamente... Historia

Lo que ha acaecido, y como ha ocurrido, en la forma más aproximada a la realidad, según lo permita la lógica conjetural, es lo que buscamos en la Historia; porque es, ante todo, lo que queremos conocer. Conocimiento de nuestra propia naturaleza, a través de las diversas fases en que ha reaccionado a las influencias de su entorno, determinándose en la acción. Esta será, pues, el medio expresivo. Y solo por el conocimiento de la acción, podremos orientarnos en la intelección de nuestra naturaleza. El deseo de tal conocimiento es apetencia vital, sed de vida; vida desbordada de nuestra individualidad—demasiado limitada por el breve tiempo de su actualidad—para irrumpir en la profusa diversidad y en la variada matización del fenómeno vital en sus múltiples individuaciones. He aquí la maravillosa taumaturgia de la Historia: revivir con nuestra imaginación, proyectada hacia lo pretérito, toda la gama, obsesionante y sugestiva, de la individualidad; una dilatación de nuestra zona vital; una liberación de los encadenamientos del tiempo, del espacio y de la fragilidad de la materia orgánica. Y ello, en virtud del conocimiento histórico de nosotros mismos: o lo que es igual, de la Historia.

**El** mejor historiador será en consecuencia, aquel que opere con los datos en la manera más objetiva; sin falsearlos para llegar a conclusiones prede-terminadas, ni a interpretaciones de carácter subje-tivo, al modo de los artistas: únicos autorizados a la emancipación de la verdad real, en razón de no ser ésta la finalidad de sus laboraciones, sino la be-lleza y la intensificación pasional. Cuanto al histo-riógrafo, la aportación subjetiva ha de limitarse a la coordinación de los datos, según el mayor rigor ló-gico de investigación, para obtener la máxima pro-babilidad posible de reconstitución de la realidad. Su independencia de toda consecuencia ideal, le en-frenta con los hechos en la propia actitud de ecuá-nime serenidad que la del científico ante los fenó-menos que observa. Y al igual que éste dice, en ul-terior conclusión:—«La Naturaleza es así» —el his-toriador debe concluir; «—La Humanidad es así».

Ahora bien: ya realizada la labor deductiva, y, por tanto, en posesión del hecho histórico, debe expo-nerlo vitalizándolo, reanimándolo, revivificándolo; usando de toda la virtualidad palingenésica de su imaginación reconstructiva: arte, mediante el cual, como educación final de su labor, llega a presentar-nos la vida pretérita en su visión dinámica, que no al modo de los museos, hipogeos o ruinas. A lo-grar darnos la sensación de haber sido testigo pre-sencial de lo por él narrado, habría realizado ple-namente su función; puesto que, por transferencia imaginaria, nos habría convertido en espectadores. Tal es el caso en que la Historia nos produce el asombroso efecto de una lupa encantada, a cuyo través, se nos ofrece el sugestivo espectáculo de la

vida de la Humanidad, en tiempos, lugares y circunstancias, extraños a nuestra individualidad real, la cual dilata sus límites más allá de su círculo material, para vivir en imagen la vida de «la especie», y adquirir una más amplia conciencia de sí misma.

**NADA** en el universo, que tanto cuanto nuestra individualidad, pueda interesarnos. Como que la misma noción de Universo no es más que la conversión en imagen de un conjunto de sensaciones nuestras. Pero una imagen vaga, confusa, que intentamos hacer clara e inteligible. Nuestras facultades cognoscitivas son a manera de tentáculos que en torno nuestro tendemos, en una avidez insaciable de infinita expansión. El conjunto de las sensaciones aportadas por tales tentáculos se traduce en nuestra mente en la imagen del Universo. No lo conocemos, pues, sino como sensación: lo cual no es conocerlo; pero sí sentirlo. Sentirlo como la más profundamente interna de nuestras reacciones vitales, en la más sutil de sus actividades: la intelectual; reacción provocada por nuestra honda inquietud ante el enigma del mundo. Ahora, bien: la historia nos suministra el sentimiento de esta inquietud inquisitiva, a través de gran número y diversidad de individualidades. Abre más zonas a nuestro buceo tentacular. Dilatándose así nuestra apetencia de infinitud, se amplía y esclarece en grande parte su resultancia: la imagen del Universo.

**INSISTAMOS;** la Historia debe ser, únicamente, historia; reconstrucción de la vida de la Humanidad, que nos permita contemplarla imaginariamente, a modo de espectador perenne, de vitalidad superhumana: prodigio del intelecto, mediante el cual, nues-

tra mente, a lo largo de las perspectivas históricas, expande su potencialidad tentacular, hasta intuir una imagen de la vida, tan amplia, cual si la hubiera ido trazando en una larga serie de reencarnaciones.

De todo lo cual se infiere el gravísimo error en que se incurre al desvirtuar la Historia, con presentarla enfocada desde una sola perspectiva ideal. No admite la compaña de adjetivos; que estos siempre desustantivan en algún modo. No hay historia social, ni moral, ni política, ni económica, ni religiosa... La pasión por el ideal lleva al historiador a la parcialidad; unas veces, induciéndole a narrar los hechos tendenciosamente; otras omitiendo los que contradicen, o haciendo resaltar los que sirven de apoyo a la tesis sustentada. La realidad de la vida humana, a lo largo del tiempo, no cabe en los moldes de las ideologías. Muy al contrario: ella las contiene, en plenitud caótica, contradictoria... La fusión de todas ellas produce la verdad histórica; como en el blanco puro están contenidos todos los colores.

Es, pues, necesario que la Historia sea solamente historia, en su plena sustantividad y en la integridad de su proceso ocurrente. Únicamente así, puede asumir su altísimo valor como elemento cognoscitivo de la Humanidad a través del tiempo y de las distintas apariencias de su fenómeno, o epifenómeno. No de otra suerte podría revelarnos la oculta melodía de la Vida, en todo su rítmico desarrollo y en todas sus gradaciones tonales: desde la más feble a la más altisonante. La vida—fluido sutilísimo y siempre fugitivo—que a su rápido pasar, roza las cuerdas de una lira mágica—la Historia—dejando

como huella, en sus vibraciones, un rumor perdurable, que siendo como la inercia de ella misma en su luchar con la muerte, es para nosotros como el eco lejano de un infinito clamoreo de voces humanas.. Todos los intentos por desentrañar el sentido de la melodía, no pasarán más allá de meras interpretaciones subjetivas, personalísimas—según las resonancias ideales y sentimentales que en cada cual de los oyentes suscite.

---

TAL concepción, que podría denominarse de la historia pura, ha sido realizada por don Mariano Utrera y Cabezas, en su presente «Historia de Canarias»: obra que enriquece la historiografía nacional con una aportación verídica y ecuánime, donde el autor se abstiene de enjuiciamientos y consecuencias ideales, para no enturbiar el reflejo de pasado, para no desviar la reconstrucción de la realidad historiada, a la cual permanece fiel durante el curso narrativo de los acontecimientos, hábilmente animados, revivificados, hasta darnos la sensación de leer crónicas auténticas de las diversas épocas en referencia, escritas por testigos presenciales.

LA obra—que ha de proseguir en tomos sucesivos—parte de las referencias más remotas en lo pretérito, para finalizar en la fase contemporánea: desde los nebulosos atisbos de las mitologías y las leyendas, al actual vuelo trasatlántico del comandante Sr. Franco, en el cuál, como en las travesías de Colón y de los conquistadores de América, ha

representado este archipiélago un tan preponderante papel, que en su virtud, la Historia de Canarias rebasa la visión de lejanía e insularidad, para asumir un alto valor representativo en la Historia de España, por su eficiente contribución en la más importante de sus empresas: la expansión racial, por el descubrimiento y formación de las nacionalidades hispano americanas.

LA relación de los hechos está realizada, no a la manera fría y momificada del pseudo-historiador, quien se limita a registrarlos y catalogarlos en abstracto por su orden cronológico. Aquí, el señor Utrera ha infundido en los actores los sentimientos humanos de que eran animados en sus empresas; lo que nos facilita el conocimiento psicológico de ellos. No como meras abstracciones fantasmales se mueven, sino cual seres vivientes y actuantes, en un modo muy similar al de los de Plutarco: arte expositivo que permite al autor interesarnos en la lectura de los sucesos, mediante la sugestión emotiva del dramatismo contenido en ellos.

CON un muy sagaz conocimiento de la psicología del lector, el Sr. Utrera ha omitido todo género de digresiones y lucubraciones; pues podrían distraer su atención rompiendo el encanto de la representación imaginaria del suceso y despertándole de la visión histórica del mismo, la cual viene a ser como un ensueño maravilloso, como la rememoración de vidas anteriores en pasadas encarnaciones. A este efecto, usa en las narraciones de un lenguaje claro, limpio, preciso; de un estilo de habla de gran sencillez en su arquitectura sintáctica; lo que da a la lectura un cierto sabor de ranciedad, una vaga y di-

lulda sensación de conseja, gesta, o crónica, que satura la obra de una cierta vahación de antigüedad: cual si hubiera sido hallada en un viejo varguetto, donde fuera guardada cuidadosamente por un testigo presencial de los acaecimientos en ella narrados.

El complejo de estas cualidades hace de esta Historia de Canarias una obra singular, con interés propio; obra que fundamentalmente puede destacarse entre las similares, por su intensa potencialidad dinámica y emocional, por su serena objetividad, y por la mayor riqueza informativa, que ofrece desarrollada en perspectivas más amplias que las precedentes, por la mayor extensión de sus límites temporales y ocurriencias

*Gregorio G. Puigdevall.*





## PRÓLOGO

**L**ECTOR:

*Esta obra que te ofrezco viene al mundo huérfana de todo honor y de todo atractivo que no sea el de su propio y noble argumento. Otros muchos libros aparecen bajo el amparo y el prestigio de autores renombrados, y les basta con eso para crecer en fama y dilatarse por todo el mundo, aunque muchas veces sus méritos propios no sean acreedores a tanta prosperidad: ocurre con esto lo mismo que con el abolengo de las personas.*

*Esta obra es pobre en todas esas preseas, porque yó, que soy su autor, no las tengo para dárselas; pero en cambio posee otro mérito que es de mucha consideración para las personas honradas, porque para ellas, incluso los más indigentes, puede tener un tesoro, si nó en el cuerpo ni en el cerebro, en el alma, y en ella,— porque los libros también la tienen,— si que es valiosa la que te ofrezco, porque cuanto te expresa es sentido y es sincero.*

*Si te interesa su génesis, te diré que su concepción fué adventicia; fué operosa su formación, y a punto*

*estuvo de posar para siempre en el tranquilo sueño del olvido de todos, ménos de su infortunado progenitor, porque éste no veía por ningún camino los signos precursores de su ansiado alumbramiento.*

*¡Cuán ajeno me hallaba yo hace sólo seis años al enamoramiento que hoy siento por la grandeza pasada y por la prosperidad futura de este hermoso archipiélago!*

*Un día,—hace ese tiempo próximamente,—zarpé de la bahía de Cádiz a bordo de un buque velero: en él desempeñaba la plaza de primer Oficial; el rumbo que teníamos trazado era el de Vigo, pero nuestro destino, aunque inconscientes de él, era otro.*

*La primera singladura fué propicia a nuestro designio, pues en su noche avistábamos por una amura la luz de Punta Sagres, y algo más a la proa el faro de San Vicente. Pero nada es tan infundado en este mundo como los optimismos del marino, ni tan mudable como el destino de los que se fían al favor y a la constancia de los vientos.*

*Ello fué que de buenas a primeras aquellos mágicos instrumentos que le dicen al navegante cuales son los tiempos que le aguardan en breves plazos, comenzaron a darnos señales de alarma y a indicarnos al Norte como origen siniestro de la amenaza.*

*Con esta valiosa advertencia se aguzó en nosotros ese espíritu intuitivo que permite al marino leer el horóscopo de los vientos en el cielo, en los horizontes, en las aguas del mar, y hasta en las conmociones de las aves y de los peces.*

*Todos los signos de la Naturaleza presagiaban la inminencia del temporal. No nos mintieron: pocas millas nos faltaban por andar para cortar el meridiano de San Vicente, y nuestro buque las devoraba con febril inconsciencia: así abocamos enseguida a ese lugar que es como si dijéramos la puerta del Océano por-*

*que en él es donde se siente toda su plenitud indómita.*

*Quisimos doblar al Norte, pero de él descendían raudales de viento y montañas ingentes de espumosas olas.*

*Luchamos tenazmente contra este vértigo de la naturaleza durante ocho días, y al cabo de ellos, casi des- arbolados y con serias averías en la obra muerta y en el timón, no quedaba otro recurso que correr el tempo- ral hacia el Sur. Siguiendo esa dirección alcanzamos al cabo de otros siete días el desamparado fondeade- ro de Cabo Juby.*

*En esta ocasión, y en todas las que se me presen- ten, cumplo un sagrado deber rindiendo mi gratitud al prestigioso ex-Jefe político-militar de aquellos territo- rios españoles D. Francisco Bens y Argandoña por el noble y cariñoso acogimiento que para nosotros tuvo, y sobre todo por el valerosísimo arrojo conque acudió a bordo para auxiliarnos cuando hasta los mismos pes- cadores indígenas se habían negado a hacerlo por con- siderar de inmensa dificultad y de inminente riesgo el cruzar en su bote de remos las dos imponentes barras que se interponían entre nosotros y ellos. Sólo a cos- ta de embarcar él el primero, fué como logró levantar el espíritu de aquellos pescadores árabes, y hacerlos se- guir su valiente ejemplo, y llegar hasta nosotros con el bote medio inundado.*

*Valor, nobleza y bondad son las dotes culminantes del alma de ese Jefe benemérito por muchas razones de la Patria.*

*Poco después fué un vapor el que nos dió auxilio y el que nos remolcó hasta dejarnos fondeados en el Puerto de la Luz.*

*Así es como quiso el destino traerme a estas tie- rras. En esta misma forma aportó a ellas el azar, des- de tiempos muy remotos, célebres personajes que ilus- traron su memoria con interesantísimas noticias.*

*Ni que decir tiene que esta común circunstancia no es título suficiente para pretender yó codearme con ellos en los campos floridos de la gloria, porqué ni sueño con llegar a igualar sus memorables acciones, ni los tiempos que corremos son adecuados a ello.*

*Te aseguro, lector querido, que yo no soy dado a creer en augurios, y que por lo tanto no sujeto mi norma de conducta, ni menos mis ilusiones, a la superstición de indicios coindicatorios; esto te lo digo para que no se te ocurra el creer que la apreciación de esa circunstancia, puramente casual, pudo moverme a emprender la obra que en este momento te ofrezco: esto hubiera sido harto jactancioso y ridículo por mi parte.*

*La causa ha sido otra que ahora voy a explicarte.*

*Estoy casi seguro de que tú, hombre o mujer que pacientemente estás escuchándome, habrás sentido alguna vez en tu vida, en un lugar muy recóndito de tu ser, un movimiento, nobilísimo cuando es puro, que se llama el amor. Sin pararme en el análisis psicológico de sus misterios puedo decirte, y en ello convendrás conmigo, que se traduce en deseos benévolos hacia aquello que es su objeto; en cumplirlo está toda nuestra ventura; nuestra actividad se place en propagar sus gracias y sus bondades, y nuestro valor en defender sus purezas. Si esta defensa requiere fuerzas superiores a las nuestras, pasamos ante los seres indiferentes a nuestras pasiones por figuras quijotescas y sufrimos de ellos irónica compasión; en cambio a veces en el camino de nuestra existencia tenemos la fortuna de hallar almas gemelas a las nuestras, que acogen y abrigan al reflejo de nuestros propios ideales y alienan nuestros esfuerzos. Para estas es virtud lo que para las otras insensatez.*

*Pues bién, este es mi caso y esta mi fortuna.*

*Apenas llegué por tan extraña manera a estas hermosas tierras, me intrigué por conocer su historia,*

*porque nada hay que tan vivo interés me despierte, ni que tan provechoso encuentre, como la visión de los tiempos pasados, en cuya reflexión y análisis se encuentra la lección del presente y la experiencia del futuro.*

*Avidamente revolví tratados y archivos que me iban abriendo la luz a través de los siglos silentes; y a medida que en ellos se aposentaba mi alma, más y más se exaltaba su devota admiración por cuantas divinas reliquias de virtudes flotaban en el ambiente.*

*Dentro de aquellos vetustos sarcófagos sentí el deber sagrado de mi ofrenda, y con afán y constancia luché para hacerla digna de su elevado objeto, que era el de llamar la memoria de los vivos a su santa veneración.*

*La poca experiencia que mi edad concede; la insuficiencia de mi preparación en materias de Historia, y sobre todo el escaso espacio que puedo consagrar a esa difícil labor, hacen de mí la figura del iluso cuyas lanzas han de romperse una a una sin que por eso alcance nunca a merecer la consecución de su encumbrado ideal. Ironías de unos, alabanzas de otros, murmuren libremente,—dirigidas al propósito estas últimas, que no me envanecen ni las espero por otros méritos,—y yo mientras he de proseguir tenazmente, si Dios no lo impide, hasta el final de mi obra, que ojalá alcanzara a la altura de mi ideal.*

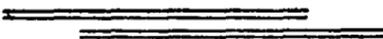
*No traduzcas, lector, cuanto te voy diciendo como un exordio tras el cual, y a cuenta de él, venga a pedirte clemencia para mi obra y aplausos para mi persona. Nada de eso: yo no admito a la clemencia como virtud sino en dos casos; cuando el delincuente erró por ignorancia, o cuando por ella se pueda alcanzar su enmienda.*

*Yo no estoy en el primer caso porque bien comprendo,—y ya te lo he dicho sinceramente,—la despro-*

*porción de mi capacidad, de mi preparación y del escaso tiempo de que dispongo para tan magna obra; no me alcanza el beneficio antes expresado, porque creo que el que debe perseguir la perfección, como yo la deseo, no se le allana el camino ocultándole sus defectos, sino haciéndoselos ver con franqueza, aunque sin faltar nunca a las normas de la debida corrección.*

*Lo único que si me atrevo a pedirte es que estimes mi ideal y mi voluntad, que con eso me enseñarás la nobleza de tu alma, y me obligarás a servirte con creyente entusiasmo como es mi esperanza.*

El autor.



# I

## La razón del pasado, del presente y del futuro de Canarias.

**L**a alta conveniencia y trascendente utilización universal que debe obtenerse de la existencia de las bases navales y aéreas que establecen las necesidades de la vida de relación internacional, constituye un inmenso beneficio geográfico no exento de deberes para los pueblos usufructuarios.

Deber de humanidad y de honor, unido al interés particular, exigen la perfecta adaptación a tan altos fines a aquellos países que puestos por la Naturaleza en esos lugares, deben constituir los puntos de apoyo de la inmensa red de intercambios mundiales.

Una parte de España tiene ese alto privilegio geográfico y ese sagrado deber internacional; y en tan alta proporción le alcanza, que es excepcional entre todos los de la tierra, como más adelante nos proponemos demostrar.

Esta parte de España es el Archipiélago Canario,

cuyas hermosas islas surgen del mar en el vértice de un sistema de líneas que tienen sus extremos, y unen entre sí, los focos más intensos de las actividades intelectuales y mercantiles del antiguo mundo, con los más fecundos centros de producciones agrícolas y pecuarias de la América Meridional y Central, y hasta de la circulación intensa que crea el intercambio del Pacífico con el Atlántico oriental, que por Magallanes y Panamá desemboca y se funde en la red general de la circulación de este Océano.

Además, la posición de estas islas es punto correspondiente a la derrota de los buques que unen a Europa con el litoral Atlántico-Africano, cuya importancia mercantil crece extraordinariamente, y ofrece en un porvenir próximo, zonas y mercados de capacidades productoras extraordinarias.

Junto con el favor de sus bellezas y grato clima, recibieron estas Islas de la Naturaleza la disposición topográfica más favorable para su adaptación al cumplimiento de su destino en la esfera mercantil de las actividades navales y aéreas.

Estas últimas condiciones fueron utilizadas y elogiadas con encomio por el famoso aviador francés Mr. Le Franc al efectuar en Diciembre de 1919 y Enero de 1920 el viaje de París a Dakar; por los portugueses Gago Coutinho y Sacadura Cabral cuando en ella hicieron escala al atravesar el Atlántico en su grandioso viaje desde Lisboa hasta Río de Janeiro en Abril de 1922, y por el Comandante Franco en su reciente viaje de estudios aereológicos sobre este Archipiélago, y sobre su línea de unión con la Península Ibérica.

De nuevo el destino las honra señalándolas como bases insuperables en que han de apoyarse tres futuros acontecimientos aeronáuticos de inmenso valor y

risueñas esperanzas; el vuelo de nuestro citado aviador D. Ramón Franco, de Puerto de Palos a Río Janeiro y Buenos Aires; el del Comandante italiano Casagrande de Génova al mismo término, y el del capitán español D. Ricardo Bellod y D. Joaquín Lóriga desde España a Fernando Póo.

Además están destinadas estas Islas a ser escalas insustituibles de la línea española de dirigibles Sevilla-Buenos Aires, de tan incalculables alcances como grandiosa concepción.

En lugar oportuno, y con la extensión que merece, haremos un estudio de los cuatro proyectos de navegación aérea con escalas en el Archipiélago que existen, uno en Francia, otro en Portugal y dos en España.

Ese incalculable valor mundial que en Canarias radica y que nace de sus condiciones geográficas, es por ley de colaboración social, origen de ineludibles deberes que imponen al Gobierno de la Nación en cuyas manos están, atenciones solícitas y protección decidida.

En cambio y recompensa recibiría, junto a un caudal de riquezas, el honor, la gratitud y la influencia económica que le corresponde a los pueblos capaces para apreciar y aptos para hacer valer sus valores internacionales.

Todo esto hago salir a colación en los dinteles de mi obra, como somero anticipo de ella, y porque soy un ferviente convencido del determinismo geográfico en el cumplimiento de la misión histórica de los pueblos a través de sus edades. El estudio fervoroso que profeso a la vida de Canarias me ha llevado al convencimiento de que aquella causa primigenia que es la razón de su azaroso pasado, es el mismo factor de su

próspero presente y será el motivo decisivo de su esplendor futuro, ya tangible.

Solo el cambio de los valores de relación, producto de las civilizaciones, hace derivar, en nuestro concepto, el destino de los pueblos; pero aún esta causa, —próxima y de fácil percepción—, marcha siempre consecuente y sumisa al designio geosófico.



## II

### El cumplimiento de un hecho providencial y el límite de dos edades.

**E**N dos partes principales se puede dividir el estudio de la Historia del Archipiélago Canario, si se toma como objeto principal del mismo la consideración de su influencia y enlace con la Historia Universal.

Abarca la primera el espacio cronológico dilatadísimo que transcurrió desde los albores de la Edad Antigua, a que se remontan los recuerdos del Imperio Egipcio, hasta aquella que presencié el descubrimiento de América; y la segunda, desde esa extraordinaria epopeya hasta nuestros días. Porque si bien en el largo transcurso de los siglos que de esa manera agrupamos, se cumplieron en la historia del Archipiélago hechos marítimos de importancia relativa, ninguno alcanzó a cambiar el estado del mismo hasta el punto de marcar un nuevo carácter u orientación a su estado interno ni a sus relaciones de cultura y actividad con

el resto del mundo; siendo uno de los hechos más interesantes en la exposición y análisis de dicha historia, el estado embrionario en que nos presenta a la civilización de este pueblo, en relación con otras contemporáneas alcanzadas por países vecinos, puesto que en pleno año de 1402 nos describen los cronistas que acompañaron a Juan de Bethencourt en su viaje de exploración y conquista a estas islas, un estado tan primitivo en la escala de los progresos humanos, que su industria apenas pasaba, en algunas manifestaciones, de la que constituyó, en las remotas edades de la infancia de los pueblos, el periodo neolítico.

Coincidiendo con aquella época, y consecuencia del hecho de su conquista, comienza para los indígenas del Archipiélago, bajo el dominio de Castilla, un periodo de lentos progresos en orden a la industria, en la que los conquistadores sustituyen los toscos utensilios de pedernal por los que produce la industria siderúrgica de Europa.

En el orden intelectual se enriquecen con un nuevo idioma más perfecto que el suyo; con el arte de la escritura y con algunas nociones políticas y científicas por ellos ignoradas hasta entonces. Sus concepciones morales eran de elevada pureza, y en este orden de sentimientos más bien recibieron de sus dominadores ejemplos corruptores que enseñanzas salvadoras.

Su vida de relación con los otros países del mundo se reducía a una escasa comunicación comercial con el reino de Castilla y a algunas breves visitas de aventureros y piratas de otros lugares, sin que las noticias que de ellas se recibían en los pueblos de Europa, pudieran anticiparles el aprecio de la misión extraordinaria, y de la parte decisiva que para el concierto económico del mundo había de corresponderles en el cum-

plimiento de los hechos históricos que guardaba el discurso de los tiempos por venir.

Cristóbal Colón fué el primer navegante que disfrutó el benéfico abrigo de estas islas, que el designio de Dios hizo surgir en los siglos del génesis, como punto de apoyo en un camino fabuloso que tenía su origen en el reino de Castilla y su fin en las remotas costas, exuberantes y dilatadas, de un inmenso y prodigioso Continente.

El 11 de Agosto de 1492 fondeaban en el puerto de las Isletas de Gran Canaria las tres carabelas Castellanas, que bajo el mando del glorioso marino pontevedrés habían emprendido osadamente la primera travesía trasatlántica que atónitas contemplaron las edades.

Habían hecho de propósito sus alterosas proas al citado Archipiélago, por ser el lugar extremo de las tierras conocidas al poniente del Sol, con objeto de abreviar la última y misteriosa travesía en varias singladuras; pero la Providencia Divina quiso añadir a ese motivo de relativa conveniencia, otro de ineludible y apremiante atención, para hacer comprender a Castilla, y después al mundo entero, cuán alto fué su designio al poner en ese paraje, hasta entonces inapreciado por los hombres, el grupo de las islas que alumbraba el sol en su ocaso; y fué que una de dichas carabelas, nombrada «La Pinta» sufrió, ya en sus inmediaciones y a la vista de sus más altas montañas, una importante avería en el timón, que hubiera puesto en grave trance el ánimo esforzado de aquellos heroicos aventureros, y acaso influidos negativamente en la realización de su grandiosa empresa, si de los dilatados horizontes del mar que alcanzaban sus ojos, no hubieran visto surgir los altos perfiles de las islas

Afortunadas, que radiantes de alegría, les brindaban su abrigo.

La isla de Gran Canaria le dió la tranquilidad de su amplia bahía de las Isletas y sus ricos productos, con lo que pudieron fácilmente reparar la avería de «La Pinta» y reponer los víveres de la escuadra en ese lugar, que por su gran contribución a la empresa del descubrimiento del Nuevo Continente, posee derecho sagrado al recuerdo y gratitud de todas las Edades y de todos los pueblos, y cuyas aguas tranquilas deberían besar el símbolo de esta memoria y del tierno e imperecedero amor de España y América, cada una de cuyas naciones pudiera aportar su concurso económico para levantar un monumento conmemorativo de aquel acto sencillo de amorosa protección en la empresa más gloriosa y decisiva de nuestra común historia.

Desde aquel acto, y como premio a su noble poesía y a su trascendental importancia, cambió su destino en la historia, porque Dios quiso que al despedirse los intrépidos navegantes, hondamente emocionados y llenos de gratitud por los beneficios que debían a la Isla abandonada hasta entonces al Occidente del mundo conocido, fuera próspera su suerte hasta descubrir, tras larga travesía de ignorados rumbos, otras islas no menos hermosas, en la vanguardia oriental de un nuevo continente.

Desde entonces la situación de las islas Canarias pasó del límite aislado de un continente, al punto de enlace de dos mundos; y su misión oscura, secundaria y olvidada por la indiferencia de la historia en la Edad Media, brilló con la importancia de su misión internacional en la Edad Moderna, que le dá derecho al recuerdo y al interés de ambos continentes, y al porvenir espléndido de la Edad Contemporánea.

### III

#### Las mitologías orientales y el ostracismo de un pueblo.

**L**AS más remotas noticias que nuestro conocimiento alcanza referente a las Islas Canarias, pertenecen a los confusos recuerdos que los pueblos orientales, en la infancia de la historia, nos legaron en el testamento fantástico de sus fabulosas empresas y de sus poéticas mitologías.

Unido al concepto de su religión, en forma esencial y básica de sus dogmas, establecieron todos sus creadores desde Brachma hasta Numa, la existencia del premio y del castigo de la justicia divina, para ser aplicados, inflexible y sablamente, como recompensa o como expiación que a los hombres correspondía después de su vida, ante el alto tribunal de las Divinidades que habían de juzgarlos, por el cumplimiento que de sus mandatos hubieran hecho en vida. Y de esos mansiones, que simbolizaban el principio y más alto término del concepto de equidad que alcanzaron

aquéllos, el de premio y bienandanza, el que nosotros llamaríamos Paraiso, era designado por el «Jardín de las Hespérides», y se hallaba situado en el confín del mundo conocido, separado de la parte que habitaban los mortales por la barrera de un río que, mezclado con el caudal de sus aguas turbulentas, y ocultos entre sus ondas, arrastraba monstruos horribles cuyas fauces pavorosas se dilataban para devorar con saña a cualquiera que en vida animara la osadía de navegar por sus dominios fríos y procelosos, para arribar a aquel paraje de dichas, que extendía su benéfica esencia por la superficie discontinua de las islas de la Fortuna, nacidas del gran Atlante al Oeste de los desiertos de Libia.

Pitágoras, Solon y Thales, aprendieron de los Hierofontes de Numa en sus viajes a Egipto sus dogmas religiosos, en la forma incompleta y fantástica que les era dado alcanzar a los que no pertenecían a la privilegiada casta sacerdotal; y con ellos volvieron a su país, y en los campos feraces de sus portentosas inteligencias germinó esta idea de justicia objetiva en una vida futura y eterna.

Pero esta planta exótica, nacida en las tenebrosidades hieráticas del Oriente con el malvado designio de ahogar en su ingenua y balbuciente infancia a la inteligencia de aquellos desgraciados pueblos, no hubiera tenido larga vida en los amenos jardines de las Academias Helénicas de no cambiar rápidamente, bajo el sol radiante de Atenas, aquella tosca y erizada corteza de burdos misterios y de inquietantes amenazas que la protegían contra la violación de su diabólica trama, por el ropaje transparente y estético de sus nobles concepciones creadas por los fecundos espíritus de héroes y de artistas.

Ese régimen del terror y del misterio de los dogmas que apoyó las bastardas ambiciones de las dinastías sacerdotales en el extremo Oriente, y que fué la causa que minó hasta sepultar en las ruinas que hoy lloramos, bajo los yermos campos, sepulcros del pasado esplendor que el trabajo del hombre creó en los reinos de Asiria, Caldea, Persia, Idumea, Samaria, etc, etc, fué causa también del sombrío olvido en que vivieron los primeros siglos de su existencia aquellas Islas, cuyo calificativo de Afortunadas, en la boca de los que con sacrílega impostura se llamaban intérpretes de la voluntad de los Dioses, suena en nuestros oídos con las dolorosas vibraciones del sarcasmo profanador del más sagrado derecho de la vida de los pueblos, que es su mutua comunicación, ayuda y conocimiento.

Necesitaban para dar más poderosa autoridad a sus misteriosos ritos, predicciones y dogmas sobre la agonizante voluntad de los pueblos esclavizados a su despótico imperio, el acicate poderoso del interés por una parte, y del temor por la otra, que entonces como ahora, constituyeron los diques formidables de las acciones del hombre sobre el cauce angosto de las creencias. Y para dar cumplimiento perfecto a sus designios de tiranía moral y material sobre ellos, creyeron decisiva la invención de un lugar de castigo y de otro de premios colmados y eternos en una vida futura, cuyos merecimientos consistían en la ciega obediencia y prestación absoluta a la voluntad de los sacerdotes durante la vida efímera de los cuerpos.

Atrofiados los sentimientos de orden superior en aquellos espíritus saturados de torpes supersticiones y vulgares conceptos, tenían que ofrecerles para la otra existencia felicidades o castigos de orden mate-

rial, cumplidos en un paraje de la propia tierra que habitaba en la primera, ya que sus toscas imaginaciones no hubieran llegado a concebir, ni por lo tanto a estimar, los de un orden elevado, ni fuera del planeta que habitaban.

En los tiempos primenos de la navegación marítima, alguna embarcación egipcia de las que cruzaban el litoral occidental de la Libia, debió ser víctima de un rudo temporal del norte, por cuyo ciego impulso fuera internada en el ignoto Oceano que sumergía al sol en su ocaso. Y quiso la buena fortuna que en la mortal agonía de sus tristes marineros, la visión remota de unas tierras insulares de ensueño reemplazara en los desolados corazones a la visión espectral de sus aterradas fantasías.

Debieron pisar sus tierras, sentir la placidez de su clima, cubrir sus necesidades con los frutos sabrosos de sus fecundos bosques y apreciar las virtudes de sus nobles habitantes; y tal sería la pintura que de su feliz estancia hicieran a los sacerdotes de su país una vez restituidos al Egipto, que ellos mismos la encontrarán cumplida para un paraíso material; y con el concurso del tiempo y la circunstancia de su lejano emplazamiento, hallaron cuantas necesitaban para hacer creer al pueblo, ciego de ignorancia, que aquel era el paraje de dichas eternas con que los dioses premiarían el tributo de sumisión que debían a sus ministros.

Temieron con fundamento que aquellas islas podrían ser descubiertas de nuevo por los valientes navegantes, y para evitar que lo fueran,—y con ellas su astuta impostura—inventaron para el pueblo e inculcaron con ahínco en sus inocentes corazones, la horrible superstición del río espantoso, que por los altos designios de los dioses poderosos, sepultaría brutal-

mente en sus negras y turbulentas olas a los insensatos mortales que osaran surcarla, y en cuyas entrañas frías serían pasto de los insaciables vestigios que poblaban las cavernas submarinas. Y aquellos argonautas heroicos, que en sus temerarias empresas miraban con desprecio el furor de los mares y el empuje formidable de los vientos, temblaban como niños ante la imagen de tales horrores, y no osaron desafiar la cólera divina en el transcurso de los siglos a que se extendió la tiranía sacerdotal sobre aquellos desgraciados pueblos; y las hermosas y apacibles islas Atlánticas sufrían al mismo tiempo y por igual causa, la dilatada y absoluta extradición a que no fué condenado ningún pueblo después de conocido.

Privadas por esta causa de los inmensos beneficios que en aquella, como en todas las edades de la Historia, prestó a los pueblos el arte de la navegación, no abordó a sus playas el eco del progreso industrial que florecía por entonces en los pueblos del oriente; y los que en ellos habitaban ciudades maravillosas y palacios de fastuosidad insuperada, y usaban galas de finísima púrpura y de perlas valiosas, negaban a la existencia de un pueblo troglodita la benéfica escala de sus valientes naves.

El conocimiento bastante exacto que respecto al número y disposición de las citadas islas probaron tener los antiguos sacerdotes de las primitivas religiones de Asia, nos autoriza a admitir la hipótesis de la existencia de uno o varios viajes que dieran por resultado su remoto conocimiento; pero de ellos nada conserva la tradición ni la historia, que por lo que a aquella época se refiere, es pobre y vaga en recuerdos.

Y no vale objetar en contra de esta suposición la falta de desarrollo en el arte de navegar, porque en

## HISTORIA DE CANARIAS

---

aquellas épocas por su medio se acometían empresas de tan extraordinaria magnitud, que parecen desbordarse de los estrechos moldes de la cronología histórica.

En comprobación de cuanto acabamos de exponer, pasamos a hacer la descripción, aunque con breve espacio, de los viajes más antiguos cuya realización nos recuerda y comprueba la historia, y que ofrecen el primer hecho de interés positivo para la que venimos exponiendo, puesto que en un punto de sus largas derrotas, debieron recibir los intrépidos marinos que les dieron cumplimiento, la emoción indescriptible de la proximidad y vista de las islas del Padre Atlante, tierra de promisión cuyo abordaje fantástico, con tan invencibles y espantosas amenazas, habían logrado impedir hasta entonces los sagaces explotadores de la credulidad de los pueblos.



## IV

### Por disipar un misterio y por satisfacer una culpa

**C**UENTA Herodoto que deseando Necos, rey de Egipto por el año 610 antes de la Era Cristiana, cerciorarse de si la Libia se hallaba rodeada de agua por todas partes, excepto por el istmo que la unía al Asia,—y que él mismo pretendió cortar comunicando por un canal el Nilo con el Golfo pérsico,—dispuso una flota tripulada por marinos fenicios, que recibió la misión de bojar el inmenso continente.

Hiciéronse a la vela los osados navegantes en el mar Eritreo debiendo regresar al Egipto por el mar Mediterráneo después de cruzar el Austral, el misterioso Océano Occidental y pasar el estrecho de Hércules.

Cuenta que navegaron largo tiempo, hasta que la mar y el viento los arrojó a unas playas desconocidas del litoral Líbico; que allí sembraron trigo y esperaron su granazón, con cuya cosecha repusieron las

bodegas de sus naves y continuaron su temerario viaje, hasta que volvieron al Egipto por el mar Septentrional, cumpliendo así su extraordinaria empresa; con lo que vinieron a ser los primeros exploradores de la inmensa costa del continente africano.

De cierto rechazaríamos la veracidad de este relato, emplazándola entre las de origen mitológico por la proporción sobrehumana de su grandeza, si un detalle del más estricto orden científico no se mezclara a su exposición como testigo de fe irrecusable; y es el de qué refirieron sus mismos ejecutores,—por boca del padre de la Historia, y como el hecho más extraordinario que alcanzaron a ver en su dilatado viaje,—que al rodear la Libia habían visto el Sol nacer por su derecha.

Este hecho, de tan elemental explicación astronómica en tiempos posteriores, no la tuvo en aquellos, ni la encontró en el ánimo del mismo Herodoto, que por tal causa llegó a dudar de la veracidad del propio viaje cuyo relato, con este reparo, legó a la admiración de los siglos futuros.

Para nosotros es innegable que este hecho,—cuya causa y existencia ignoraban en aquellos tiempos,—no pudieron aprenderlo sino al rodear, como refieren, las costas de Libia.

Admitida la veracidad histórica de este asombroso viaje, la lógica de las consecuencias nos lleva a admitir con probabilidades de certeza, la conjetura de que, montado el Cabo Blanco, y dando el prudente resguardo al de Bojador con rumbo al norte, avistaran por la proa las feraces y encantadoras islas Afortunadas. Y en todo caso, y por mucho que se cifieran a la costa, tuvieron que avistar con ese rumbo, por el través de babor y a la altura de Cabo Juby, las más orientales del Archipiélago, o sean, Fuerteventura y Lanzarote,

cuyo canal de separación con dicho cabo apenas alcanza a 60 millas de anchura.

Penosa en extremo debió de resultarles la travesía de remontada a partir de Cabo Verde en que las corrientes marítimas que descienden del norte, y el viento que sopla del mismo punto casi invariablemente, obligarían a aquellos marinos a navegar cifiendo sobre bordos para ganar latitud, manteniéndose a la vista de tierra por serles desconocida la navegación astronómica.

Los 19 grados de meridiano comprendidos entre el paralelo de los 10, en que comienzan por el Sur la zona de los vientos y las corrientes del norte, hasta el de los 29, latitud media del Archipiélago, debieron costarles muchas semanas y acaso meses y enormes fatigas; y teniendo en cuenta la aridez de los territorios, y las malas condiciones de abrigo de las costas que en esa extensión enorme de 1.140 millas tuvieron que remontar en tan adversas circunstancias, es indudable que en toda ella ni hallaron fondeadero tranquilo, ni cosa con que reponer víveres en los desolados arenales del gran desierto que desde allí extiende sus ardientes horizontes hasta el lejano confín oriental del Africa.

Nada más lógico que suponer la mortal impaciencia que aquellos marinos sentirían por ver el término del amenazador presagio del hambre, que acaso les costara la vida de continuar indefinidamente la inmensa llanura Sahárica cuyo litoral trabajosamente seguían, y en semejante estado de ánimo; ¡cuanto regocijo y aliento cobrarían a la vista de las frondosas montañas de las islas Atlántidas, y con cuanto placer buscarían fondeadero en alguna de las tranquilas ensenadas de sus costas, donde hallarían el descanso de su

seguro abrigo, y las ricas provisiones de sus pródigos bosques, tanto más necesitados de lo uno y de lo otro, cuanto que no podían preveer hasta que punto se dilataría su adverso viaje, ni donde tendrían su límite las míseras arenas del continente que exploraban.

Los vestigios de una remota influencia egipcia en la civilización canaria encontrados en el siglo XIV, y que en su debido lugar expondremos, son una vallosa corroboración histórica de esta hipótesis que desde el punto de vista náutico no dudamos en admitir a la luz científica y lógica de su análisis.



Aún nos refiere el mismo historiador otro viaje marítimo que acaso se halle relacionado con el conocimiento de estas islas en aquellos remotos tiempos.

Hablando de los persas, cuenta que Setaspes, reconocido autor de un estupro perpetrado en la persona de una hija de Zophiro, hijo de Megabises, fué condenado por Xerxes a morir en una cruz, pero que a ruegos de su madre, hermana de Darío, fué indultado de esta pena a condición de que efectuara un viaje alrededor de la Libia zarpando del Mediterráneo y regresando por el golfo Arábico, apercibiéndole de que su castigo se llevaría al último suplicio, en el caso de quedar incumplida la totalidad de su empresa.

Setaspes zarpó de Egipto al mando de un buque tripulado por marineros del país, e hizo rumbo al estrecho de Hércules, pasado el cual, dobló el promon-

torio de Soleis, que según algunos geógrafos corresponde al actual cabo de Espartel y según otros al de Bojador. Nosotros creemos más bién que fuera el primero, por ser el que efectivamente hay que doblar al pasar el citado estrecho para hacer rumbo al sur, y porque es de suponer que cuando los navegantes citaron el nombre sin añadirle ninguna aclaración para su mejor conocimiento, debió obedecer a causa de serles familiar su existencia y posición, y en este caso se encontraba durante aquella época el de Espartel y no probablemente el de Bojador, apartado a gran distancia de sus derrotas, y en la inmensa región desierta del Sahara.

Reanudando el hilo de esta narración diremos que según la de Herodoto, navegando hacia el Sur surcaron un mar inmenso durante varios meses, hasta que convencidos de que su extensión carecía de límites en aquella dirección,—y menos marineros que sus antecesores los fenicios,—renunciaron a la empresa de circunnavegar el enorme continente y regresaron al Egipto y a la corte de Xerxes.

Allí expusieron que en los lejanos países que venían de explorar descubrieron unos hombres de pequeña estatura que hufan ante su invasión y a quienes no hicieron más daño que arrebatarles los ganados abandonados en su precipitada retirada hacia el interior de las montañas.

Para disculpar el incumplimiento en que dejaron su misión marítima, expusieron que llegados a un determinado lugar, no les fué posible conseguir que sus barcos avanzaran. Los historiadores que han tratado este punto de la historia de Egipto, rechazan este hecho como absurdo: nosotros por el contrario, aceptamos su verosimilitud náutica cuya explicación creemos

hallar en el supuesto de que llegasen navegando hasta las proximidades de los 10 grados de latitud Norte y entraran en la zona de las calmas tropicales.

Sea cual fuere el lugar o latitud a que llegasen, es indudable,—si se tiene en cuenta la duración que atribuyen a su travesía,—que debieron pasar las islas Canarias, cuya distancia a las antiguas columnas de Hércules es de fácil y rápida navegación, gracias al favor de las corrientes marítimas y a la dirección de los vientos reinantes en la zona que las separa.



## V

### Los soberanos del mar y las islas del Atlante.

**P**OR estos tiempos a que hacemos referencia, un pueblo semítico, guiado por sabios reyes, fundaba los cimientos de un vasto imperio en los campos feraces que limitan por Oriente la cordillera del Cáucaso y el río Tigris y que besan por Occidente las aguas tranquilas del mar Mediterráneo.

Las tierras fecundas, el espíritu laborioso de aquellos hombres, de una parte, y de otra su emplazamiento y su litoral propicio para la navegación, crearon un emporium de riquezas, que buscando sus cauces naturales en la superficie del mar, llevaron en flotas numerosas el eco de su grandeza y el yugo de su dominio a toda la cuenca que cubre el Mediterráneo, en cuyas doradas riberas nos cuenta Estrabon que fundaron más de trescientas ciudades.

Mas el pueblo fenicio, que así se llamaba el poderoso señor de los mares en aquella época, pronto ha-

lló estrechos los límites de este mar para su inmensa ambición, y franqueando los umbrales de lo desconocido, pasó las columnas de Hércules, y en pleno Océano, dilató sus ansias y sus dominios por las playas de la Libia y por las costas de Iberia; y el poder y la riqueza creados por un pueblo del extremo oriental mediterráneo, desbordando de sus límites, flúa por el Estrecho y alcanzaba a las costas del Atlántico desde la zona tropical hasta la zona fría.



El inmortal Diodoro, refiriéndose a una de las audaces empresas marítimas de aquel pueblo soberano, cuenta que en una de sus arriesgadas exploraciones sobre la costa de Libia, fueron alcanzados por un furioso temporal que los internó en el Océano durante muchos días, al cabo de los cuales aportaron a una isla separada muchas jornadas del continente, hacia el punto por donde se pone el sol.

Claro es que esta isla no puede ser ninguna de las que forman el Archipiélago de Canarias ni las de Cabo Verde, porque ni sus distancias al continente alcanzan a largas jornadas, ni es posible que vieran una sola de ellas, pues las distancias que las separan entre sí son tan escasas, que la vista descubre varias simultáneamente.

De todas las que se alzan en el Atlántico frente a las costas de Africa, solo las de Príncipe, S. Thomé y Annobón, reúnen las circunstancias expresadas, lo que

nos prueba que las valientes naves fenicias llevaron el comercio de su patria hasta la línea que separa los dos hemisferios de la tierra.

Los poetas de aquel pueblo, transmiten en sus estrofas el recuerdo de las «Islas de los Bienaventurados», emplazadas cerca de la Mauritania, enfrente de la próspera Gadir y descubiertas por los fenicios, inspirados quizás en algunas noticias de sus vecinos los egipcios, en época anterior a la que vivió Homero.

Entre las numerosas industrias que florecían maravillosamente en la antigua Fenicia, destacaba en primer lugar la fabricación de tejidos y entre ellos sobresalía por su extraordinario valor y acabada belleza, el de las famosas púrpuras de Tiro, cuya primera materia se extraía, según muchos, de unos musgos que afirma Viera y Clavijo en su Diccionario de Historia Natural, ser una de las producciones peculiares de la rocas marítimas en las Islas Canarias, y que modernamente se llama «orchilla»; y como donde más abunda dicha planta es en las islas de Lanzarote y Fuerteventura, parece indudable que a ello se deba el nombre particular de «Islas Purpurinas» con que las denominaban los fenicios.



## VI

### El esplendor de un pueblo y el sepulcro de otro.

**E**L extraordinario poderío e ilimitada ambición de este pueblo, llevolo pronto a la cumbre de su grandeza, que en todas las naciones y en todas las edades que la alcanzaron fué también la frontera de su historia y el crepúsculo de la noche de su inhibición y olvido.

De sus propias costas zarpó cierto día una flota de fugitivas naves que abordó en un punto de las playas Mauritanas. Con la firmeza de sus anclas arraigaron allí los gérmenes poderosos de la rivalidad marítima hacia su pueblo progenitor, y andando el tiempo, fué Cartago la que usurpó a Fenicia el imperio de los mares y con él su riqueza, su poder y hasta el recuerdo de la Historia.

Sus flotas numerosas cubrieron las playas mediterráneas con los productos valiosos de su floreciente industria, y cuando resultaron estrechas para contener

la capacidad de su inmensa actividad mercantil, buscaron más allá del promontorio de Calpe la superficie agitada del inmenso Océano.

A la vista de aquel mar dilatado, se agigantó la audacia temeraria de sus heroicos marinos, y como los horizontes brillantes del Océano, creció sin límites la ambición denominadora de sus hábiles mercaderes.

Sus gallardos bajeles remontaron las costas lusitanas; exploraron las nebulosas Islas Británicas; se internaron en los sombríos y glaciales «Fjords» escandinavos, y en contrapuestos rumbos, exploraron y crearon factorías en las ardientes playas del Ecuador africano.

---

Las Islas Afortunadas fueron lugar predilecto de escala en sus expediciones por el litoral cálido y feraz del Ecuador de la Libia; y hubiera sido este el origen de su florecimiento y de su valiosa comunicación con el resto del mundo. si la sordida ambición de sus nuevos amos no hiciera pesar sobre ellas una nueva forma de extradición que las sepultó en un estado de olvido no menos injusto y cruel que el que les impuso, en tiempos anteriores, el anatema de los astutos y ambiciosos Jerarcas del Egipto.

El despótico Senado Cartaginés, celoso del monopolio absoluto del Océano que disfrutaban sus naves, impuso el más impenetrable silencio respecto de sus viajes a todos aquellos navegantes que en sus intrépidas y tenaces exploraciones desentrañaban sus misterios y explotaban sus riquezas, y conminó con las más severas leyes y cruentos castigos a aquellos que de

palabra o por escrito revelaran la más ligera noticia respecto de sus viajes allende el Estrecho. De ésta manera se dilató en varias centurias más el ostracismo que padecieron las bellas Islas, siempre víctimas de la ambición y de los celos de los grandes dominadores, fuera, por su causa, del concierto de la civilización de los pueblos.

Mas a pesar de las leyes senatoriales, de la incuria de los hombres y del paso de los siglos, aún destaca de las sombras del olvido el recuerdo piadoso hacia un hecho marítimo que mereció por su extraordinaria grandeza ser inscrito en los muros ciclópeos del templo de Cronos de donde pasó al sublime lenguaje de Grecia con el estilo inspirado de Polibio.

Se trata de la extraordinaria expedición atlántica, efectuada unos quinientos años antes de Jesucristo, bajo las órdenes de Hannón y en la que tomaron parte 60 naves y 30.000 personas.

Supónese que en ella debieron tocar las Islas Canarias, pero es tan confusa y equívoca la relación de lugares que en ella encontramos, y tan extremados los riesgos y aventuras que se desprenden de su narración, que más parece hecha con el propósito de desorientar y poner pánico en los pueblos que la acogieran en aquella época, que con el noble interés de una verdadera crónica marítima.

Por esta causa renunciamos a hacer su extensa transcripción y en este punto ponemos el final del presente capítulo, dejando para el próximo el estudio de la segunda parte de la Historia Antigua que venimos describiendo, cuya característica estriba en el fundamento sólido y en la importancia histórica y científica del magno acontecimiento marítimo que le abrirá sus puertas.

## VII

### Un poético recuerdo de dudosa aceptación en la Historia de Ca- narias.

**U**N espacio de cinco siglos se extiende entre la famosa expedición de la escuadra cartaginesa, cuyo recuerdo puso fin al presente estudio en el capítulo anterior, y el hecho marítimo que dará comienzo al que ahora ofrecemos a la benevolencia de los lectores; y obedece tan largo paréntesis cronológico en los dispersos recuerdos de la Historia Canaria, al vacío que forma en su derrumbamiento militar la historia tradicional de un pueblo como Cartago, que no acertó a dar al recuerdo de sus hechos la fijeza y la precisión de los documentos escritos.

En la batalla de Samma se eclipsó su poderío; y con él se hubiera extinguido totalmente su memoria, si un famoso historiador nacido en Grecia por aquella época, no hubiera provisto a su perpetuación, en los comienzos de la historia, con la consignación escrita de algunos de ellos; entre los que figuran, como deja-

mos expuesto, el de la célebre expedición de Hannón.

Pero desde ese hecho hasta el de la caída de aquel pueblo, trescientos años más tarde, ningún escrito nos recuerda otro que con el conocimiento de la historia de Canarias guarde enlace, a pesar de que ella con la de Cartago debió hallarse estrechamente unida por razón de las relaciones mercantiles que entre ambos pueblos existieron.

Nada debe sorprendernos la ignorancia que oculta a nuestro estudio quinientos años de la vida de aquel pueblo, pues que no debió de ser mucho menor la que en este punto sufrieron sus contemporáneos de otros países, dado el misterio y el silencio que respecto a él se veían forzados a guardar sus descubridores y explotadores, bajo el temor de incurrir en los severos castigos con que el Senado Cartaginés conminaba a los contraventores de esta disposición.

Grecia, patria única de los historiadores y geógrafos de aquella época, no poseería entonces con respecto a estas islas, por la expresada causa, más nociones que las que conservaba su mitología en la inspiración sobrehumana de los genios creadores de su grandiosa poesía; y los romanos, que le siguieron cronológicamente, aparte de lo que de ella tomaron, no hicieron historia retrospectiva.

Cuando Scipión ganó para Roma la batalla definitiva sobre Cartago, y aquella nación quedó soberana de mares y tierra, en la política colonial fundamentó su esplendente grandeza, fijando su mirada y su atención principal en las riquezas extraordinarias que germinaban las feraces tierras del Africa septentrional.

Parece indudable que si bien arrebató a su poderosa enemiga, tras larga y sangrienta porfía, el cetro del mundo, no encontró la victoriosa Roma el inventario

geográfico de los dominios que en Samma conquistó a Cartago, ya que se encontraban tan espaciados por los tres continentes antiguos, y tan secretamente ocultas sus noticias por las leyes protectoras de su egoísta monopolio mercantil.

No de otra manera hallamos causa que justifique el silencio absoluto durante muchos años extendido a partir de aquel acontecimiento guerrero entre los historiadores y geógrafos romanos respecto de importantes regiones que fueron tributarias del pueblo cartaginés, y que a su ruidoso hundimiento pasaron de derecho al pueblo vencedor.

Limitándonos por ahora a lo que constituye el objeto de nuestro estudio, tenemos que convenir en que ni la historia ni la geografía, que en el ardor de las victorias y en la extensión de los dominios de Roma mereció de sus más poderosas inteligencias firme y fecunda atención, se halla indicio que revele un conocimiento positivo de sus hechos ni aún de su verdadera situación en el Oceano; y solo cerca de dos siglos después del gran acontecimiento que puso fin a las dilatadas guerras Púnicas, nos citan confusamente ciertas noticias que algunos pretenden relacionar con el descubrimiento romano de las islas Afortunadas.

Aunque nuestro juicio es opuesto a admitirlo por cierto, no nos creemos autorizados por ello a callar el hecho que le dá origen, y junto con él expondremos brevemente las consideraciones negativas que nos sugiere su estudio.

Cuenta Plutarco en sus «Vidas Paralelas», que durante la encarnizada guerra que la ambición suscitó entre Sila y Mario por los años 88 y 87 (antes de J. C.) el valiente general Sertorio, que militaba a las órdenes del segundo, vióse precisado a abandonar su puesto

en los Pirineos, cuando en el primero de dichos años una aparatosa victoria de Sila puso en grave riesgo la vida de sus adversarios, y avanzó sobre la frontera montañosa del norte de la Península Ibérica.

Retiróse Sertorio a Cartagena, en cuyo puerto embarcó con trescientos hombres. Atravesó el Mediterráneo y fondeó en un lugar de las playas Mauritanas. Atacados de improviso por los indígenas mientras hacían aguada para sus buques, hubieron de zarpar apresuradamente dirigiéndose a España; mas unos piratas sicilianos que pretendieron abordarles, los forzaron a huir en demanda de las islas Pitiusas (Ibiza y Formentera) donde tuvieron que combatir y vencer a la guarnición de Annio en ellas establecida.

Corto tiempo pudieron disfrutar las ventajas de su victoria, pues Annio se presentó a los pocos días con más numerosas y mejores naves a la vista de la flota, de Sertorio. No se arredró éste por la ventaja que en calidad y en número de buques le llevaba el general partidario de Sila, y se dispuso con ánimo esforzado a aceptar el desigual combate y sus desastrosas consecuencias; mas un violento céfiro saltó arbolando mar borrascosa que estrelló contra los cantiles de las islas la mayor parte de los buques de su reducida escuadra. Los pocos que se salvaron hubieron de emprender penosamente la huida bajo el influjo adverso de la deshecha tempestad y la persecución tenaz de sus poderosos enemigos.

Diez días navegaron los abatidos guerreros de Sertorio en estas condiciones, y al cabo de ellos el viento amainó y lograron pasar el Estrecho de Calpe, fondeando poco después en las playas que se extienden próximas a la desembocadura del Bétis.

En este hermoso y reposado paraje recibió de unos

marineros noticias referentes a ciertas islas que acababan de descubrir y cuya descripción fué como sigue:

»distantes del Africa diez mil estadios, surgen del mar  
»dos islas separadas entre sí por un estrecho canal.  
»Sus habitantes las llaman Afortunadas y dicen que en  
»ellas se encuentran los «Campos Elíseos» cantados  
»por Homero, donde moran las almas de los Bienaventurados. En ellas llueve poco. Los vientos soplan  
»blandamente y transportan fértil rocío que dá virtud a  
»la tierra para producir espontáneamente los más variados y sabrosos frutos de que se sustentan los hombres que allí viven, gozando la felicidad de las cosas que ofrece la tierra y excentos de los trabajos y dolores que impone la vida. El clima es dulce, puro y sano, y experimenta variaciones tan pequeñas que no son capaces de establecer diferencias entre las estaciones del año. Los cierzos y solanos que soplan de tierra pierden su intenso empuje antes de llegar a ellas. El ábrego y el céfiro, transportan nubes que envían sobre las islas moderadas lluvias suficientes para refrescar la atmósfera y para esponjar sus fértiles y crasas tierras.»

En la identificación de las islas así descritas por los citados marineros, con las que forman el Archipiélago de Canarias, se ofrecen objeciones poderosas que nos inducen a rechazarlas, y que para someterlas al juicio de nuestros lectores, pasamos a exponer.

Sean cuales fueren las dos islas que entre las siete canarias merecedoras por su extensión de este nombre y que por ende pudieran ser objeto de la poética narración anterior, y aunque guiados por los más conciliadores deseos aceptásemos a este objeto las de Lanzarote y Fuerteventura, que son las únicas del Archipiélago cuya separación forma un estrecho canal,

observamos respecto a la flora, que en comprobadas exploraciones apreciaron y describieron pocos años después otros navegantes, era como en la actualidad la menos exhuberante de todas sus hermanas; pobre en cantidad, escasa en variedades, e inmerecedora por tanto de los encomios que de las suyas hicieron los que informaron a Sertorio.

Además, éstas y todas las otras islas del grupo se hallan tan próximas entre sí, y es tan ingente la altura de sus montañas, que como ya dijimos en otro lugar del presente estudio, desde cualquiera de ellas se alcanza perfectamente la vista de otras dos por lo menos. Y sobre todo ¿cómo admitir que estas islas que atalayan las dunas del Sahara, las supusieran aquellos marineros separadas del Africa por la enorme distancia de diez mil estadios que equivalen a seiscientos setenta y cinco millas marinas aproximadamente?

Y aunque por coordinar esa distancia con la posibilidad de tal visita quisiéramos aceptar las de Hierro y la Palma, por ser éstas las más distantes del citado continente, nos encontramos con que el espacio que entre él y ellas se extiende no alcanza a mucho más de doscientas millas, cuya cantidad aún representa tan enorme diferencia con aquella otra, que parece fuera de razón atribuirlo a simple error apreciativo de aquellos navegantes.

Enfrente de estas sólidas objeciones e incompatibilidades solo encontramos en aquel relato como únicas alusiones que pueden convenir a las islas Canarias, las que se refieren al clima y a la feracidad del suelo y el nombre que los propios habitantes les aplicaban, al decir de los descubridores. Pero la bondad y la exuberancia del clima y de las producciones ¿eran condiciones y características tan privativas de estas

Islas que excluyeran la posibilidad de íntima semejanza con las de otros países?

Nada más inexacto, pues prescindiendo de la clasificación específica, totalmente ignorada entonces, la flora era igualmente rica, y presentaba rasgos familiares y genéricos comunes en todas las islas que desde el Ecuador hasta el paralelo de las Maderas baña el Atlántico oriental, y en todas ellas coincidían también las ventajas de una deliciosa temperatura y de la caricia de apacibles vientos; y sí en lo que respecta a las condiciones de clima y suelo iguales fundamentos podemos aceptar para suponer a Canarias que para escoger a las Maderas en este caso dudoso de la historia, el dato importantísimo que a su número se refiere confirmase en estas últimas solamente, y el de la distancia al continente Africano difiere menos tratándose de ellas que refiriéndolo a las islas Canarias.

Respecto al argumento del nombre dado a ellas por sus propios habitantes, nos inclinamos a considerarlo apócrifo, puesto que de admitirlo como cierto, nos veríamos forzados a aceptar los absurdos que acabamos de enumerar y refutar.

Del análisis que acabamos de exponer lo único que deducimos en lógica consecuencia que pueda ser aplicado a la historia del Archipiélago español, es la de que para los romanos de aquella época permaneció ignorada la verdadera situación y hasta el número de sus hermosas islas, cuyo secreto queda así confirmado que lograron guardar los astutos y egoístas cartagineses, y que arrastraron en su épico hundimiento hasta sus negros sepulcros, oculto al conocimiento de los otros pueblos en el polvo cinerario de su vencida grandeza.

## VIII

### Un hecho de plena confirmación, umbral de la historia Canaria.

**U**N hijo de Juba el rey de Mauritania y aliado de Catón y de Scipión en las guerras que estos caudillos sostuvieron contra Julio César, fué hecho prisionero en consecuencia de la derrota que sufrió su padre junto con Afronio en el combate de Tapso, al desembarcar en tierras de Africa el famoso general romano.

A propósito del acto grandioso de la entrada de César en Roma vencedor de Pompeyo, cita por primera vez el nombre de este Príncipe destronado el autor de las «Vidas Paralelas»; y aparece su figura mezclada a la de otros muchos Reyes y Príncipes sometidos, que vinieron a rendir humilde vasallaje al ídolo del pueblo, en este momento histórico, principio y base de la famosa y deslumbradora dictadura romana.

César fijó su atención en este niño, y prendado quedó al observar en su espíritu el rayo que revela la

presencia del genio; y en un movimiento generoso de los muchos que engrandecen la historia de aquél que fué árbitro del mundo, desprendió de los pies del prisionero las cadenas, y le otorgó decidido su magnánima protección.

Effímero como su gloria personal fué su amparo; pero bien supo aprovecharlo en el cultivo de su adolescente inteligencia el Príncipe africano. Y cuando los regicidas conspirados con Bruto hendieron la espalda de César y rodó su cadáver lacerado por los suelos de la Curia Pompei, ya el talento de Juba había penetrado en los arcanos que las ciencias guardaban, y que entonces sólo podían indagar los poseedores del genio y del favor de la fortuna.

Breve fué también el eclipse que sufrió la estrella propicia del Príncipe mauritano, porque al poco tiempo de perpetrarse el asesinato de su augusto protector, Juba supo ganarse la amistad del Triunviro Octavio. Y tan íntima fué la correspondencia en el afecto y grande su esplendidez, que cuando este se invistió con la dictadura de la república, tras las victorias sobre Lépido y Marco Antonio en Actium, y se tituló Cesar Augusto del Imperio romano, hizo donación a su fiel amigo del cetro de Numidia, que luego le hizo cambiar por el de la Mauritania Tingitana cuando Numidia trocó su suerte de nación libre en provincia romana.

Ni el esplendor del trono, ni los trabajos de la acertada gobernación de su reino, le indujeron a descuidar el cultivo intenso de las ciencias, de la naturaleza y de la geografía, que fueron las que con predilección de su inteligencia, merecieron el tributo de su culto; y tan eficaz fué en el esclarecimiento de sus verdades y grande su fama, que hasta en vida le erigieron

estátuas en las plazas públicas de las más importantes ciudades del Imperio.

La riqueza y el poder, patrimonio de los reyes, permitiéronle en esta época de su provechosa existencia, la ejecución de magnas empresas de exploraciones marítimas, y una de ellas, la más importante tal vez de su fértil iniciativa, fué la que llevó a cabo una expedición enviada por él a las costas occidentales de sus extensos dominios, cuyos mares circundantes evocaban el recuerdo de las mitológicas islas de los Jardines Hespéricos.

El famoso naturalista Plinio aprendió de ella noticias que marcaron honda huella en el proceso de los conocimientos geográficos.

En la breve y fragmentaria transcripción que de ellas respetaron los siglos transcurridos desde entonces, encontramos los primeros datos referentes a la constitución política y social del Archipiélago Afortunado, con caracteres de veracidad tan fieles, que la más minuciosa crítica científica, lejos de empañar, confirma su crédito ante el tribunal de la Historia.

Este acontecimiento nos dá por lo tanto la primera piedra cimentada del monumento a la Historia de las islas Canarias, y es su constitución y origen de la soberbia cantera de las glorias marítimas.

Para confirmar cuanto hasta aquí llevamos dicho en apoyo de la veracidad de los datos aportados por esta expedición al conocimiento geográfico de nuestro grupo insular, exponemos a continuación lo que respecto a la descripción del mismo tomó Plinio de la memoria que escribió Juba, y que por desgracia no ha llegado hasta nosotros:

«Llámase la primera de sus islas Ombrios; la cima de una de sus montañas está ocupada por una lagu-

»na; no se encuentran señales de edificaciones en toda  
»la superficie de la isla; en sus montañas crece una  
»especie de caña de la que los indígenas extraen un li-  
»cor que es amargo si aparece negro, y agradable si  
»resulta blanco. Otra se llama Junonia y en ella existe  
»un templo pequeño de piedra. Otra isla que existe  
»junto a ella, tiene el mismo nombre y es mucho más  
»pequeña. A poca distancia de estas dos existe la de  
»Capraria, poblada de grandes lagartos. Después, y al  
»alcance de la vista, se destaca Nivaria, que tiene nie-  
»ves y nieblas perpétuas. A poca distancia surge Ca-  
»naria, cuyo nombre procede de los enormes perros  
»que en ella se crían, dos de los cuales llevaron a Ju-  
»ba sus expedicionarios. En esta isla se encuentran  
»restos de edificaciones. Abundan en ella la miel, la  
»palmera, el pino, muchas otras variedades de plan-  
»tas y de aves, y en sus arroyos el pápiro y el estu-  
»rion».

Sin necesidad de continuar la extensa transcripción, y con solo los datos que anteceden, basta para abrazar la convicción acerca de la veracidad de este relato, cuya fiel coincidencia con la que aún hoy corresponde a la descripción de las islas Canarias, no permite dudarla. Entre los muchos y exactos detalles que en ella se dan, hay el que se refiere a la de Canaria, hoy Gran Canaria, y sobre todo, el de la nieve perpetua que dice existía en la que, por esta causa llamaron Nivaria, que es alusión indudable a la que corona perennemente las cimas altísimas del Teide famoso.

Ante tales testimonios de inequívoca concordancia con respecto al número, aspecto y características, inconfundibles por lo exclusivas, de las islas Canarias, tenemos por injusto el creer apócrifo éste, como el anterior viaje, por los errores que respecto a sus distan-

cias respectivas, muy lejanos ahora de los extremos fantásticos de las que daban aquellos a Sertorio, y que por otra, no son de los mismos exploradores mauritanos que informaron a Juba de quién las recibimos, ni aún de este, puesto que sus escritos vivieron poco tiempo, sino de Plinio, que probablemente transcribió sus noticias muchos años después de recibirlas, y quizás fuera la incertidumbre de su memoria la que falseara los verdaderos datos adquiridos por él directamente.

Respecto de la fecha en que por la transcrita noticia se abre para nosotros el libro de la Historia canaria, nada podemos decir con exactitud, pues de ello guarda silencio el citado naturalista; pero como de su relato aprendimos que dicha expedición fué enviada por Juba siendo ya rey de Mauritania, cuya corona le cedió Octavio después de ser proclamado César Augusto, y teniendo en cuenta, además, la fecha en que se extinguió la vida de aquel sabio, hay que convenir en que dicho descubrimiento histórico-geográfico, se realizó entre los años 31 y 13 antes de J. C. en que aquellos dos sucesos tuvieron cumplimiento.



## I X

### El olvido y la fábula interceptan la continuidad histórica del pue- blo canario.

**R**REALIZADO ya el hecho del descubrimiento y exploración de las islas Canarias en aquella época de la historia que dió favorable espacio para la consecución de nobles ideales del espíritu, y tregua de paz fecunda en bienes sociales, surge a la evocación de los felices años de Octavio la esperanza dorada de una época sin límites en el porvenir de los progresos del espíritu humano, base firme de la felicidad de los pueblos. Pero ni el grato recuerdo de tan plácido oasis histórico, ni la enseñanza de amor sublime demostrada trágicamente en el Gólgota por el Divino filósofo de Galilea, fueron parte a extirpar del corazón, aquel sedimento de odios, ambiciones y concupiscencias que parece inmanente de la naturaleza humana en su influjo sobre él; y así vemos en el desarrollo de la historia suceder al ocaso de un sol, la noche tenebrosa y el re-

proceso atávico en la moral del pueblo soberano de Roma.

La venalidad desenfrenada de los emperadores Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón, rebajaron hasta límites de abyección jamás igualados, y con rubor aprendidos en las páginas de su historia, la moral pública y las costumbres privadas del imperio decadente, y las ciencias, el heroísmo y el espíritu de empresas, cuyas bases y raíces se afirman en el honor y en la pureza, abatidos quedaron ante sus procaces influjos. Allí se extinguió la raza de los marinos audaces y de los geógrafos profundos, y con ellos la memoria de sus gloriosas empresas y vastos descubrimientos; y en cumplimiento de su fatal destino, de nuevo se desvaneció el recuerdo de las islas Afortunadas entre las nubes agoreras de los decretalismos históricos.



Ninguna otra expedición después de la de Juba volvió a aportar a las islas Canarias, según parece, hasta varios siglos después de la destrucción del Imperio de Roma, y solo algunos geógrafos posteriores a Estacio Seboso y a Estrabón, apuntan en sus escritos datos confusos, y a veces equívocos, unidos al nombre de las islas Canarias.

Entre otros podemos citar primero a Pomponio Mela, y pocos años después a Ptolomeo en los mediados del siglo II.

Agathemero a principios del III, dice que la tierra

más occidental conocida, es el promontorio Sacro (Cabo de San Vicente) y olvida hasta el nombre del Archipiélago.

Eumenio cita a las Afortunadas, pero duda de su existencia real.

En el siglo IV, aseguraba Rufo Festo Avieno que la última tierra habitada al Occidente de Africa era la isla Cerna (1) y que el Atlántico no era navegable; y tan grande fué el crédito que mereció dicho geógrafo entre sus contemporáneos, que muchos de ellos, como Junio, aseguraban que después de España se extendía el Oceano inexplorado, cuyos límites eran los del mundo.

Sulpicio Severo y Servio, decían de las Afortunadas que eran lugares inaccesibles donde solo podían morar las almas de los bienaventurados, en lo que se vé un retroceso secular a las primitivas mitologías egipcias y helénicas.

Orosio fué el único que habiendo estudiado los escritos de Mela, sustentaba que dichas islas se hallaban cerca de las últimas estribaciones del Atlas.



La destrucción de las bibliotecas griegas y romanas; la extinción absoluta del comercio marítimo y la ignorancia extremada que fueron consecuencia fatal

---

(1) Su identificación y emplazamiento se halla envuelto en el misterio; algunos suponen que era éste próximo a la desembocadura del río Lixso, confinante de Alcazalquivir.

de las instituciones, leyes, costumbres y prejuicios medioevales, no pudieron por menos de alcanzar a aquellos conocimientos geográficos que habían ensanchado las relaciones humanas en las vastas extensiones litorales que hemos señalado al hablar de los pueblos Fenicios y Cartagineses, y aún de las mucho más reducidas que reexploraron los romanos; y por el torpe olvido, sucumbieron las celebradas islas Canarias en las densas nebulosidades de una superstición, plagio anodino de las que inspiraron las mitologías de los pueblos orientales en los cantos de Homero, Esiodoro y Píndaro.

Aunque de valor nulo en el terreno de la geografía y de la historia, queremos de manera breve, entresacar algunas que den a nuestros lectores exacta idea de como es cierto y libre de toda exageración cuanto acabamos de decir; y para seguir en su exposición verdadero y recto orden, adoptaremos en ella el mismo que guardaron en su propia sucesión.

Dice una que en el siglo II de la Era Cristiana, llegó San Avito, al cabo de una larga peregrinación a través de la Bética, hasta el lugar en que el Atlántico baña sus playas, en cuyas proximidades una pequeña nave disponíase a levar anclas con rumbo a las islas Afortunadas,

La poderosísima vocación de proselitismo cristiano que le animaba, hizo germinar en su fervoroso corazón ansias ardientes de llevar hasta aquel misterioso país, el nombre y la fé de Cristo, y al efecto consiguió lugar en la dicha nave, y a su bordo llegó felizmente hasta las playas de la isla Canaria.

Este fué el teatro de su apostolado; y tan grande fué su hierática influencia, cristalizada en el fruto copioso de innumerables conversiones, y tanto el influjo social que por derivación llegó a ejercer sobre las dó-

ciles voluntades de los aborígenes, que los principales magnates insulares llegaron a temer de ella una merma en la que a las suyas correspondía, y en evitación de este previsto peligro, decidieron acabar con su vida en medio de los más crueles tormentos.

Sufriólos con firmeza, y en medio de ellos entregó su alma a Dios el 3 de las nonas de Enero del año 106 (después de J. C.)

Tan minuciosos como en los pormenores de su muerte edificante, algunos cronistas llegaron a determinar un punto conocido con el nombre de Puerto de Arguinegún como lugar de su arriesgado desembarque, y una cueva que existe en sus proximidades, y en donde se venera una pequeña imagen de Santa Agueda, aseguran que fué elegida por él para celebrar su primera misa sobre la isla.

Esta narración, que si bién no tiene firme consistencia crítica, tampoco encierra ninguna incompatibilidad histórica, nada aportó a los escasos conocimientos geográficos que aquél, ni los sucesivos siglos, alcanzaron sobre el archipiélago; y en vista de su esterilidad para este objeto, hacemos gracia a nuestros lectores de nuevas disquisiciones, cuya consecuencia, fuera afirmativa o fuera negativa, en nada llegaría a alcanzar a su estudio y conocimiento; y así ganaremos tiempo para llegar a una tradición que de cuajo cae dentro de las increíbles supersticiones que envolvieron y sepultaron a los fanáticos espíritus en el largo espacio de la decadencia medioeval.

---

Dícese que al mediar el siglo VI, vivía en el convento de Cluainfort de Irlanda, un monje de edificante ascetismo, llamado Brandan, Borondon o Brandenes, que en ésta, como poco importante duda, no se han determinado los cronistas. Es el caso que en cierta ocasión acertó a pasar por dicha Abadía un monje cuyas eminentes virtudes le ganaron más tarde la veneración de la Iglesia bajo el nombre de San Barinto; y que dicho monje al parecer llevaba como objeto único de su visita, la de hacer sabedor a su hermano en religión y en alteza de virtudes, de los prodigios extraordinarios que Dios nuestro Señor había hecho la gracia de comunicarle en pleno Oceano, cuando acompañado por otro monje llamado Mernoe, tuvieron el feliz designio de arriesgar sus vidas en tan vastas y procelosas soledades, a bordo de una frágil embarcación, haciendo rumbo al Oriente en demanda de las islas de los Bienaventurados.

Contóle San Barinto a San Borondon entre otras maravillas, que al iniciar su piadoso viaje, se vieron envueltos en una densa nube que ocultó a sus ojos cielos, mares y tierra, pero que pasada una hora, se hizo una luz vivísima que rasgando las gasas nebulosas, puso a la vista una tierra espaciosa, pródiga en pastos, frutas y olorosas flores.

Durante quince días la recorrieron sin cesar, y aunque siempre siguieron la misma dirección, nunca hallaron el límite de tan amenos vergeles, en que, al decir de ellos, no vieron árbol sin fruto, ni planta sin flor, ni piedra que no fuese valiosa gema.

Al cabo de los citados quince días de tan sugestiva exploración, abocaron a las riberas de un río que Dios les vedó cruzar porque era el límite inviolable de la mansión de los elegidos; en vista de lo cual deshicie-

ron su largo camino y reembarcaron con rumbo de vuelta a su patria.

El monje San Borondon no pudo contener el místico impulso y la humana curiosidad que tan maravilloso relato despertó en su alma, y al efecto organizó una expedición compuesta por diez y siete monjes más, y puesto a su cabeza, emprendió con ciega fé la celestial peregrinación a bordo de una frágil barquilla.

Pródiga en sucesos fué también su audaz travesía, que por buena ventura dió como resultado el inmediato hallazgo de las deseadas islas.

Objeto de largas exploraciones y elevados encomios fueron para estos buenos religiosos la flora exuberante, el aire embalsamado y el clima dulce de sus virginales florestas, dignas antesalas de la mansión Celeste. Y absortos en su admirativa contemplación, dieron, como su Santo predecesor, con las márgenes floridas del río medianero de Cielo y Tierra, y en este punto recibieron la aparición de un ángel, que en nombre de Dios les habló y les hizo saber como era de su Divina voluntad que ningún hombre en vida osara vadear sus tranquilas aguas, porque ellas eran el límite visible de la Mansión de los Santos.

Si en este suceso del río Sagrado coinciden éstos con San Barinto, le llevan a aquél ventaja en lo tocante a la relación de otros muchos sucesos y descubrimientos que su propicia fortuna les deparó en el discurso de tan dilatado viaje. Así encontraron entre otras, una isla abundante en peces y en cabras, que alcanzaban el tamaño de novillos. Desde ella avistaron un islote en el que se propusieron celebrar tranquilamente la festividad de las Pascuas; pero cuando en íntimos esparcimientos recreaban sus espíritus, el islote comen-

zó a moverse, viniendo a deducir que se trataba de una monstruosa ballena.

Huyeron precipitadamente como es natural, y hallaron de allí a poco una isla bellísima, cuyos pájaros, al cobijo tranquilo de sus tupidos bosques, cantaban de una manera deliciosa. Atraídos por tan bucólica poesía, se establecieron en ella y celebraron felizmente la Pascua de Pentecostés.

El adjetivo más fiel que para esta isla encontraron, y que acertadamente le aplicaron, fué el de «Paraiso de los pájaros».

Después zarparon de este lugar delicioso y hallaron otro poblado de cenobitas, el cual abandonaron pronto; y la voluntad de Dios quiso que vagaran por el Oceano sin límite durante seis años, hasta que a El plugo de nuevo depararles otras islas.

Una de ellas producía frutos rojos y estaba poblada de hombres atléticos. Otra se hallaba constituida por rocas durísimas; era la mansión de los cíclopes, y en las cuevas numerosas de su pétreo contextura ardían fraguas colosales que iluminaban con rojos y vivísimos destellos tan desolada extensión. En otra hallaron a un Santo eremita que les dió su bendición.

Renunciamos a señalar nuevas islas de las que ellos citan en su fecundo y dilatadísimo viaje, en gracia a la brevedad y a la tal vez fatigada atención de nuestros amables lectores.

Después de éstas que acabamos de apuntar, tócales aparecer en la sucesión cronológica, las noticias que sobre el fantástico Archipiélago nacieron profusamente de las fecundas imaginaciones de los poetas arábigos.

Destruído el Imperio de Occidente por la impetuosa y ciega irrupción de las hordas bárbaras nacidas en la

selvática región del Norte europeo, huyeron de sus dominios las artes, las ciencias y las letras, que fueron en un tiempo su más preciada gala y justo orgullo; y en busca de paz y libertad vagaron por la tierra hasta que hallaron en los dominios musulmanes ambiente propicio a sus nobles actividades y pujante crecimiento.

Fueron por entonces los hijos de Mahoma herederos de las culturas hebreas, griegas y romanas, cuyas obras inmortales salvaron del olvido y del desprecio de la decadente Europa medioeval.

Bagdad y Córdoba se disputaban con ahinco el imperio de las ciencias y de las artes. Las obras colosales de sus fecundos genios, orgullo son de sus siglos y admiración del presente; y sus famosas bibliotecas, por desgracia perdidas para la Historia, irradiaron en su tiempo las luces espirituales que brotaron en otro de Atenas y Alejandría.

Por eso las poéticas leyendas que a la posteridad ofrecieron en sus extensos escritos, pudieran ser obras de firmes conocimientos históricos, si en las de este género, muy del gusto de ellos, no mezclaran con demasiada frecuencia la fábula a la verdad. Y es que los raudales de luz y fuego que inundan y abrazan los campos dorados de Arabia y de Andalucía, infunden el ensueño y la emoción estética en todos los actos y producciones de los espíritus, reflejos animados de las sensaciones físicas del medio y del ambiente.

Entre los muchos historiadores y geógrafos de este gran pueblo, el primero que nos habla con acierto de las islas que nos ocupan es Bekri, que en el siglo XI escribió: «Frente a Tandjah (Tánger) y frente al Atlas, en el Oceano occidental, existen las islas Fortunans

»(1) esto es, Felices, por la profusión y abundancia de  
»sus sabrosas frutas, por los campos feraces que sin  
»necesidad de cultivos producen trigos en vez de otras  
»hierbas y en donde hasta los cardos se vuelven flo-  
»res olorosas. Estas islas se hallan diseminadas a  
»corta distancia las unas de las otras y próximas tam-  
»bién al país de los Bereberes.»

Esta descripción, aunque exacta en sus sóbrios detalles, no revela la existencia de una previa exploración de origen árabe, porque supuesto que nada añade a lo que encierran las líricas tradiciones homéricas de los Campos Elíseos, sólo demuestra de que manera ellos amaban y estudiaban a los clásicos de la literatura griega.



---

(1) Tomado del Latín Fortunæ, Afortunada.

## X

### Reliquias de la tradición y renacimiento de la Historia insular.

**INDICADO** ya aquello que los geógrafos árabes escribieron para el conocimiento de sus contemporáneos y para el recuerdo de los tiempos posteriores respecto de las Islas Afortunadas, réstanos por añadir lo que sus audaces navegantes cumplieron para su exacta comprobación.

El pueblo musulmán en un principio se hallaba muy distante, por sus hábitos indolentes, de sentir la poderosa vocación marítima que fué característica polsítica y robustísimo fundamento de las maravillosas expansiones mercantiles de Egipto, Fenicia y Cartago.

Sus poderosas inteligencias dedicáronse con preferencia a las especulaciones abstractas de las Matemáticas, la Astronomía y la Óptica. A ellos se debe la generalización algebraica, ciencia descubierta en Grecia y Alejandría, pero limitada hasta entonces a una sola clase de cuestiones. En la Química debe recono-

cérseles como sus verdaderos inventores. Aunque la quimérica idea de hallar un secreto para obtener el oro de los metales vulgares, y la de un bálsamo de vida eterna, prosituyeron en parte los caminos que a su verdadero término conducen en recta ilimitada, fueron ellos los que hallaron los principios de sus fecundos procedimientos analíticos.

Para el cultivo de las Bellas Artes, recibieron de la Naturaleza extraordinario poder imaginativo, sensibilidad exquisita y el medio más propicio en el clima incomparable y sublimes perspectivas de aquellas dilatadas comarcas comprendidas entre las costas del Atlántico y las riberas del Indio, donde tuvieron su cuna.

Elevaron a las regiones de lo ideal la belleza de la naturaleza, las ternuras del amor y el culto de la hidalguía. En las artes bello-útiles, joyas legaron a la posteridad de maravillosa estructura, que acreditan sus espléndidas concepciones espirituales y materiales: las de religión, en los templos de Bagdad y en la Mezquita de Córdoba; las de mollicie y realce, en el Alcázar de Sevilla y en la Alhambra de Granada; y las sensualistas, en el cordobés serrallo de Medina-Azahara. De modo que su complicada psicología era una extraña y sugestiva síntesis de caracteres, pueblos y edades diversas.

Eran griegos en el arte poético; egipcios en las ciencias astronómicas y en sus constituciones; semíticos de raza, y originales en la arquitectura; pero nunca emularon a sus pueblos progenitores en las empresas marítimas, como dejamos indicado, porque a ello se oponía su indolente naturaleza, y la satisfacción completa que daban a sus necesidades materiales las múltiples producciones de su propia nación.

Sólo en esta circunstancia característica de ese pueblo radicó la falta de conocimientos originales y directos que sus geógrafos padecieron durante varios siglos respecto de las islas Afortunadas.

Pero la necesidad llegó para ellos cuando su abandono marítimo puso a merced de los numerosos piratas normandos las codiciadas costas Ibéricas, después que el éxito irresistible de los valientes ejércitos mahometanos levantó la bandera del dominio musulmán sobre los dispersos núcleos del poderío gótico.

Además, la separación que la naturaleza extendió entre los nuevos dominios de los árabes conquistadores y su país de origen, creó un ineludible motivo de trocar su pasado desdén por un acendrado empeño y amor hacia el dominio del mar, y entonces fué cuando tuvo entre ellos amplio desarrollo la ciencia geográfica y la comprobación histórica, destacando entre sus importantes avances los que aportaron a ellas las repetidas y minuciosas exploraciones de que hicieron objeto a las islas que ahora nos ocupan.

De entre ellas ocupa el primer puesto en la cronología histórica la que a continuación pasamos a extractar.

~~~~~

Hallábase en Febrero del 999 (después de J. C.) (334 de la Egira) un capitán moro llamado Ben-Farrouckh en las costas Lusitanas, explando con el suyo la temeraria aproximación de algún barco pirata, cuando recibió noticias de la existencia de ciertas islas de tan her-

mosas condiciones y valiosos productos, que merecieron de los antiguos el calificativo de Afortunadas. Su-  
po también, respecto de su situación, que afrontaban de cerca las últimas estribaciones de la cordillera del Atlas.

El viento que soplabá del Norte garantizaba próspera travesía, y la descripción encomiástica que acababa de oír forjó en su oriental fantasía un anhelo vehemente, del que ni la voz del deber militar, ni otra alguna circunstancia fué poderosa a hacerle desistir; y así, desertando de su puesto, huyó al impulso poderoso de las hinchadas velas en demanda del secreto de tan hermosos lugares.

A los pocos días avistó la isla de Canaria, y en la espléndida bahía de Gando, dió fondo confiadamente.

Aprovechando la hospitalidad de que fué objeto por parte de los indígenas, no dudó en emprender la exploración de su interior, y al efecto organizó una expedición en la que tomaron parte ciento treinta hombres de su dotación, y al frente de ellos atravesó la isla de sur a norte.

Sin duda que ella debió de ser lugar de frecuentes visitas por parte de los bereberes antes de ocurrir la que venimos relatando, aunque la historia las ignora, por cuanto que Ben-Farroukh, tuvo la suerte de hallar desde sus primeros pasos por ella, intérpretes que le facilitaron la comunicación con su rey o «Guanarteme».

Llamábase éste Guanariga y tenía su corte en las llanuras de Gáldar. Llevado a su presencia, expúsole el capitán árabe que había sido enviado allí por un poderoso monarca, y que en su famoso nombre, y después de arrostrar numerosos y graves peligros, cumplía su alta voluntad exponiendo al insular soberano,

como era su más vivo deseo, el de establecer y estrechar entre ambos las más cordiales relaciones de amistad y de intercambio mercantil, y solicitar de él, además, la garantía del seguro refugio de sus hospitalarias costas para los barcos que surcaran los procelosos mares que la rodeaban.

Gratamente impresionó al jefe isleño tan inesperada y honrosa misiva, por lo que condujo hasta su palacio al prudente embajador y le obsequió largamente con carnes, harina, frutas, y miel, que constitufan el regalo de sus altos cortesanos.

Ben-Farroukh exploró después cuatro islas situadas al Oeste de Gran Canaria. La primera alzaba sus montañas a la altura de las nubes y la llamó Ningaria (Tenerife). La segunda se hallaba muy cerca de la anterior y era pequeña, (la Gomera) y él la llamó Junonia. Las otras dos las designó con los nombres de Aprósitus y Hero (Palma y Hierro).

Retrocediendo después hacia el Este, descubrió la isla de las Cabras (Capraria, hoy Fuerteventura), y después Pluitana (Lanzarote).

Después de esto, regresó el marino árabe a España donde dió a conocer muchos e interesantes datos geográficos, políticos, religiosos y sociales de las islas que acababa de explorar.

No obstante las claras luces por él difundidas, bien pronto la inquieta fantasía de su pueblo volvió a rodearlas de los más extravagantes atributos del cielo y de la naturaleza; y si no fuera por el temor que me produce la idea del cansancio que la mucha proligidad engendra en los escritos, yo pudiera dar aquí, como muestra de ello, las versiones que no solo el vulgo, sino incluso los más renombrados geógrafos de los siglos del XI al XV, admitieron y propalaron con tan

ingénuo credulidad, que sus escritos conducen lo mismo al asombro y a la extrañeza, que a la hilaridad más espontánea. Y es que el pueblo árabe, a pesar de sostener por imprescindible necesidad una flota de guerra, no llegó aún a poseer el espíritu de las empresas marítimas, y así, esfuerzos aislados como el descrito, caían en la indiferencia que envolvía a los asuntos navales, o cuando más, dejaban una dilatada estela de fábulas y supersticiones en su copiosa literatura y en su abigarrada tradición.

---

El segundo viaje que con caracteres de veracidad hallamos en la historia de este pueblo, ha sido objeto de muchos y favorables comentarios por parte de numerosos escritores coetáneos del hecho. Entre ellos elegimos por su alta autoridad, insuperada en su siglo, a El Edrisi, llamado en él, por antonomasia, el Geógrafo de Nubia.

Nació este distinguido sabio en dicho país hacia los comienzos del siglo XI, y a mediados de él describió el viaje cuyo extracto servirá de final al presente artículo.

Zarparon de Lisboa los Magruinos guiados por el noble afán de desentrañar los alucinantes misterios que guardaba el Oceano. Eran ellos ocho, todos primos hermanos, y habían construido al efecto unairoso bajel, y contando con que la travesía pudiera prolongarse varios meses, surtieron sus bodegas con ri-

cos y variados víveres, en abundancia capaz para cubrir las necesidades de ese caso.

Listos para hacerse a la mar solo contrariaba a sus vehementes e intrépidos deseos las circunstancias adversas de mar y viento; mas al fin entablose una brisa del Este, a cuyo favor iniciaron su anhelado viaje.

Navegaron con fortuna durante once singladuras poco más o menos, y en el punto en que entonces llegaron, vieron con estupor que las aguas se espesaban notablemente y exhalaban un olor nauseabundo, y que a medias ocultaban numerosos arrecifes que amenazaban de continuo con la destrucción de su nave.

Huyendo de este peligro pusieron la proa al Sur, con cuyo rumbo al cabo de doce días abordaron a la isla de Capraria.

De los numerosos carneros que en estado salvaje poblaban aquella isla, mataron algunos, mas hallaron tan amarga su carne, que no pudieron comerla y se hubieron de limitar a aprovechar sus pieles.

Abandonada por ellos enseguida, navegaron durante doce días, a cuyo término fondearon al abrigo de otra que desde luego decidieron explorar; mas cuando en esto pensaban, viéronse súbitamente rodeados de una numerosísima flotilla de embarcaciones pequeñas, cuyos tripulantes abordaron al buque y redujeron a prisión a todos los expedicionarios. Fueron después conducidos a una casa donde habían mujeres de incomparable belleza y hombres gigantescos.

Al cuarto día de su arbitrario aprisionamiento, presentóseles un intérprete que les preguntó sus nombres, patria e intenciones que allí los traían, a todas cuyas preguntas dieron cumplida satisfacción los tristes prisioneros, recibiendo del intérprete palabras consoladoras.

Dos días después fueron conducidos a presencia del rey, quién volvió a dirigirles iguales preguntas, respondiendo ellos lo mismo que al intérprete de la antevíspera; y dicen que al escuchar el soberano que el objeto de su temeraria empresa era descifrar los profundos arcanos del mar, no pudo reprimir una sonora carcajada de compasión y desprecio hacia sus ilusos huéspedes, a quienes dijo por mediación del intérprete, que su difunto padre poseído de igual curiosidad, envió en cierta ocasión algunos de sus esclavos para reconocer el mar, y que al cabo de un mes de navegación les faltó la luz de los cielos y se vieron obligados a desistir de su loca empresa. Díjoles a continuación que nada temiesen de su hidalga hospitalidad; a pesar de lo cual fueron restituidos a su primitiva prisión.

Allí permanecieron hasta que soplaron vientos del Oeste, y entonces fueron conducidos y embarcados con los ojos vendados, a bordo de un batel, sobre cuyos remos hubieron de bogar, sin permitirseles deshacerse de las vendas durante un largo espacio.

Al cabo de tres días y tres noches de tan misteriosa e incómoda navegación, llegaron al atardecer a unas tierras en cuyas playas fueron desembarcados y abandonados con los codos sujetos por las espaldas.

Así pasaron la noche, y a los albores del día siguiente oyeron rumor de voces y de risas que de un lugar próximo a ellos partían, por donde coligieron la existencia de personas cuyo favor demandaron con lastimeras quejas.

Los que a ellas acudieron resultaron ser bereberes, que dolidos del lastimoso estado de sus cuitados huéspedes, rompieron sus atezantes ligaduras y mostra-

ron vivo deseo de conocer la causa que en tal extremo los puso.

Satisfecha su natural curiosidad por las cumplidas respuestas que sus demandas obtuvieron, uno de los indígenas les preguntó; ¿Sabéis a que distancia os halláis de vuestra Patria? Contestáronle negativamente y entonces añadió: «dos meses de azaroso camino os separan de ella.»

Añade la minuciosa crónica, que el Jefe de los indígenas exclamaba sin cesar: ¡Wasaff! (Ay de mí) de donde le viene el nombre de Asaff que aún hoy conserva el lugar en que se desarrolló esta escena.



Prescindiendo de la parte fabulosa que encierra esta narración, y cuya refutación omitimos por innecesaria y prolija, y si de ella queremos aceptar lo que aparte queda de verosímil, vemos que de las islas Atlánticas de esta zona, difícil o imposible es determinar cuales pudieron ser las dos del archipiélago a que ellos aluden, porque si bien su narración es pródiga en detalles referentes á los malos tratos que padecieron en ella, es vaga en descripciones que aporten datos geográficos de posible identificación, e igual vaguedad envuelve la reseña de su derrota marítima; aunque si hemos de creer en el detalle de que tres días de navegación a remo bastaron para llevarlos desde la última hasta el país de los bereberes, ésta solo pudo ser una de las más orientales, o sean Lanzarote o Fuerteventura.

tura. Pero lo más probable, a pesar de la autoridad del sabio Edrisi, es que todo ello sea pura invención del género de las que otros hermanos de raza crearon para forjar el libro de «Las mil y una noche», del cual género fueron, y aún son muy fecundos; y acaso lo de la permanencia y navegación a ojos tapados sea un ardid,—en cuyos amañios son insuperables—empleado para evitar la facilitación de descripciones que al ser comprobadas, pusieran de manifiesto su complicada impostura.



## XI

### El Renacimiento Marítimo y su influencia en la historia de Cana- rias.

**E**N los promedios del siglo XIII comienza para la historia de la navegación un periodo que bien puede, por las copiosas y trascendentales empresas que en él tuvieron cumplimiento, llamarse y ser tenido como época del Renacimiento Marítimo. En audacia y fortuna emularon sus gloriosos navegantes las hazañas de los argonautas egipcios, fenicios, cartagineses y griegos, de la misma manera que siglo y medio después había de operarse aquel otro Renacimiento, más universalmente conocido por ese calificativo, y que se señala y destaca por el porfiado empeño y acertado propósito que pusieron los pueblos occidentales en el estudio y en la asimilación del clacisismo griego y romano en la esfera de las bellas artes.

Coincidencia notable es la de que, precisamente los mismos Estados que sintieron vivamente e impulsaron con ardor el resurgimiento de las glorias de la nave-

gación, a imitación de los opulentos imperios mercantiles, políticos y guerreros precipitados, fueron los que a continuación, y cuando eran señores de los mares y del comercio universal, sintieran la sugestión del verdadero arte, que en modelos insuperables nacidos en los tiempos felices de Grecia y de Roma, padecían el olvido y el desdén por parte de los pueblos desde que se operó el aniquilamiento político-militar de esta última.

La filosofía de la Historia, que es siempre la más fecunda, porque tiene como base inmovible la objetividad de los hechos consumados, deduce de esta coincidencia jamás desmentida en el discurso de los siglos, de que manera eficazmente positiva puede ser el mar fuente fecunda de grandezas para los pueblos que lo aman. Esta prosperidad que él alimenta, es el origen y amparo de las grandes concepciones estéticas y de las elevadas aspiraciones morales.

Ahora que en este punto estoy, me apercibo de que lo que hago es solo divagar sobre consideraciones cuyo lugar no es éste, ni su objeto el que he ofrecido a la amable atención de mis lectores.

Pido por ello perdón; hago propósito de no dar nuevas libertades extemporáneas a mi fantasía, y comienzo de nuevo el relato.

Venecia y Génova son los dos pueblos de vocaciones marítimas a que antes aludía, y de ellos dos el último tiene muchos recuerdos de acontecimientos de este género que unos indirecta, y otros directamente, atañen a la historia del archipiélago Canario.

Por esto analizaremos aquellos de más relieve, y evitando la prolijidad, señalaremos solo de pasada los que a nuestro objeto carezcan de directa importancia.

A esta última categoría pertenecen los tres de bru-

moso recuerdo que pondrán fin al presente capítulo y prólogo a un viaje cuyo estudio ocupará el siguiente, porque merece tanta extensión e interés como la magna expedición de Juba.

~~~~~

En los archivos de Génova existen documentos originales de Petrarca, Justiniano y Foglietta, que acreditan que en el año de 1.285, los hermanos Vadino y Guido de Vivaldi, emprendieron un viaje de exploración sobre las costas occidentales de Africa, y siguieron tenazmente sus costas hasta las inmediaciones del Ecuador.

Otras crónicas de los mismos archivos nos dicen que unos seis años después de esta, se emprendió otra bajo la iniciativa de los genoveses Ugolino di Vivaldo y Thedisio D'Oria, cuyo atrevido propósito no se limitaba como el de la anterior a la exploración de las costas de Libia, a imitación de la empresa llevada a feliz término 1.900 años atrás por los titánicos navegantes fenicios, sino que aún a este grandioso designio se aventajaba el de los audaces genoveses, pues pretendían tras él, hallar un camino en el mar que condujese a las Indias.

Mi admiración ante tan vasto ideal no me lleva al extremo de rendir mayor tributo a estos argonautas de la Edad Media que a aquellos cuya antigüedad se remonta a más de seis siglos antes de J. C. Lejos de ello me encuentro, porque bien presente conservo esta

circunstancia importantísima que realza extraordinariamente el mérito marítimo y la osadía, insuperada hasta entonces, de que dieron asombrosa prueba los enviados de Necos.

Puestas las cosas en su punto, continuaremos diciendo que los valientes marinos de que hablamos dieron comienzo a su empresa zarpando de las costas de Liguria en el año de 1.291, a bordo de dos galeras trirremes.

Se tienen noticias de que franquearon el Estrecho de Gibraltar, y de que entonces iniciaron su derrota sobre el litoral africano en dirección al Sur. Según parece llegaron sin novedad hasta el Golfo de Guinea, en donde una de las dos galeras quedó embarrancada sobre un banco de arena.

A pesar de este lamentable accidente continuaron su empresa a bordo de la otra, y llegaron hasta una ciudad de la Etiopía llamada Mena, donde fueron hechos cautivos por los indígenas, y tan bien custodiados que ni uno solo de ellos logró volver a su patria.



Lo que a la historia de Canarias pueda corresponder en esta y en la expedición de Vadino y de Guido de Vivaldi, es la probabilidad de que utilizasen su oportuno hallazgo para disfrutar al remanso de sus bahías, su hospitalaria y descansada estancia, y aprovechar sus pródigos frutos para reponer las mermas de sus provisiones.

La realidad de una de estas visitas la fundamenta el dato de que siglo y medio después aseguraba el explorador genovés Antonio Usodimares, haber hallado en los territorios de Guinea un descendiente de los desaparecidos navegantes. Esto prueba que rebasaron la altura del archipiélago; y siendo así, parece indudable que en él hicieran escala ya que su cometido era esencialmente de exploración, y que allí se les ofrecían elementos indispensables para la prosecución de su viaje.

Respecto de la tercera expedición que hemos indicado, solo se sabe lo que a continuación pasamos a referir.

Según los cronistas que acompañaban a Juan de Bethencourt cuando por primera vez desembarcaron en Lanzarote, vieron con grande extrañeza un castillo en ruínas cerca del lugar donde fondearon sus naves.

Desechada desde el principio, por absurda, la hipótesis de que fuera obra indígena la que tenía todas las características arquitectónicas, aun que simplificadas, de las fortalezas de Génova, recurrieron para satisfacer sus dudas respecto de aquel vestigio histórico, al testimonio de los aborígenes.

Estos o no quisieron o no supieron dar cumplimiento al deseo de los extranjeros, alegando que interceptada por el transcurso de muchos años la tradición del castillo, érales del todo imposible dar respuesta veraz que con él se relacionara.

Parece probable que allá por los comienzos del siglo XIII un aristócrata marino genovés llamado Lancilotto, aportara a la isla en cuestión, y acaso su nombre fuera el origen del que tomó después ella, y las ruínas del castillo el último recuerdo de una efímera dominación de trágico y misterioso epílogo.

## XII

### Canarias reaparece ante el conocimiento de los pueblos.

La escasez y la contradicción de los datos geográficos que respecto de las islas Canarias aportaron a Europa por aquellos siglos los pocos viajes a ellas dirigidos, y la dificultad de discernir lo que tenían de apócrifo o de cierto, fué causa de que siguera para el resto del mundo en el caótico misterio mezcla de mitologías egipcio-helénicas, de fantasías arábicas y de supersticiones europeas.

Ya no quedaban de las claras luces aportadas por Juba al mundo antiguo el más tenue destello, y por eso vemos aún en los siglos XII, XIII y XIV, sostenerse y difundirse por geógrafos e historiadores, desatinados asertos cuando del Archipiélago hablaban.

Y no era en esto una excepción pueblo de tantos y tan altos prestigios científicos como el árabe, sino que por el contrario, parejas con su eminente nivel intelectual corrían sus absurdas concepciones geográficas e

históricas acerca de las Afortunadas o Eternas, como ellos llamaban a nuestras islas.

Después de aquella aparente aurora de poderío marítimo a que hicimos referencia en capítulos anteriores, el pueblo árabe apartó sus miradas del mar, tal vez por atávica indolencia, o acaso porque la marcha de los asuntos político-militares que en la Península Ibérica se habían trocado para ellos de prósperos en adversos, reclamaban en su remedio toda la atención y las actividades de sus magnates.

Ello fué, que, como decimos, volvieron la espalda al mar, y de las empresas que en él cumplieron sus antecesores más felices, conservaron la fantástica tradición, pero no el deseo de proseguirlas.

En comprobación de cuanto llevamos expuesto pudiéramos transcribir muchos escritos árabes de los siglos citados, mas como nada aportan de interés y consistencia a la crítica histórica, solo a título de curiosidad citaremos algunos que basten a dar la medida de sus erróneos conceptos.

Bakuf en el año de 1.403 aseguraba, con el mayor aplomo, que en cada una de las islas existía una gigantesca estatua de cien codos de altura que servía de marcación a las naves para arrumbarse desde alta mar.

Soyuti aseguraba que eran países completamente deshabitados; y por fin Abu-Obaid llegó a dar la inaudita noticia siguiente: Que estas islas eran seis y se alzaban «frente a Tánger», pero que habían sido «devoradas por el mar», a escepción de una, la cual, por su providencial supervivencia llamábase Al-Khalidad — (Eterna) y por los atributos que le dió la Naturaleza, Sahida (Feliz).

Si bien estas narraciones carecen de valor históri-

co, tienen cierto interés en cuanto sirven para aquilatar el alcance de la que vamos a exponer a continuación.

~~~~~

Fué su organizador el Rey Alfonso IV de Portugal, que ansioso de conquistar nuevos e ignotos territorios para su país, concibió y puso en práctica el osado proyecto de armar una escuadra para explorar las costas atlántico-africanas, y un camino marítimo para extender su influencia económica hasta los reinos del Ofir.

Los marinos eran aún discípulos en su arte de los de Liguria y Amalfi, y quizás fuera esta consideración la que movió al Soberano portugués a confiar el mando de la dicha escuadra al famoso navegante de Florencia Angiolino del Tegghia.

El narrador de este viaje es Bocaccio, cuyos manuscritos perdidos largo tiempo, fueron hallados y publicados en 1.827 por Sebastián Ciampi.

Por su gran claridad juzgamos del mayor interés para nuestros lectores, la traducción literal del famoso documento, que según la hace el Dr. D. Gregorio Chil en sus estudios históricos sobre Canarias, es como sigue:

**"De Canaria y de otras islas recientemente encontradas en el Océano más allá de España."**

«El año 1341 de la Encarnación del Verbo, llegaron a Florencia cartas de comerciantes florentinos estable-

cidos en la ciudad de Sevilla, en la España Ulterior, fechadas el 15 de Noviembre de dicho año, y que contienen lo que vamos a manifestar en seguida.»

«Dice, pues, que el primero de Julio de este año, los navíos equipados por el Rey de Portugal con todas las provisiones necesarias para una travesía, yendo con ellos una pequeña embarcación armada y tripulada por Florentinos, Genoveses, Castellanos y otros Españoles, se dieron a la vela desde la ciudad de Lisboa y se dirigieron hacia la alta mar, llevando además caballos, armas y otras máquinas de guerra, para la toma de las ciudades y castillos, en busca de las islas, que se dice vulgarmente haber sido encontradas, en las que desembarcaron, auxiliados de un viento favorable, después de cinco días de navegación; y que al fin volvieron a su país en el mes de Noviembre trayendo lo que sigue: Cuatro hombres, habitantes de aquellas islas, y a más muchas pieles de machos cabríos y cabras, sebo, aceite de pescado, despojos de focas, madera de un color rojo semejante a la del Brasil, aunque los que la conocen niegan que sea de aquella; además, cortezas de árboles para teñir igualmente de encarnado, como asimismo tierra roja y otras cosas semejantes.»

A pesar de los valiosos resultados de esta expedición, no pudo Alfonso IV coronar sus deseos porque a su ambicioso designio sobre la conquista del Archipiélago, se oponían las atenciones que reclamaban sin cesar las guerras que sostenía por aquellos tiempos con Castilla y con el pueblo sarraceno.

La cantidad é importancia de datos obtenidos en ella para el exacto conocimiento de las islas, nos la mostrará la continuación que en el próximo capítulo daremos al valioso autógrafo de Bocaccio.

## XIII

### Prosigue la transcripción de Bo- caccio.

**E**L genovés Niccoloso da Reco, uno de los pilotos, respondió a las preguntas que se le hacían, diciendo, que desde la ciudad de Sevilla hasta las islas predichas, había como novecientas millas: pero que desde el punto llamado hoy Cabo de San Vicente, están mucho menos distantes del continente. Que la primera de estas islas exploradas era enteramente pedregosa y salvaje, abundando no obstante en cabras y otros animales, así como en hombres y mujeres desnudos, de un aspecto y costumbres feroces: añadió, que él y sus compañeros tomaron la mayor porción de pieles y de sebo, sin atreverse a internarse mucho en la isla. Que pasando a otra isla más grande que la anterior, vieron venir hacia ellos en la playa multitud de gente, tanto hombres como mujeres, todos casi desnudos, entre estos, algunos que parecían superiores a los otros, estaban cubiertos de pieles de cabras

pintadas de amarillo y encarnado, y según podía juzgarse de lejos, estas pieles eran finas y delicadas y estaban artísticamente cosidas con cuerdas de tripa, y a lo que debía conjeturarse por sus actos, parecían tener un jefe al cual manifestaban todos cierto respeto y obediencia. Estas gentes significaban el deseo de comunicar con los que estaban en las barcos y prolongar su morada. Habiéndose separado algunos botes de los navíos para acercarse a la playa, como nadie entendía el idioma de los indígenas, nadie se adelantó tampoco a desembarcar: su lenguaje, dice, es bastante dulce y vivo como el italiano. Viendo que de los buques ninguno desembarcaba, algunos se empeñaron en llegar a nado hasta ellos: los tomaron, y estos fueron los que llevaron consigo. En fin, viendo los marineros que nada útil podían sacar de allí, se dieron a la vela, y costeando la isla la encontraron mucho mejor cultivada en el Norte que en el Sur: vieron numerosas habitaciones, higueras y otros árboles, palmas estériles, coles y legumbres. Desembarcaron en seguida veinte y cinco marineros armados, los cuales yendo a examinar que especie de gentes habitaba aquellas casas, encontraron unos treinta hombres desnudos enteramente, que huyeron a su vista espantados al aspecto de las armas. Entrando otros en las casas, notaron que estaban fabricadas de piedras cuadradas, labradas con gran artificio y cubiertas de grandes y hermosas maderas. Encontrando las puertas cerradas, y queriendo ver el interior, las rompieron con piedras, lo que irritó a los fugitivos cuyos gritos retumbaban por todo el aire. Estas casas, muy bellas y cubiertas de hermosas maderas, eran muy blancas en el interior como si hubiesen sido albeadas con yeso. Encontré igualmente un oratorio o templo en el cual no había

absolutamente ninguna pintura ni adorno, tan solo una estatua de piedra, representando la imagen de un hombre con una bola en la mano y desnudo, con un delantal de hojas de palma, que cubría las partes naturales, según la costumbre de los habitantes: la que quitaron de allí, y habiéndola embarcado, la transportaron a Lisboa. Esta isla está muy poblada y muy cultivada, los habitantes recogen granos, trigo, frutas, sobre todo higos. Comen el trigo y los cereales a la manera de los pájaros, reduciéndolos enteramente a harina sin amasar ningún pan, y beben agua.»

«Al dejar esta isla, los marineros que habían observado otras muchas a la distancia de esta, como unas cinco, diez, veinte y cuarenta millas, navegaron hacia una tercera, donde no encontraron otra cosa sino árboles muy altos que se elevaban hasta las nubes. Dirigiéndose desde allí a otra, la hallaron abundantemente provista de arroyos y de aguas excelentes, teniendo además muchos bosques y palomas, que mataban a palos y con piedras, y se las comían. No la atravesaron porque se les presentaba enteramente desierta. Desde allí percibieron también otra isla, donde había altas rocas, la mayor parte del tiempo cubiertas de nubes: en ella son frecuentes las lluvias, pero en tiempo sereno ofrece un aspecto encantador, y la creían igualmente habitada.»

«Descubrieron a otras muchas islas, las unas habitadas, las otras enteramente desiertas, hasta el número de trece; mientras así adelantaban, más encontraban, viéndose el mar que las separa más tranquilo que entre nosotros, con muy buenos fondeaderos, aunque tenían pocos puertos; pero todos con abundancia de aguas. De las trece islas en donde desembarcaron, hay cinco que hallaron habitadas y bien pobladas. Dícese

también que se diferenciaban tanto por el idioma, que de ninguna manera pueden entenderse unos a otros, y además que no tienen ningún navío, ni ningún otro medio de venir a dar los unos con los otros, sino a nado. Encontraron asimismo otra isla donde no desembarcaron, puesto que en ella se manifestó alguna cosa sorprendente. Dicen, en efecto, que existe allí una montaña de treinta mil pasos o más, visible en ciertos tiempos desde muy lejos, y en cuya cumbre se deja ver cierta cosa blanca: y como toda la montaña es de roca, este blanco parece tener la forma de una ciudadela; pero supone que en lugar de una ciudadela, es una roca muy aguda en cuya cima estaría un palo del tamaño casi del mástil de un navío, de donde pendería una verga con una gran vela latina trazada en forma de escudo, inflada en su parte superior por el viento, y tendida en toda su longitud: luego parece bajarse poco a poco del mismo modo que el mástil de los grandes buques: después se vuelve a levantar, y de este modo continúa siempre, como lo han notado en todas las situaciones, dando vuelta a la isla y suponiendo que este prodigio era producido por algún encanto mágico, no se atrevió a desembarcar en ella. También han visto otras muchas cosas que el dicho Niccoloso no ha querido contar. Sin embargo, parece que estas islas no son ricas, porque los expedicionarios difícilmente han encontrado con que cubrir los gastos de los víveres que les ha sido preciso sacar. Los cuatro hombres que han traído todavía imberbes, de hermosa figura, van todos desnudos: tienen una especie de delantal formado de una cuerda que les cinge la cintura, de donde cuelga una cantidad de hilos de palma de junco, que tienen la longitud de palmo y medio o cuando mucho de dos palmos, con que se cubren por detrás y por delante,

de manera que ni el viento ni la casualidad los levanta. Son incircuncisos, sus cabellos de un rubio dorado, y llegando hasta el ombligo les cubren las espaldas: caminan siempre descalzos».

«La isla de donde han sido traídos se llama Canaria».

«Después que se hubieron embarcado, comieron higos y pan; esto les agradó, aunque jamás lo habían probado; rehusan completamente el vino y se contentan con el agua. Comen igualmente el trigo y la cebada a embozadas; el queso y las carnes, de que poseen una gran abundancia, son de buena calidad; no tienen bueyes, ni caballos, ni asnos, pero sí muchas cabras, carneros y jabalíes salvajes. Se les hizo ver monedas de oro y de plata y las desconocían. No comen absolutamente las especias de clase alguna. Se les han enseñado collares de oro, vasos cincelados, espadas, sables; pero ni dieron a conocer que los habían visto jamás ni los han tenido. Aparentan una buena fe y una lealtad muy grandes, porque no se da de comer a uno, sin que antes de probarlo, no haya distribuido con los otros su ración en iguales porciones».

«La institución del matrimonio existe entre ellos, y las mujeres casadas llevan delantal como los hombres; pero las doncellas van siempre desnudas sin manifestar vergüenza alguna».

«Esta gente tiene como nosotros un sistema de numeración según el cual colocan las unidades antes de las decenas...»



## XIV

### Un hecho inexplicable en la historia de la civilización canaria.

**L**a coincidencia minuciosa con la realidad actual en las características meteorológicas, botánicas, topográficas, etc., etc., hace inequívoca la identificación de cada una de las islas Canarias, con las que describe el famoso bibliógrafo italiano en su valioso manuscrito.

Aquellas islas, la una pedregosa y salvaje, abundante en cabras, la otra más grande, cuyos hombres y mujeres se cubrían con pieles finas y delicadas y que abordaron a los buques a nado, son sin duda la «Ombríos y Junonia» de los exploradores mauritanos de Juba, o sean Lanzarote y Fuerteventura según la denominación actual.

En esta última hasta el importantísimo dato de sus construcciones con piedras coincide con el que observaron aquellos, poseídos de asombro por lo que significaba de civilización; nos referimos al templo de que

habla Plinio en su narración respecto de la isla Junonia.

Aquella de donde sacaron a los cuatro indígenas, no solo su aspecto, sino lo que es más notable, hasta el nombre de Canarias, conservaba desde que se lo asignó Juba a causa de los enormes perros que en ella se producían.

La que bojaron a respetuosa distancia sin abordarla porque se lo impedía el miedo que les puso la mágica vela latina, no es otra que la «Nivaria» de los mauritanos y la actual Tenerife. El monte de más de treinta mil pasos de altura, es el Teide; aquello blanco parecido a un castillo, es su corona de nieves; y la vela que se alzaba y se abatía sobre invisible mástil, el penacho de su fumarola, pues según se ha confirmado, estaba en ignición durante aquella época.

Del estudio minucioso que merece el documento que nos ocupa, brotan sugestivos temas de investigación y análisis. Con gran deleite entregaría a ellos la escasez de mis fuerzas, si de una parte mi poca capacidad para ello, y de otra los límites de mi tema, no se opusieran con poderosos motivos. Pero aún prescindiendo, como es forzoso, de especulaciones teológicas, estéticas, etnológicas, etc., etc. que en ella tienen amplia cabida, cae dentro de la demarcación de estos apuntes la apreciación de un hecho que me llena de curiosidad y cuya causa no acierto por más que me lo propongo.

El arte de la navegación es de tan remoto conocimiento que alcanza a la edad de piedra, y en razón de su importancia para el bienestar de los hombres y para el progreso de los pueblos, a él se dedicaron todos los que tuvieron al mar por frontera, o a los grandes ríos y lagos como vecinos bienhechores. Ni un so-

lo pueblo ribereño llegó a ser extraño a la utilización de los transportes fluviales o marítimos, aunque solo fuera empleando la rudimentaria almadía o el toscó tronco de árbol vaciado, análogo a las actuales piraguas y cayucos de las tribus salvajes.

Naturalmente que esta, como todas las manifestaciones de progreso, ni fué simultánea, ni alcanzó igual perfección en todos los países; sin embargo, ya en la Edad Antigua, más o menos embrionario, en todos los pueblos que se hallaban en la condición geográfica indicada, se manifestaba el arte marineró. ¿Cuál es la causa que explica el hecho de que, no ya en la Edad Antigua, sino en los umbrales de la moderna, se encontrara un pueblo insular carente hasta de las más elementales nociones de ese arte?

No es justo atribuirlo o tomarlo como índice de un ínfimo nivel cultural, pues aunque así lo parece, hallamos en ese pueblo simultáneamente manifestaciones que arguyen lo contrario. En religión alcanzan el concepto monoteísta: en las artes conocen la iconografía religiosa, la alfarería, la grafología, la numeración y sobre todo la arquitectura que tantos elogios mereció de los compañeros de Angiolino de Tegghia. Todos estos conocimientos aunque eran simultáneos con la anacrónica ignorancia de los rudimentos en las artes metalúrgicas, textiles y otras, revelan una cultura si no sobresaliente, por lo menos superior a la de muchos pueblos coetáneos de él, y aún de algunos actuales.

Por lo que se refiere a los tiempos antiguos, nada se opone a hallar la explicación que buscamos en el origen de una superstición de los isleños adversa a la navegación: pueblos de la elevada cultura del egipcio y del griego no osaron llegar al archipiélago Afortunado

durante varios siglos por igual causa; pero ¿hay alguna que haga admisible el hecho de que aquella se transmitiera a través de tantos tiempos y sucesos como abarcan la Edad Antigua y la Media que ya tocaba a su término?



## XV

### Creación del Principado de la Fortuna.

**L**a famosa expedición de Angiolino de Tegglia, rasgó los velos densos que ocultaron el Archipiélago hermoso de las islas Afortunadas al conocimiento de los otros pueblos. Los más de ellos, ansiaron su conquista, y fueron entonces estas islas por las grandes codicias que despertaron, causa de celos y de aprestamientos bélicos entre los más poderosos señores y reinos.

A todos tomó la vez en la iniciación de sus propósitos el infante de España y conde de Clermont don Luis de la Cerda, conocido vulgarmente con el nombre de Luis de España, bisnieto de San Luis Rey de Francia y de don Alfonso el Sabio, e hijo de don Alonso de la Cerda y de la Princesa Malfada.

Alegaba en favor de su pretensión el derecho de herencia, pues al decir de él, (conforme con el Doctor don Tomás Arias Marín,) las susodichas islas fueron

descubiertas por un antepasado suyo, napolitano de origen y llamado Lanceloti Mailesol, quien por convenio amistoso con los indígenas y por donación del Papa, ejerció de hecho el dominio sobre una de ellas, y de derecho le correspondió sobre todas las otras.

Mas como entonces el árbitro de los pueblos infieles era el Sumo Pontífice, ante él expuso sus ruegos y sus derechos el Infante castellano sobre las islas llamadas Canarias, Ningaria, Pluviaria, Capraria, Junonia, Embronea, Atlántida, Hespérides, Cernes y las Gorgonias, más la Goleta situada en el Mediterráneo.

A sus deseos y a sus derechos añadía promesas que, siendo del agrado del Papa, apoyarían eficazmente a los unos y a los otros como sucedió en efecto. Eran ellas las de consagrar todos sus valimientos a la honra y propagación de la Santa fe católica en los dominios que ansiaba recibir, y considerar él y sus descendientes a dichos dominios como feudo recibido de la munificencia del Jefe de la Iglesia romana, a quien por tal razón siempre rendirían vasallaje.

Los derechos alegados por el nieto de San Luis, y las humildes maneras y buenos propósitos del ilustre pretendiente, decidieron en su favor la voluntad del Pontífice, quien en 4 de Noviembre de 1344 expidió desde Avignón, Sede entonces del sucesor de San Pedro, una bula cuya transcripción íntegra no puedo hacer por lo extensa, pero si el extracto de su contenido que es como sigue:

«Clemente Obispo, siervo de los siervos de Dios a nuestro querido hijo el noble Luis de España, Príncipe de la Fortuna:..... para la exaltación y honra del nombre cristiano desease emplear vuestra persona y vuestros bienes en la adquisición de todas las dichas islas, con tal que os sean concedidas por Nos según

lo habéis manifestado y pedido humildemente, sobre ellas el título y autoridad para Vos y vuestros herederos y sucesores tanto varones como hembras.»

«Nos, aprobando en consecuencia la intención piadosa que manifestáis tener bajo este concepto..... en nuestro nombre y en el de los romanos Pontífices nuestros sucesores de la misma Iglesia romana..... os concedemos y damos en feudo perpetuo en la manera, forma y tenor, y bajo las condiciones y convenciones contenidas en la presente, mientras no haya cristiano alguno que pretenda tener especial derecho, todas las supradichas islas.....» (aquí enumera los honores, prerrogativas y derechos que le concede con inherencia a su realeza, y añade) «Nos os damos el Principado de dichas islas y decretamos que seais llamado Príncipe de la Fortuna, poniendo con nuestras manos sobre vuestra cabeza una corona de oro en señal de que habéis adquirido el citado Principado y del aumento de vuestro honor..... De suerte que Vos, en lo que os atañe, y vuestros herederos y sucesores..... seais obligado a prestar reconocimiento, homenaje, pleno vasallaje y juramento de fidelidad..... y además, Vos y cualquiera otro heredero vuestro y sucesores en el dicho Principado, y por razón de este, pagaréis íntegramente cada año, el día de San Pedro y de San Pablo, al Pontífice Romano..... un censo de 400 florines de oro puro y bueno, con cuño y peso de Florencia.....»

A esta Bula contestó el Príncipe Luis de España con letras «patentes de fe», en que juraba fidelidad y vasallaje a la Iglesia romana y al Sumo Pontífice, a quien confesaba y reconocía como supremo soberano y señor.

De esta manera arbitraria y caprichosa, se dispuso

en Aviñón de los destinos futuros de las islas Afortunadas; pero los hechos tomaron otro curso que seguiremos en el próximo capítulo, con la atención que merecen, los unos por su gravedad y transcendencia, y el regocijo que producen los otros por su bufonesca hechura.



## XVI

### La posesión de las Afortunadas encienden celos entre los más poderosos Monarcas.

**E**L acto de la coronación de don Luis de la Cerda como Príncipe de la Fortuna, terminó por un accidente que en los ánimos de la numerosa y heterogénea concurrencia fué tenido por fatal augurio.

Según nos refiere Petrarca, festigo ocular de la ceremonia, cuando el lucido cortejo que daba guardia de honor al flamante Príncipe por las jubilosas y engalanadas calles de Aviñón más rozagante se mostraba, las cataratas del cielo se abrieron precipitando sobre la tierra tan copiosa lluvia, que por mucha que fué la celeridad que todos pusieron en guarecerse, no estuvo en sus manos evitar tan completa mojadura, que incluso el Príncipe, todos llegaron empapados a sus respectivos alojamientos.

Mucho influyó este accidente en el ánimo de don Luis que al parecer rendía ciega fe a la fatalidad de los presagios; pero el paso estaba dado, y escrito que no

por este sino por otro motivo no menos humillante para su real alcurnia, había de desandarlo poco tiempo después.

Por conducto de los Nuncios del Papa, tuvieron noticia oficial de la susodicha exaltación al trono de las Afortunadas los Reyes Pedro IV de Aragón, Alfonso XI de Castilla, Felipe VI de Francia, Andrés y Juana de Nápoles y Sicilia, Humberto Delfín de Viena, el Duque de Génova y otros Príncipes cristianos; a todos los cuales pedía Clemente VI, para la mayor gloria de Dios y de su Santa Iglesia, prestasen decidido apoyo en su cristiana empresa al Príncipe Luis con hombres, dineros, armas, y buques.

Muy lejos del ánimo de los cristianísimos Soberanos precitados estaba el hacerlo así, y los caminos que tomaron son los que vamos a ver rápidamente.

Por lo pronto la nota singularmente cómica de este proceso histórico la dió estrepitosamente el Embajador inglés, quien creyendo que las islas Afortunadas, hacia cuya conquista el Papa pretendía dirigir a toda la cristiandad, no podían ser otras que las que él representaba, en el mismo acto de la coronación despachó para Londres un correo urgentísimo con encargo de advertir a su Soberano se aprestase a la defensa de la nación británica.

Prescindiendo de comentarios sobre tan supina pifia sin precedentes, según creo, en la historia de la diplomacia, pasamos a hablar de otros reyes.

Alfonso XI de Castilla contestó al Papa agradeciéndole la merced otorgada a su pariente don Luis de la Cerda; añadía de una manera respetuosa, pero enérgica, que la tal conquista le pertenecía a él antes que a don Luis en premio de las muchas batallas ganadas a los moros, y terminaba que por respeto y deferencia a

su Santidad, cedía de buen grado todos sus derechos en favor de su citado pariente.

El rey de Portugal don Alfonso IV por su parte, expuso al Papa sus derechos sobre las Afortunadas, por carta de fecha 12 de Febrero de 1.345 y que en extracto así decía:

«Considerando que estas islas nos están más cercanas que a ningún otro Príncipe, y que pudiera ser más conveniente sojuzgarlas por nosotros, hemos fijado nuestro pensamiento en ellas y queriendo realizar nuestros designios, hemos enviado allí, para examinar el estado del país gente nuestra y algunos buques, (se refiere a la expedición de Tegghia) que desembarcando en dichas islas han sacado hombres, animales y otros objetos que con gran satisfacción nuestra han traído a nuestros Estados »

Más adelante añade: «Pero cuando pensábamos enviar para conquistar las dichas islas nuestra escuadra con numerosas fuerzas de caballería e infantería, la guerra empeñada entre Nos y el Rey de Castilla, y más tarde entre Nos y los reyes sarracenos, se opusieron a nuestro propósito» (Dr. D. Gregorio Chil obr. cit.)

Otros Soberanos opusieron también su criterio respecto del derecho que pretendía irrogarse el Infante don Luis sobre las islas Afortunadas, pero mientras estas controversias se sucedían sin descanso, el discutido Príncipe aprovechaba el tiempo en el alistamiento de su flota.

Aunque en este hecho están conformes todos los historiadores que a estudiarlo se han detenido, discrepan notablemente en lo que a su término se refiere, pues hay quien lo pone en el abordaje de las deseadas islas; otros dudan ante esa afirmación, y no pocos la niegan rotundamente.

Lo único que aparece casi confirmado tras tantas y tan contradictorias noticias como respecto de ello circulan, es que el Príncipe jamás pisó las tierras de sus famosos dominios. Respecto de si alguien lo hizo en su nombre, dejaremos para el próximo capítulo la exposición de las más autorizadas opiniones, que por su propio valor, y por el de los argumentos que les sirven de apoyo, se encuentran rodeadas del más sugestivo interés.



## XVII

### Se desvanece el sueño del Príncipe de la Fortuna.

**E**NTRE las muchas y opuestas relaciones que versan sobre la actuación del Príncipe de la Fortuna en orden a la conquista de sus insulares Estados, merece, a nuestro juicio, lugar distinguido la que hace don Manuel Osuna Saviñón, apoyado en la autoridad de los manuscritos de don Diego Ordoñez, que afirman haber zarpado el citado Príncipe de la bahía de Cádiz en Abril de 1.345 al frente de tres carabelas de guerra, con rumbo a las Afortunadas y designio de conquista.

De como proyectó la expedición y armó las tres citadas naves el flamante Soberano, nos da cuenta el cronista aragonés J. Zurita de la siguiente manera:

«El rey don Pedro IV de Aragón hallábase en desavenencia con los de Portugal y Castilla, quienes como digimos en el capítulo anterior, aspiraban a engarzar a su corona los territorios de la antigua Atlántida.»

«La sagacidad de don Luis de España halló en estas

discordias el logro de sus anhelos, pues apenas lo supo el de Aragón, se dispuso a darles cumplimiento a fin de herir en sus ambiciones a los otros monarcas peninsulares, y así no puso ningún inconveniente, antes tuvo a satisfacción el alistar tres carabelas de guerra que entregó al Infante.»

Volviendo a nuestro relato, según los citados autores, diremos que las tres carabelas navegaron en demanda de las costas occidentales de Africa, cuyo hallazgo resultó fácil gracias a lo propicio del viento y a la escasa separación que entre ellas y Cádiz existe.

A la vista de las altas montañas del Atlas, rectificaron el rumbo y tomaron otro, que sin perder la referencia de tierra, conducía a las islas Afortunadas.

El Príncipe, a lo que parece según lo pintan Osuna y Ordoñez, era pobre de arrestos marineros, y esto unido a que el tiempo se aborraseó y se roló hasta el través o hasta la amura de sus naves, con riesgo de arrojarlas sobre las bravas costas que seguían, puso miedo en su ánimo hasta el extremo de hacerle renunciar en aquel lugar a sus deseos de conquista.

Así hubiera ocurrido, con el consiguiente desdoro para el prestigio real de su persona ante la autoridad del Sumo Pontífice su magnánimo otorgante, a no ser por la decisión de uno de sus capitanes don Alvaro Guerra.

Era la de este un alma del temple de aquellas que poco después llevaron a los más audaces extremos de epopeya el glorioso nombre de España.

En aquel momento de temerosa renunciación por parte del Príncipe, el aventurero esforzado acudió en su auxilio y le aconsejó que con dos de las naves se volviera a España, mientras él con la tercera continua-

ba el arriesgado viaje como enviado o precursor de su augusta persona.

Don Luis, que no otra cosa deseaba sino verse fuera de sus peligros y temores, convino en ello gustoso, y haciendo cambiar de rumbo a dos de sus galeras, con ellas se volvió a la Península, mientras su leal servidor, al mando de la otra, proseguía en demanda de las islas Afortunadas. Y dicen las crónicas que logró abordar a una de ellas llamada Lanzarote, de la cual tomó posesión dándole el nombre de isla del Infante en prueba de su lealtad a aquel, y que allí encontró varios europeos abandonados por expediciones anteriores, a quienes mostró la Bula Pontificia y los designios y embajadas de que era portador. Todos recibieron singular contento por ello, incluso los indígenas sabedores de la noticia.

En vista de tan cordial acogida, fácil le fué explorar toda la isla. Mas a pesar de que la pródiga Primavera cubría de flores y de frutos casi toda su extensión, comprendió plenamente que aquel no era el país fecundo que su señor concebía, puesto que no alcanzaba con sus productos ni aún a cubrir los gastos que su gobierno y colonización exigían. En vista de ello abandonó la isla hospitalaria y se volvió a España para dar cuenta al Príncipe de los resultados desalentadores de su expedición, lo cual fué causa de que este abandonara para siempre sus soñadas ilusiones.

Del grupo de los que afirman la expedición del Infante a Canarias, es también el historiador Benzoni, aunque en sus detalles discrepa de los anteriores según vamos a ver.

El Príncipe de la Fortuna equipó dos galeras, (dice el historiador en cuestión) con las que zarpó de Cádiz y arribó a la Gomera. En esta isla hizo un desembarco

al frente de ciento veinte hombres, pero con tal bravura fueron atacados por los indígenas, que derrotados y maltrechos hubieron de ganar precipitadamente las galeras y en ellas volverse a España los pocos que salvaron sus vidas.

El P. Abreu y Galindo, sostiene que dos de las carabelas, por un violento temporal llegaron a la isla Canaria, donde desembarcaron sus tripulantes según se sabe por la tradición y los cantares antiguos canarios.

Frente a estos historiadores se hallan otros que no admiten que la citada expedición tuviese lugar, y aún hay quien niega que llegara a organizarse.

A la exposición de sus razones dedicaremos el capítulo próximo.



## XVIII

### Autoridades y argumentos denegatorios del viaje del Príncipe de la Fortuna.

**E**NTRE los historiadores que niegan que la expedición del Príncipe de la Fortuna tuviera efecto, figura el P. Mariana, quien no obstante asegura que estuvo organizada con ese designio.

Salazar de Mendoza también la rechaza, y aduce como causa la oposición porfiada del Rey de Castilla D. Alfonso XI, quien se consideraba con mejores derechos para la citada conquista por tratarse de territorios pertenecientes a la Diócesis de Marruecos, sufragánea de la Iglesia Metropolitana de Sevilla en tiempo de los godos.

Núñez de la Peña añade y corrobora esta versión afirmando que el Papa Clemente VI tomó por justos los derechos alegados por el Rey de Castilla, en cuya consecuencia derogó la anterior cesión hecha en favor del Infante don Luis, e hizo otra en pro del nuevo

pretendiente con lo que el destituido hubo de abandonar sus soñadas ilusiones.

Galien de Bethencourt también sostiene lo de que el Príncipe de la Fortuna fué destituido por el Papa, pero no concuerda con don Juan Nuñez de la Peña ni en la ocasión en que tuvo efecto, ni en la persona favorecida por la vacilante voluntad pontificia, pues según él, fué Pedro IV de Aragón el sustituto del desposeído magnate, y no antes, sino después que hubo realizado el sacrificio de su primera expedición que abordó en la Gomera.

Viera y Clavijo y Arias Marín, niegan la veracidad de ese viaje y el primero comenta el término del célebre principado diciendo que Don Luis de la Cerda no solo no llegó a pisar tierra Canaria, sino que perdió la corona a poco de ceñirla, y que se secaron sus laureles aún antes de ser cortados.

El ya citado Dr. Chil, fundándose en el manuscrito de Ordoñez, afirma que la expedición se inició, pero niega que llegase a su término, y además añade la seguridad de que por lo menos la isla de Lanzarote «debió ser bién conocida antes de que el Príncipe de la Fortuna obtuviese de Clemente VI la cesión de ellas».

Aunque con respecto al hecho que exponemos esta afirmación no guarda relación inmediata, es de grande valor por lo que a otro, citado de paso en un capítulo anterior se refiere, el cual tiene mucha conexión si no con el desenlace, al menos con el origen de esta, que más bien parece romancesca transcripción que elocubración histórica, del principado de la Fortuna.

Dijimos a los comienzos de su exposición que el más sólido fundamento alegado por don Luis de la Cerda en apoyo de sus pretensiones de conquista y dominio, era el de que las islas citadas fueron descu-

biertas y gobernadas gracias a la cesión pontificia y a un amistoso convenio con los indígenas por cierto ascendiente suyo llamado Lancelote Mailesol.

La primera vez que de esto hablamos no expusimos argumentos ni oposiciones respecto de ello, pero ahora sí lo haremos, ofreciendo a nuestros lectores la más autorizada de entre aquellas que el célebre polígrafo canario expone, y que son a nuestro juicio la de Mr. D'Avezac y dice así:

«Este personaje, cuya huella era muy vieja al tiempo de la llegada de Bethencourt, merece llamar nuestra atención, tanto más cuanto que aparentemente es de él de quien tenía su nombre la misma isla, en donde había levantado su antiguo alcázar. Esta hipótesis se convierte en certidumbre desde que se tiene en cuenta una particularidad digna de observarse, y que por muchísimo tiempo ha pasado desapercibida; a saber, que más o menos cerca de las costas de Africa se encuentra situada en todas las cartas de navegación de los siglos XIV y XV, sin excepción, una islita con la inscripción conocida de «Insula di Lanciloto, Lanzalot o Lanzarote».

«Así mismo se halla el nombre de Maloxelo, Maloxeli, Marogelo o Maroxelo, que completa de esta manera el nombre de Lanciloto Maloxelo, forma italiana que corresponde indudablemente a la francesa de Lancelot Maloisel. De esta manera vemos ya designado por su nombre al primer europeo, que a nuestro entender, haya usado el derecho de descubrimiento de estos lugares, dando su mismo nombre a la isla en que se había establecido; y la posteridad ha respetado el derecho a esta denominación conservando ese nombre. Pero hay también otra circunstancia que no se ha considerado bastante, y es que todos los portulanos

de los siglos XIV y XV, sin excepción, al demarcar las Canarias, pintan constantemente a Lancelote de plata con cruz de gules y las armas de Génova. Pero las armas de una nación, puestas de esta manera sobre una tierra lejana, prueba irrefragablemente un derecho de posesión oficial y reconocido por parte de este Estado sobre el país sellado con sus armas, y en el caso actual este derecho de posesión de Génova sobre Lanzarote se encuentra comprobado desde 1351 por los portulanos de los Médicis respecto de lo que tantas veces hemos llamado la atención.»

Volviendo la memoria hacía aquel que tan llevado y atraído fué en vida a causa de sus anhelos de rey, pondríamos nuestra atención piadosa en lo que toca a su muerte, pero incluso esta natural y humana curiosidad nuestra se ve defraudada por las contradicciones que, igual que a su vida, la hacen misteriosa e imprecisa.

J. Zurita y Nuñez de la Peña sostienen que despojado de su principado el Infante D. Luis, entró al servicio del rey de Francia, muriendo en la batalla de Croy, en 1345, según Bory de Saint-Vicent; esta es la versión más fundada según nuestro criterio, pero aun hay otras que omitimos por no dar más extensión de la que es prudente a este episodio de la historia del Archipiélago Canario.



## XIX

### Feliz estancia y trágico fin de unos exploradores aragoneses y mallorquines en' la isla Canaria.

Los conocimientos adquiridos en las expediciones citadas, especialmente por la de Alvaro de Guerra,—y aún los que añadieron otras cuyo relato hemos omitido por la vaguedad y contradicción de sus noticias, dieron por resultado el levantar un vivo interés hacia todo aquello que con la navegación y el comercio de las costas Atlántico-Africanas guardase relación.

Resulta paradójico que territorios tan remotos como la costa de Marfil, y la de Guinea, fueran explorados y colonizados antes que el Archipiélago Canario; sin embargo así está comprobado de manera irrefutable por numerosos documentos cuya autenticidad es acatada por todos los historiadores que de ello se han ocupado.

Claro es que siendo conocidas y colonizadas las costas fronteras, no podía tardar mucho en serlo el

Archipiélago Canario, y de este hecho vinieron a ser precursores los navegantes mallorquines y aragoneses.

~~~~~

En fecha no bien determinada, pero que muchos autores fijan en la del año 1360, cuenta Benzoni y Abreu Galindo que zarparon de las Baleares dos navíos tripulados por navegantes de las dos regiones citadas con designio de abordar las islas Canarias y en ellas establecer su floreciente comercio.

No eran naves ni gentes de guerra las que ahora ocuparán nuestra atención, ni ansias de conquista las que guiaban sus voluntades, sino pacíficos mercaderes deseosos de apoyar en el Archipiélago pródigo de las rutas africanas las bases de su naciente comercio atlántico.

Las tranquilas aguas de la espléndida bahía de Gando y la soledad de sus tierras aledañas convidáronlos a un reposo que les fué sin duda muy grato dado sus pacíficos hábitos y propósitos. Muchos de los expedicionarios saltaron a tierra con ánimo de explorarla; mas de lo que ellos creyeron abandonadas soledades, vieron surgir improvisadamente y con ensordecedora algarabía, una muchedumbre heterogénea y exaltada que armada de palos y de piedras, atacó tan rudamente a los sorprendidos exploradores, que dieron con los más de ellos en tierra, y los que no quedaron muertos sobre ella, fueron hechos prisioneros de los indígenas, quienes los condujeron al interior de la isla.

Los que en lugar de saltar a tierra permanecieron a bordo de las dos naves, vista la impensada y desigual pelea enablada en tierra, y el mal término que de ella resultaría para sus incautos compañeros, pusieron la mayor presteza en huir de aquel paraje, aun a costa de abandonarlos en su desgracia.

El sitio a donde fueron conducidos los tristes prisioneros, fué el que ocupaba entonces, como hoy, la villa de Telde residencia del Guanarteme de aquella región. En la magnífica hidalguía de este caudillo hallaron los vencidos extranjeros soberana protección, por cuya virtud fueron tratados con las mayores deferencias y consideraciones.

Diseminados por toda la isla, y dueños de la estimación de sus habitantes, pagáronles a estos los españoles debido tributo de reconocimiento dedicándose a su instrucción profesional, y con especial empeño, a la enseñanza de la religión cristiana, en cuya predicación destacáronse sobre los seglares, algunos religiosos, que en número de dos, según ciertos historiadores y de cinco según otros, acompañaban á los navegantes y mercaderes.

Construyeron dos ermitas, la una en los Arenales próximos al puerto actual de la Luz, y la otra cerca de Agaete.

La primera consagró las preferencias de su culto a la Virgen, a San Juan Evangelista y a Santa María Magdalena. Sus imágenes hallábanse expuestas en el altar mayor; pero de tan mala talla debían de ser, que el obispo D. Fernando Suárez de Figueroa, luego que las vió, dispuso que fueran enterradas, porque en vez de avivar el fervor religioso lo ahuyentaban según su juicio.

Este original «sepelio iconoclasta», privó a la ar-

queología insular de tres objetos, que aún cuando para las Artes plásticas y para la estatuaria cristiana crecieran de valor, eran para el recuerdo de la historia joyas eméritas.

Advocaba a la ermita de Agaete, San Nicolás, cuyo nombre tomó, y aún conserva, la aldea que le fué vecina.

Tan arcádica coexistencia entre extranjeros y aborígenes tuvo inesperadamente un fin trágico para los primeros, sin exceptuar a los religiosos que eran los más respetados y queridos de entre todos ellos.

La causa de esta lúgubre escena que vamos a referir es discutida, y por lo tanto incierta. Según unos, fué porque los autóctonos atribuyeron supersticiosamente a sus huéspedes el maleficio de sus desgracias, que consistieron en una terrible epidemia y hambre de asoladora mortandad. Según otros, fué porque la osadía de los foráneos, los llevó a tomarse alguna licencia «demasiado odiosa y aborrecible a los canarios.»

Fuera cualquiera de estas, u otra no sospechada, la causa, el hecho es que secretamente adoptaron los cabecillas insulares el designio de dar muerte a todos sus protegidos. Parece cosa segura que así lo hicieron, y que para ejecutar a los religiosos emplearon un procedimiento que era en el país prueba de respeto hacia el reo, y que consistía en su despeñamiento.

Existe en las proximidades de la antigua corte Guanche un precipicio llamado de Jinámar: tiene la forma de un tubo, y es tan profundo, que jamás se ha podido averiguar hasta donde alcanza en las entrañas de la tierra. Una piedra precipitada en él, desaparece de la vista sin que llegue a la boca ni el ruido de su choque contra el fondo.

Pues bién, esto es sin duda el cráter de un vol-

cán, fué la fosa en que arrojaron vivos a los desdichados misioneros; y añaden los narradores que a los pocos días viéronse aparecer en el mar, y al pié de otra cima llamada Mar Fea, sombreros, restos de hábitos y algunas prendas más de su pertenencia.

Dedújose de este hecho sorprendente la consecuencia de que los dos abismos se hallaban comunicados por un conducto subterráneo. Varias e interesantes tentativas se han efectuado a fin de comprobar su existencia, pero todas, aunque bien orientadas, han resultado infructuosas hasta ahora.



## XX

### La aventura del capitán Ruiz de Avendaño en la isla de Lanzarote

**H**ALLÁBASE en 1.377 el Rey D. Juan I de Castilla en franca y sangrienta guerra con el de Portugal y con el Duque de Lancaster, y era la causa de ella el litigio suscitado por estos contra los derechos que aquel hacía valer para sostenerse en su trono.

Uno de los medios que puso en defensa de su soberanía fué el de enviar una escuadra para vigilar las costas Lusitanas, las de Galicia, las de Vizcaya y las Británicas. Confió su alto mando al noble capitán vizcaíno Marín Ruiz de Avendaño, quien comenzó su empresa sobre las costas de Portugal; pero por mucha y muy buena que fué la voluntad puesta en la prosecución de su fin, no pudo llegar a él, sino a otro muy distinto que le trazó el destino.

Fué la causa un violento temporal del norte que en el citado paraje descargó sorprendiéndoles tan duramente, que hubieron de abandonarse a su impulso.

Bajo él corrieron hacia el sur y llegaron maltrechos y extenuados a la isla de Lanzarote.

En ella recibieron la más noble hospitalidad brindada por el Rey indígena Zonzamas y por su esposa la hermosísima Fayma, cuya buena acogida hacia el joven capitán vizcaino, que gozaba fama de elegante, de valeroso y de mocero, dió lugar a muchas suspicacias; hasta el extremo de que cuando al cabo de cierto tiempo después de su partida, Fayma dió a luz una blanca niña, fueron muchos los que creyeron ver en ella una reproducción de aquél.

Aparte de este, si es real, no realizó ningún otro acto en la isla que haya merecido el recuerdo.



Consecuencia también de un temporal del Norte fué el que poco después arribase a la isla canaria otro velero que pocos días antes había zarpado de Sanlúcar de Barrameda con destino a Galicia.

Este barco embarrancó en la desembocadura del río Guiniguada.—hoy encauzado en la Real Ciudad de Las Palmas, y entonces bordeado por bosques umbrosos de palmeras—y tan violenta debió de ser la tempestad, que en el naufragio perecieron todos menos trece de los treinta y seis hombres que tripulaban la nave.

La fortuna favoreció con su amorosa predilección a estos trece náufragos deparándoles en la persona del

Guanarteme de la isla al más decidido y noble protector, y bajo tan valiosa égida, todos fueron respetados y atendidos solícitamente.

Pero la fortuna, aunque enamoradiza, es también, y quizás por esa misma causa, veleidosa y mudable; y así se mostró con ellos once años después de prestarles sus favores.

Fueron la causa varias expediciones de naves piratas que hicieron al litoral canario objeto de sus execrables depredaciones, y cuyas audaces y certeras manobras creían los indígenas inspiradas por el espionaje de sus propios huéspedes..

El arraigo de estas sospechas oprimentes para los unos y para los otros, costó la vida a todos los castellanos, junto con alguno de los invasores vizcainos y andaluces que cayeron prisioneros de los valientes indígenas.

La manera como han llegado hasta nosotros estas noticias, enriquecidas con minuciosos detalles, es tan interesante y bella, que aunque resulte extensa su narración, bien vale la pena hacerla en este lugar.

Cuentan Bontier y Leverrier, (cronistas de Bethencourt en su viaje de conquistada), que hallándose en la bahía de Gando su compañero de expedición Gadiñer de Lasalle en tratos comerciales con algunos isleños, vió a uno de ellos que nadaba hacia su barco conduciendo sobre la espalda una bolsa de cuero. Una vez a bordo dirigió la palabra en castellano al extranjero en estos términos, según los consigna Castillo: «Llámanme mis paisanos Tiferan, pero mi nombre propio es Pedro: soy hijo de padres hidalgos, de cuyo estado hay más de 6.000 en esta isla. Soy natural del valle de Niguiniguada (sitio donde está hoy situada esta ciudad de Las Palmas); en cuya costa había encallado

» un navío español con trece castellanos, que de treinta y  
» y seis escaparon la vida del naufragio, a quienes llama-  
» ron los trece hermanos y a quienes el Guanarteme  
» mandó dar libertad; quedándose en aquel valle más de  
» once años; siendo yo de edad tierna, me criaron ins-  
» truyéndome en la religión católica; me bautizaron y  
» pusieron el nombre de Pedro, y también enseñaron los  
» misterios de la Santa Fe de Cristo a otros muchos, en  
» que se ejercitaban muchos, y en enseñar a los canarios  
» muchas obras de su conveniencia. Pero el demonio que  
» sentía en lo que iba perdiendo con nuestra enseñanza,  
» infundió a los canarios las sospechas de que avisa-  
» rían a España de donde decían eran, para que hubie-  
» ran venido al puerto más inmediato al mismo paraje,  
» unos navíos que tuvieron guerra con ellos (que se-  
» rían los vizcainos y andaluces) en que hubo muertos  
» de unos y otros y algunos prisioneros que aquí que-  
» daron; porque los canarios irritados, prendieron a los  
» castellanos que aquí estaban, y a los que en la guerra  
» cogieron los hicieron morir. Uno de estos me dió esos  
» papeles, que siempre he traído conmigo en ese zur-  
» roncillo; pues he logrado encontrar con vosotros,  
» mirad lo que dicen».

Dicho esto sacó del zurroncillo unos papeles, mo-  
jados en su travesía a nado, y tendiéndolos a Gadifer,  
este emprendió su extraña lectura, no sin cierta dificul-  
tad porque el tiempo y el agua habían destruido la cla-  
ridad de sus caracteres.

Dejamos para el próximo capítulo, por falta de es-  
pacio en este, la transcripción de tan original docu-  
mento, así como la de otros hechos de no menor inte-  
rés para la Historia de Canarias.

## XXI

### La tragedia de los trece herma- nos. La hidalguía de un guanar- teme de la isla Gomera.

LA lectura que hizo Gadifer del borroso, pero sugestivo documento recibido de manos del canario converso, fué como sigue: «En 5 de Julio de 1.382, »hizo viaje el navío de Francisco López, vecino de Se- »villa, del puerto de San Lucar para Galicia, y con tor- »menta derrotada aportamos y dimos en la costa del »Naciente de esta isla de Canarias, en la boca del ba- »rranco llamado Niguiniguada; y de treinta y seis per- »sonas que veníamos en el navío, solo salimos con »vida trece, por estar el mar muy furioso, las olas re- »ventando muy lejos de la tierra: y somos los siguien- »tes: Andrés Suárez, Juan Romero, Andrés Galindo, »Juan Hernández, Ignacio de Fuentes, Antonio López, »Francisco Téllez de Sevilla (hermano del capitán del »navío Francisco López, que se ahogó con los demás). »En dicha parte fulmos presos por los canarios y lle- »vados a tierra adentro, a presencia del Guanarteme,

»señor de la isla; y cuando entendíamos ser maltratados de ellos, merecimos que nos regalasen con carne asada, miel y harina de cebada tostada, y nos dió libertad, poniendo penas a todos sus vasallos para que no nos ofendiesen ni agraviasen».

»Es gente piadosa, caritativa y obediente a su rey; porque entendida su voluntad no faltarán a ella, y amorosamente nos dieron muchas cabras para criar, que es lo que usan, y mucha cebada para la sementera. Andan los hombres y mujeres vestidos de pieles amorosas y las camisas son de lo más tierno de las palmas. Précianse de tener los cabellos rubios: es grande el número de la gente que hay en esta isla: los nobles son muchos, diferenciados de todos por los trajes, y no trabajan jamás, porque es afrenta para ellos, y así pagan a otros que les siembran y guardan sus ganados, y así cada uno sustenta un gran número de pastores y de criados para su labranza. Tienen mucho gobierno en su república, para que nombren en todos los lugares Fayacanes, que son como gobernadores que entienden también el cobrar una parte de los frutos que cada año pagan y se crían para el Guanarteme y en casar los donceles y doncellas, y en castigar los delitos, quitando las vidas a los malhechores, mandándolos echar al mar o debajo de piedras; y como son rectos en sus castigos, viven todos quietos y pacíficos. Es gente muy belicosa y no se les ha de faltar a la verdad, ni cometer traición, porque lo sienten mucho, demás que lo castigan severamente».

»Habemos enseñado a algunos muchachos la Doctrina Cristiana y hablar castellano sin que lo entiendan ellos lo que dicen: hemos bautizado algunos en secreto, y lo han guardado porque todos corríamos

»peligro, y especial un muchacho de ocho años, poco  
»más o menos, que se ha inclinado a servirnos, llama-  
»do Tiferan, en canario, el cual tenemos en nuestra  
»compañía y le hemos bautizado y puesto el nombre de  
»Pedro: esperamos en Dios Nuestro Señor que ha de  
»ser buen cristiano. Todos los de esta isla lo fueran,  
»porque sus naturales son dóciles e inclinados a bue-  
»nas costumbres en aquello que conocen ser bueno, y  
»en hacer bien a los desvalidos. Su Divina Majestad  
»nos favorezca y lleve a nuestra tierra España para  
»morir entre cristianos».

»Once años ha que habitamos en Gran Canaria tre-  
»ce españoles en nuestra libertad, y ya naturalizados,  
»nos han preso los canarios y juntamente con nosotros  
»unos siete españoles, cuatro guipuzcoanos y los tres  
»sevillanos, que cautivaron en la guerra que les vinie-  
»ron a hacer estas naciones este año de 1393, y nos  
»tienen en una cárcel debajo de tierra: no sé lo que se-  
»rá de nosotros. Hemos sabido que llevan muchos na-  
»turales de esta isla cautivos a España, que han co-  
»gido en otras islas y que en esta, aunque hicieron una  
»torre, la fuerza de los canarios los rechazó de ella; y  
»así se embarcaron los que pudieron, aunque no se  
»cogieron más que estos siete, aunque fueron muertos  
»muchos canarios, porque acabaremos aquí las vidas,  
»porque los canarios son muy rigurosos y ejecutan sus  
»castigos inviolablemente. Sólo Pedro el Canario nos  
»trae el sustento y nos asiste. Dios Nuestro Señor sea  
»por nosotros. Amén».

Este valioso manuscrito, aparte de su interés dra-  
mático e histórico, tiene el de patentizar cuáles eran  
las principales virtudes de aquel pueblo sencillo y a  
cuán elevada altura ellas brillaban.

Aún queda por referir otro hecho cuya causa fué el

**azar de una tormenta como el anterior; sus consecuencias inmediatas, la lucha funesta, y su desenlace, la paz y la amistad por la generosidad sublime de un rey guanche y la nobleza reconocida de un capitán castellano.**

**Tal como lo refiere Abreu y Galindo, lo haremos nosotros, y aunque con distintas palabras en síntesis es así:**

**En el año de 1386 vigilaba las costas portuguesas una escuadra de Castilla que tenía por almirante a don Fernando de Ormel, conde de Andeyro, natural de Coruña.**

**En esos parajes del Atlántico, son frecuentes y temibles los temporales del Norte, y ésta como la anterior escuadra, tuvo la desgracia de verse alcanzada por uno de gran violencia. Forzados a correrlo, o acaso desarbolados y a la deriva, dieron al cabo de varios días en la isla de la Gomera.**

**Aunque algunos autores elevan más el número de los buques arribados, el historiador antes citado sostiene que solo fué uno, mandado por don Fernando de Castro, el que dió fondo en el puerto de Hipare de dicha isla.**

**Dispúsose el desembarco sobre ella por dicho punto, mas los naturales, mandados por el propio hermano del rey insular, aprestáronse resueltamente a impedirlo aun a costa de sus propias vidas, como ocurrió; porque en la sangrienta lucha que surgió del deseo de los unos y de la oposición de los otros, fueron muchos los indígenas que murieron, y entre ellos su héroe príncipe.**

**Alentáronse los castellanos con este triunfo que creyeron definitivo, cuando solo fué la causa de su futura y completa derrota. Avanzaron confiadamente hacia el centro de la isla, y entonces el rey, llamado**

Amalahuyge, les salió al encuentro, enfurecido ante tanta osadía y sediento de venganza por la muerte de su hermano y de muchos de los súbditos que junto a él lucharon en la primera y aciaga batalla.

Derrotados los invasores desde el primer encuentro, viéronse forzados a refugiarse en un punto llamado Argodey, cima escarpada cuyos acantilados flancos solo dejan un punto practicable para su acceso.

Los indígenas cerraron este paso con gruesos troncos y piedras, y dejaron a sus enemigos estrechamente sitiados. El hambre y la sed sembraron el desaliento en ellos, y al cabo de dos días pasados en tan desesperada situación, el mismo don Fernando de Castro hubo de entregarse a la discreción de sus enemigos.

El rey de éstos, entonces, dando espléndida manifestación de hidalguía, raramente encontrada en la historia del mundo, lo abrazó amorosamente, atendió solícito a todas las necesidades de sus derrotados compañeros; les ofreció un afecto sincero de hermano, y les otorgó la libertad de volverse a sus tierras.

Al momento de poner en práctica tan magnífica concesión, recibió Amalahuyge de don Fernando de Castro numerosos vestidos, armas y broqueles que agradeció íntimamente. Suplicó el rey indígena al capellán castellano la merced de dejarle a su lado el capellán de su buque, para que atendiera a catequizar a sus súbditos, y él mismo dió muestras de su adhesión a los dogmas cristianos, recibiendo las aguas del bautismo antes de la partida de los extranjeros.

Poco después de ella, el celoso capellán, trocado en misionero, murió rodeado del más tierno cariño de todos los isleños, a quiénes esta pérdida causó largo e intenso dolor.

## XXII

### La incursión de Don Gonzalo Pe- raza Martel.

**E**NTRE las muchas y profundas laceraciones que turbaron el noble y patriarcal reposo de las bellas islas Canarias desde que fueron seducción egíptica para la fantasía de los pueblos orientales, hasta que se convirtieron en señuelo de las codicias del Occidente, ninguna fué más cruel ni más artera que la que va a ocupar la atención de nuestro estudio en toda la extensión del presente capítulo.

Fué su causa un abordaje de navíos castellanos, que validos de sus fuerzas, flagelaron rufianescamente la paz de las indefensas islas, para lograr sus riquezas, sin reparar en el baldón que con ello salpicaba sobre la hidalga ejecutoria de su nobilísima Patria.

En la precisión de la fecha discrepan autores tan respetables como Viera, Abreu y Castillo: en lo esencial concuerdan sus noticias, y en los detalles es más minucioso que todos los citados el Dr. Arias Marín.

El hecho fundamental y confirmado es que allá por los años de 1385 a 1399 — que esto a lo esencial no ata-

fie, — gentes de mar procedentes de Vizcaya y Andalucía formaron una compañía en Sevilla, y que con su esfuerzo y la protección de Enrique III, armaron cinco carabelas con que proyectaban realizar un crucero sobre las costas occidentales marroquíes.

Piden la lógica y la justicia exculpar a Castilla y a su Rey de las tropelías y desmanes que estos navíos cometieron en su dilatada travesía, puesto que no fueron ejecutadas en cumplimiento de su misión, sino con abierta infracción de las órdenes que Enrique III les confiara al darles su regia protección.

El caso fué que se hicieron a la mar las citadas naves, llevando como almirante a don Gonzalo Peraza Martel, señor de Almonaster; que recorrieron las costas de Marruecos, y que después, y por su propia iniciativa, arrumbaron sus carabelas hacia las islas Canarias, de allí próximas.

A la vista de Tenerife, desistieron de su abordaje; a ello le obligó el miedo que contrajo sus ánimos por la vista del mismo fenómeno de sospechosa magia que años atrás aterró a los expedicionarios de Angiolino de Tegghia, y que, según recordarán nuestros lectores, no era otra cosa sino la fumarola del Teide.

Por desgracia, las islas de Gran Canaria y de Lanzarote no tenían entonces ningún volcán humeante, ni por consiguiente otra defensa contra la violación de sus plácidos solares que el esfuerzo y la bravura de sus hijos; pero éstos se hallaban inermes e ignoraban la práctica guerrera, y por ello sus homéricas hazafías no fueron parte a impedir la devastación y el pillaje que les vino de los osados piratas.

Según el relato que de este acontecimiento hizo el doctor Arias Marín, hallábanse los canarios en Gáldar y en Telde entregados a una fiesta de interminables

bullicios de bailes y de músicas, cuando en la línea del horizonte, entre el Poniente y el Sur, apercibieron las siluetas de cinco navíos con diferentes divisas.

Supusieronlos enmarados y sin designio de ataque, por lo que su vista en nada turbó la exultación del pueblo: no obstante, a poco tiempo de esta aparición, supieron los confiados festeantes, con el consiguiente sobresalto, que aquellos que tomaron por pacíficos navegantes puestos al alcance de su vista por vientos o por corrientes adversas a su rumbo, habían saqueado el pueblo de Ganeguín, y que eran, por tanto, naves corsarias.

Cundida esta noticia por toda la isla, acudieron los canarios a sus costas orientales, por cuya parte amagaban los atacantes; pero como no hallaron lugar propio para su objeto, corrieron el litoral hacia el Sur, expiados de continuo por los animosos defensores.

Al fin dieron con una playa que cuadraba a sus designios, y allí lo cumplieron en la desembocadura del barranco de Telde, al pié de unos riscos que servían de baluarte a los indígenas. Subieron los extranjeros por el valle de Jinámar en persecución de los isleños que se internaron en un bosque de olivos silvestres. Allí se trabó el combate; tantas vidas costó, que aún hoy se conoce aquel lugar con el nombre de «Valle de la Matanza».

Terminada la cruenta refriega, los invasores, fuera por causa de su derrota, que aparece incierta para la Historia, o porque aún victoriosos temiesen la reacción de los indígenas, o quizás por tener cumplidos sus ambiciosos deseos, es el caso que embarcaron con gran apresuramiento en sus propias naves.

Cuenta la crónica que un castellano, buscando el camino más corto que condujese al mar a través de las

selvas y de los montes, vino a hallarlo de pronto, pero separado de él por la enorme profundidad de más de cuatrocientas brazas. Este abismo horroroso detuvo su carrera un instante, pero viéndose acosado por una multitud de indígenas, y prefiriendo antes despeñarse que rendirse, lanzóse al espacio, y cayendo al mar sobre su rodela en dos braceadas, ganó la borda de una de sus naves.

Este episodio sorprendente llenó de admiración a los isleños, que tuvieron a aquél por un ser invencible y mitológico. Muchos años duró en sus memorias este grandioso hecho, y aún hoy se conoce aquel enorme cantil con el nombre de «Salto del Castellano».

Después de estos sucesos, abordaron a la isla de Lanzarote por el puerto oriental de Ganapayo, donde encontraron las ruinas del castillo erigido en tiempos ya lejanos por Lanciloto y sus malhadados compañeros. Corrieron la isla por este y por otros lugares que hallaron solitarios: era ya de noche cuando unos espías castellanos creyeron ver algo que en sus sombras se movía con la agilidad de un ave, y cuyos afa-nes eran por ocultarse entre una espesa enramada; allí acudieron y lograron apreciar que era un hombre, de quién lograron apoderarse, y por él descubrir el lugar que servía de encubierto refugio a sus paisanos.

Era éste uno llamado la Oliva: en él se entabló un combate que fué victorioso para aquellos verdaderos salteadores de islas; quiénes después de cortar muchas vidas, arrastraron consigo en calidad de esclavos al Rey Guanarame, a la Reina Tingua-Faya y a ciento sesenta de sus pacíficos súbditos; y como además de esto arrebataron gran cantidad de ganados, se dieron por muy satisfechos de sus alevosas empresas, y regresaron a España.

## XXIII

### Los dos corsarios normandos.

**A**LLÁ en los siglos XIII y XIV había un pueblo que entre todos los costaneros se destacaba poderosamente por la sin igual bravura y fortuna de sus insaciables piratas.

La inmensa superficie de los mares sufría sus bélicas hazañas, y no contentos con este imperio, hacían sentir de continuo sus fieras desolaciones sobre los dilatados litorales de los tres Continentes antiguos.

Hasta el Golfo de Guinea alcanzaban en sus sangrientas correrías, y era el objeto de ellas la adquisición violenta de sus muchas riquezas.

La Normandía era este pueblo de temible renombre; aparejado con el valor de sus hijos, llevaba el conocimiento de las costas objeto de sus expoliaciones hasta el extremo de que hablar de ellas era para estos marinos cosa parecida a hacer la descripción de los quebrados cantiles de su propia patria.

Víctimas de sus depredaciones crueles llegaron a ser incluso los habitantes de tierras tan pacíficas e indefensas como las islas Canarias, los cuales eran de ellas arrebatados sin distinción de sexos, y llevados para su venta a los mercados de esclavos esparcidos por todo Europa.

De los muchos navegantes que en este oficio azaroso y fiero llegaron a conquistar renombre y predominio, ninguno lo tuvo tanto como aquél cuyo biográfico bosquejo será el objeto de este capítulo.

Llamábase Juan de Bethencourt; era normando de nacimiento; caballero de abolengo, que contaba entre sus feudos con el de su nombre, el de Granville la Tainturiere, Saint Sares, Soubele, Neuf Chastel, Lincourt, Riville, Hugueleu, Grant Quesnay, la baronía de Saint Martín le Gaillart etc., etc., pero ninguno de entre tantos timbres y blasones heráldicos le dió tal supremacía en su tiempo y recuerdo en la Historia, como su profesión de aventurero del mar.

Ejercitábase en la guerra, que hacía por su propia cuenta, a sus expensas y riesgos, sin respetar ni aún los fueros de la Iglesia, que eran por todos los otros nobles de aquella época tenidos por inviolables.

Con el Arzobispo de Rouen sostuvo una escandalosa controversia en el año de 1395 a causa del derecho de alta justicia que el prócer normando se irrogó sobre un sujeto de aquella Archidiócesis, hallado en flagrante delito en uno de los señoríos de Bethencourt.

En las conferencias de Leulinghen (año de 1401), se vió acusado por el embajador inglés de haber capturado arteramente, y en periodo de tregua, un navío de aquella nacionalidad dedicado a ejercicios comerciales, cuyo cargamento lo constituyan sesenta y dos toneladas en su mayor parte de vinos.

El Gobierno francés recibió esta reclamación con todos los requisitos y cumplimientos de protocolo; y con ellos también respondió al demandante que el acusado Sr. Bethencourt se había ausentado de los dominios de Francia con el designio de conquistar las islas Canarias y las del Infierno, pero que al regreso sería citado para dar satisfacción a la parte agraviada.

Si eran leales o nó estos ofrecimientos diplomáticos, es cosa que no podemos negar ni afirmar; sin embargo, es evidente que de serlo, hubieran acarreado para el osado transgresor de los derechos de tregua los más funestos resultados.

La estrella misteriosa del gran pirata trazaba en los espacios líneas cabalísticas de présagos más venturosos para él: así fué que el enojoso y trascendental proceso vino a parar en el olvido, a causa de la renovación de hostilidad entre Francia e Inglaterra, ocurrida poco después de su partida en busca de las Canarias.

Su predilección de conquista por este Archipiélago, y sobre todo, la acertada previsión que puso en la empresa, parecen dar fundamento a la idea de que hubiera sido anteriormente objeto de su visita y de su estudio; y de todas maneras, fuera ello así o nó, es indudable que eran de él bien conocidas y codiciadas; lo cual pudo muy bien venirle de las noticias aportadas por otros normandos que asolaron sus costas con frecuentes y cruentas incursiones.

El éxito coronó a Juan de Bethencourt, pero antes de tocar los frutos de su fortuna hubo de afrontar peligros y salvar obstáculos tan numerosos y graves, que bastan a dar la medida de la vehemencia de sus deseos y del alcance de su tenaz voluntad.

Todos los grandes aventureros cuya fama pregona

la Historia tuvieron un Mecenas, apoyo de sus concepciones; el nuestro, por no ser excepción, lo encontró en la persona de su tío Roberto de Bracamonte, personaje de alta influencia en la Corte de Castilla por la privanza de don Juan I y por su matrimonio con doña Inés de Mendoza, de nobilísimo linaje, y de la ascendencia directa de los Duques del Infantado.

Este ilustre cortesano sintió gran entusiasmo por el proyecto audaz de su valiente sobrino, a quien adelantó para cubrir los gastos de aprestamiento la cantidad de 7.000 libras tornesas, pero no de una manera tan confiada que dejase de exigirle en prenda de devolución el señorío de Grainville la Teinturiere.

Con este auxilio pecuniario pudo Bethencourt dar comienzo a su empresa, con la buena suerte de que a poco de su salida de Grainville halló en el puerto de la Rochela al famoso Gadifer de la Salle, personaje de noble prosapia, de grande influencia en la corte de Francia, y de audaz bizarría de espíritu.

El motivo que retenía a Gadifer en la Rochela era el aprestamiento de una expedición cuyo objeto quedó sumido en el misterio, porque cuando supo cuál era el propósito de Bethencourt, abandonó el suyo y se unió a éste con quien fué desde el principio colaborador de alta valía.



## XXIV

### Azarosos comienzos del viaje de Bethencourt a Canarias.

**A**SOCIADOS los dos nobles aventureros franceses por el común deseo de conquista, armaron un buque surto en el citado puerto de la Rochela, y lo dotaron con marineros y campesinos, y con todo aquello que pudiera ser de provecho no sólo para el éxito de sus armas,—pues daban por seguro el levantamiento y tenaz oposición de los Isleños,—sino también para el progreso de su ulterior colonización y aprovechamiento.

En sus pródidas disposiciones y en el valor de sus armas pusieron la fe del triunfo, pero muy por encima de todas las consideraciones y fundamentos de orden humano, colocaron sus espíritus en un idealismo místico que tenía por principal impulso y apoyo la fe en Dios; pues como dicen Fray Pedro Bontier y el Padre Juan Leverrier,—que con ellos partieron en concepto de misioneros y cronistas—, «Juan de Bethencourt em-

prendió este viaje por la gloria de Dios y por el sostenimiento y acrecentamiento de nuestra fe».

Con esta amalgama,—insólita en cualquier otra edad de la Historia, pero característica en la psicología medioeval,—de codicias desmedidas, de levantados sentimentalismos y de bárbaros procedimientos, se dió comienzo y término a la epopeya de la conquista canaria.

Pero antes de llegar a ella, ocurrieron sucesos que hubieran hecho retroceder a Bethencourt en sus propósitos, a no ser porque en él, como hemos dicho, se aunaban, con amplísimo desarrollo y pujanza, la fe del iluminado, la bravura del héroe y la astucia del marino.

La salida de la Rochela en busca de las Canarias fué el 1.º de Mayo de 1402.

Aun antes de este momento habíase manifestado a bordo, aunque en forma solapada, un germen cuyo desarrollo es entre todos los males que pueden producirse en alta mar, el de más fatales consecuencias; eran los celos de autoridad que ponían en desacuerdo a los jefes, y que separaban en banderías a los subalternos; y era sobre todo Bertín de Berneval el que con más perfidia daba pábulo a estas discordias de las que pensaba sacar medro personal.

Conjuráronse también los vientos en contra de Bethencourt en el Cantábrico, con tanta furia, que no tuvo mejor recurso para esquivar su embate, que arribar, maltrecho y extenuado, al puerto de Viveros.

En este lugar de Galicia, reprodujose más enconada y abierta la discordia que paró en franca insubordinación de los unos, y en la desertión de más de doscientos tripulantes; y a punto estuvo de destruir los elevados designios de Bethencourt y de la Salle dan-

do fin a la empresa: mas la energía, la fuerza persuasiva y la poderosa sugestión de estos caudillos, fueron diques al curso desconcertante de las alevosías y desmanes, y redujo a la obediencia a los que a bordo continuaron.

Comprendiendo Bethencourt y la Salle lo mucho que arriesgaban por su demora en Viveros, precipitaron la partida cuanto estuvo de su parte.

Después de abandonar este puerto tuvieron que acogerse al de la Coruña, porque un segundo temporal les amagó tan reciamente, que en un momento se dieron por perdidos.

En este puerto depararon las circunstancias a nuestro héroe una ocasión en que pudo dar a sus instintos de pirata y a su aversión contra Inglaterra cumplida satisfacción, con un hecho que da la prueba de su extraordinaria sagacidad y de su buena fortuna.

Encontrábanse allí surtidas varias naves inglesas que constitufan una poderosa escuadra, cuyo alto mando lo formaban el Conde de Craford, Sir Hely y Sir Rasse de Renty.

Esta flota acababa de dar caza a ciertos buques corsarios, cuyos despojos ordenó el comandante inglés que fuesen sacados a pública subasta en aquella misma plaza. Súpolo Bethencourt y movido principalmente por el deseo de mortificar a sus enemigos, y por su instinto cleptómano, saltó a tierra, se apropió con malas artes de un ancla y de una bujeta, e inmediatamente las trasladó a su buque.

Cuando los ingleses se apercibieron del humillante engaño que habían sufrido de parte del normando, destacaron una chalupa, a cuyo bordo iba el propio Sir Hely, y la dirigieron al costado del buque francés.

Cuando se halló junto a él, Sir Hely y Bethencourt

entablaron una violenta porfía que llegó a ser de mal augurio para este último, pero a tiempo supo cortarla diciendo al soberbio adversario:—«Llevaos la buceta y el ancla que me pedís, y dejadme en paz»— a lo que contestó el otro:—«Yo no me las he de llevar, sino que enviaré por ellas cuando me plazca».

En este desplante estuvo la salvación de Bethencourt, porque mientras Hely volvía a su poderosa flota, ufano de vanidad, aquél mandó virar anclas con toda celeridad y sigilo, y antes que el almirante inglés enviase a sus subalternos para recoger los objetos recabados al buque aventurero, y acaso con otros designios más funestos, Bethencourt ya daba las velas a un viento favorable, que impulsaba al poco tiempo a su buque por altas mares.

El estupor y la cólera de los ingleses ante tan humillante fízga fué grande, y no les quedó más recurso que el de enviar uno de sus más veloces y bien armados navíos a la caza del fugitivo; llegó a sus alcances, e incluso al habla se mantuvieron algún tiempo; pero las hábiles maniobras maríneas del antiguo corsario normando dieron ventaja al caminar de su buque, hasta que el burlado cazador hubo de desistir de su inútil empresa, y regresar, corrido y señero, adonde la poderosa escuadra lo esperaba, ansiosa de lavar su afrenta con el castigo del astuto normando.

Este, mientras, libre de la enojosa persecución que le obligaba a forzar su camino, y acaso porque en él sufriera averías su arboladura, se dirigía hacia Cádiz, donde le esperaban nuevos contratientos, como veremos en el próximo capítulo.

## XXV

### El proceso de Bethencourt y la asamblea de Alegranza.

**L**IBRE ya Bethencourt de la enojosa persecución y grave riesgo en que lo puso su osada aventura con los ingleses, llegó a la altura del Cabo San Vicente, y con su marcación y la de punta Sagres, puso la proa al Este en demanda de la bahía de Cádiz.

Vióse en esta precisión, que tanto lo desviaba de su primordial objetivo, porque a causa de la precipitada salida, o mejor dicho, fuga, que hizo en la Coruña, su buque no fué provisto allí de los víveres y pertrechos que le eran necesarios para proseguir en rumbo directo hasta llegar al término de sus designios; y acaso también, — como decíamos en el capítulo anterior, — porque el exceso del esfuerzo velero, y las violentas maniobras que hubiera de emplear para desembarazarse de su temible perseguidor, dieran por consecuencia graves averías en la arboladura de su nave.

Seguramente su ánimo estaría en esos momentos muy libre de presagiar los males que se le venían enci-

ma al correr de su buque, pues si de Cádiz hubiera sentido sospechas, cualquier otro puerto antes que ese prefiriera, cuando, como ahora, sólo buscaba paz y reposo.

Dióse la fatal coincidencia de que por aquellos días, una flota de pacíficas carabelas mercantes había sido sorprendida en altas mares por otra de naves piratas. Del desigual combate que siguió al encuentro resultó la derrota de las primeras, que fueron desvalijadas de sus ricos cargamentos por los rapaces vencedores, y después, las unas incendiadas y las otras hundidas, todas desaparecieron de la superficie del mar.

Eran sevillanos los armadores de los buques destruidos y los fletadores de los cargamentos raptados, y tan pronto como a aquella ciudad llegó la noticia,— que no tardó mucho,—de la arribada de Bethencourt a Cádiz, hizo la maledicencia de las gentes caer sobre éste la culpa de tan vil felonía, y los tribunales de justicia viéronse en el caso de dictar orden de prisión para él, y de embargo para su nave.

Aherrojado y deshonrado fué conducido hasta Sevilla, y aún estuvo a punto de perder la vida a manos de las multitudes conjuradas contra su persona.

El proceso a que fué sometido no resultó largo, porque convencidos los jueces de la estolidez e inconsistencia de las acusaciones, e influidos sin duda por la autoridad de su tío el señor de Bracamonte, presto se vió libre de sus cadenas y en el camino de Cádiz.

Allí le esperaba aún otra desazón, y fué que durante su ausencia del buque, el temor de los tripulantes hacia el término que esperaban de aquel paso desgraciado los movió a desertar, y al regresar solo halló Bethencourt cincuenta y tres de los ochenta que dejó a su partida.

No obstante la evidente insuficiencia de tan corto número de hombres, no quiso demorar por más tiempo el logro de sus anhelos; con la mayor presteza, hizo provisión abundantes de víveres y pertrechos, terminó la urgente reparación de su buque y se hizo con él y con sus cincuenta y tres hombres a la mar.



Esto ocurría en el mes de Julio, época en que no son raras las calmas por la zona del Atlántico que él había de cruzar, y sucedió que una de ellas le sorprendió a poco de su salida y lo tuvo a la deriva durante tres singladuras.

Al cabo de ellas se entabló un viento fresco y propicio que en cinco más lo puso a la vista de una isla pequeña, surgente del Océano a corta distancia de Lanzarote por su parte del Nordeste, y llamada «La Graciosa».

Desde esta isla trasladóse Bethencourt, ávido de conquistas, a la de Lanzarote, separada de la anterior por un pequeño canal llamado «El Río».

En toda la extensión de esa isla no vió señales de estar habitada; no era esto porque no lo estuviera, sino porque en sus pacíficos moradores surgió a la vista de este barco el recuerdo luctuoso de los anteriores saqueos y sangrientos combates, y procuraron ocultarse para esquivar nuevos males.

Vista esta soledad por Bethencourt y los suyos, determinaron regresar a la isla Graciosa, de donde pa-

saron a otra que llamaron «Alegranza», que no era, según apreciaron, sino el cráter de un volcán apagado, abordable solo por un lugar que formaba una caleta.

En esta insignificante porción geográfica tuvo lugar por los mediados del mes de Julio del año 1402, una asamblea magna entre todos los jefes de la expedición presididos por Bethencourt, Lasalle y Bertín de Berneval.

La causa que movió al primero para convocarla fué la disparidad de criterio que había surgido entre las gentes a causa del desengaño que en sus codiciosas ilusiones produjo la pobreza y aparente soledad de las tres únicas islas que acababan de explorar.

En aquel congreso definitivamente transcendental para la Historia de Canaria, expusieron unas opiniones favorables al abandono de su conquista y otras decididas por su prosecución tenaz.

Eran el fundamento de las primeras las razones que acabamos de aducir referentes a la pobreza inhospitalaria de las tres islas citadas; servían de apoyo a los otros,—ya que no argumentos de frío cálculo,—la fe mística que ya apreciamos al ocuparnos de los móviles iniciales de esta empresa, y un optimismo de esos que tienen su origen en causas no conocidas, que suelen llamarse fatalistas, y que encierran y guían el destino de los hombres.

Lo que resultó de este choque entre el positivismo y el idealismo fué—como en tantas otras ocasiones de la historia medioeval—, el triunfo de lo ideal sobre lo material, ya porque el número de los hidalgos fuera mayor que el de los pecheros, o porque la energía de aquellos compensara y sojuzgara el número de los otros.

Así fué como quedó dictada la suerte de las islas Canarias, queridas y deseadas de una manera elevadamente altruista por aquellos aventureros caballeroscos; sin que esta noble manera de desear fuera, como debía, garantía para el comedimiento en el trato y manera de conquistar a la cosa amada.

Ya lo dijimos en otro lugar; la Edad Media es paradójica en sus relaciones de conceptos y hechos; a menudo quiere con exaltada nobleza, y procede con bárbara rufianería.



## XXVI

### Bethencourt en Lanzarote y La- salle en Fuerteventura.—Sedi- ción de Brument.

**E**N la misma Asamblea de Alegranza no solo se mantuvo por los jefes de la expedición el desig-  
nio de perseverar hasta el fin de su empresa con-  
quistadora, sino que además, y a fuer de expertos  
guerreros, no dejaron de trazar el plan de su ejecu-  
ción antes de darle comienzo.

Fué su preliminar propósito el de abordar nueva-  
mente la isla de Lanzarote para que ella fuera la base  
estratégica de su acción sobre las otras del grupo  
oriental.

Así lo hicieron rápidamente, y con tan gran tesón  
se dispusieron a explorar hasta las más ocultas ca-  
vernas y apartados recovecos de sus macizos monta-  
ñosos, que los indígenas, que allí habían creído encon-  
trar sus insospechados e inviolables refugios, com-  
prendieron su falsa ilusión, y acordaron antes de ser  
descubiertos por los invasores, salirles al encuentro;

pero no en actitud bélica,—que esto hubiera sido insensato,—sino en disposición amistosa de parlamento.

En aquella ocasión era el rey de la isla un hijo de Guanarteme y de la hermosa reina Ico.

Esta reina fué aquella blanca niña nacida de la no menos bella soberana «Fayma», la protectora del capitán Martín Ruiz de Avendaño, cuyas mútuas y solícitas complacencias excitaron la dicacidad del pueblo en perjuicio del hospitalario Guanarteme Zonzamas, su esposo, de la dignidad de ella, y de la reputación caballeresca del cómitre vizcaino.

El que era rey de Lanzarote a la llegada de Bethencourt llamábase Guadarfia; según lo describen las crónicas de su época, era hombre de caracter apocado y tímido; pero aunque hubieran sido otros sus arresotos, nada hubiera podido oponer con eficacia de resultados a la pretensión de los extranjeros, porque ya en aquella época habíase reducido la población de su insular dominio a la insignificante cifra de doscientos habitantes, y era además extremada su pobreza y carencia de recursos.

En este lastimoso extremo vino a parar el reino de Lanzarote al cabo de los muchos saqueos e inhumanas deportaciones que hubieron de sufrir sus indefensos habitantes por parte de los piratas normandos, castellanos, genoveses, etc., etc.; y aún tuvieron la optimista inocencia de esperar en los de Bethencourt frutos de leal amistad y de inquebrantable alianza, porque el rey Guadarfia ésto fué lo que ofreció a sus huéspedes y lo que de ellos recibió en promesa.

Asegurados así los normandos en esta isla a la sola costa de un tratado ofensivo-defensivo contra cualquiera que en el porvenir tratara contra la paz y los derechos de ella, fácil les fué apoderarse poco a

poco de su gobierno y riqueza, pués a eso y a mucho más llegaron su astucia y sus propósitos.

Para mayor afianzamiento de su influencia dieron comienzo a la construcción de un fuerte que llamaron «Rubicón», cuyo mando confiaron a Bertín de Berneval, así como el gobierno de toda la Isla, sin que en ello dieran la menor participación a su legítimo rey indígena.

Con esta medida de precaución abusiva determinaron pasar a la isla de Albana, hoy «Fuerteventura», dejando con Berneval en Lanzarote un destacamento, escaso en número, pero bien provisto de armamento.

La nueva expedición fué ejecutada al amparo de la noche, porque desconfiando los exploradores del alcance de sus fuerzas, pusieron el éxito de su empresa en el azar de la sorpresa con que pensaban caer sobre los isleños; pero éstos tuvieron advertencia del daño que se les deparaba, y huyeron de él ocultándose en lo más quebrado de sus tierras.

En ellas desembarcó una reducida columna de exploración mandada por Gadifer de Lasalle. Mucho empeño pusieron en lograr su objetivo, pero resultó infructuoso y duro porque la fatiga y la sed deprimían sus ánimos; y aunque persistieron ocho días en su empeño, tuvieron que darse por fracasados al cabo de ellos, y reembarcar para dirigirse al islote de Lobos.

En éste celebraron un Consejo análogo al de Alegranza, y de él salió el acuerdo de perseverar en la exploración de Fuerteventura hasta dar con sus habitantes.

Determinóse comenzar por el litoral que habían de seguir en todo su perimetro los unos por tierra y los otros por mar a bordo de su nave, para que en ella pu-

dieran proveerse, cada vez que tuvieran menester de víveres, agua y pertrechos.

En este reconocimiento dieron con un arroyo al que llamaron «Vado de Las Palmas», y en sus márgenes acamparon y renovaron el propósito de no cejar en su empresa hasta verla llegar a su término, que era el de conquista de su territorio y conversión de sus habitantes a la fe cristiana.

No oyeron en el Consejo el parecer de Robin Brument, patrón de la nave, y por eso todos sus enérgicos proyectos rodaron por los suelos al contraste con la voluntad de éste que se negó a permanecer por más tiempo en aquellas aguas, y amenazó con abandonarlos allí si persistían en el empeño de su exploración.

Esta actitud mortificó grandemente a Lasalle; pero ante la ruda amenaza que la sustentaba no tuvo más recurso que oponer, y aún se vió forzado a pasar por la humillación de entregarse él y su hijo Anfbal en rehenes de Brument el patrón, para responderle del cumplimiento que habían ofrecido a su imposición, porque sólo así consintió el insolente marino a que fueran transportados los otros expedicionarios hasta Lanzarote a bordo de las chalupas de su buque.



## XXVII

### Las redes de la traición.

**E**N la forma humillante que dejamos expuesta llegaron la Salle y sus compañeros de expedición a Lanzarote, cuya isla, por nueva imposición de Brument, abordaron en un lugar distante del puerto de Rubicón, porque los sediciosos querían así prevenirse contra el castigo que de Bethencourt y sus leales esperaban recibir si llegaban a sus alcances.

Trasladóse la Salle al castillo en busca de Bethencourt, quien oyó con tristeza el mal término que acababa de tener la expedición de Fuerteventura.

De este fracaso infirió cuál sería el final que en su empresa le aguardaba de no cortar radicalmente toda causa de indisciplina, y esto, unido a que los víveres y armamentos se hallaban reducidos a términos de escasez alarmante, le obligó a tomar una determinación a costa de vacilantes e indecisos presagios de amarguras.

Ella fué la de volver a España con todos los tripulantes insurgentes y con los soldados descontentadizos, que eran muchos, para buscar en aquella nación nuevos y más animosos aventureros con quienes volver a Lanzarote para dar cumplimiento a su empeño de conquista.

Al efecto embarcóse Bethencourt con aquella hez de la naciente colonia en la nave que hasta allí los había llevado, y ordenó hacer rumbo al otro extremo de la isla.

En él se encontraban destacados Juan Leverrier, su capellán y cronista, y Juan de Courtois, su fiel lugarteniente. Con ellos sostuvo larga e íntima plática de que fueron sigilosos depositarios, y después de ella, y de dejar en tierra todos los víveres y armamento de la nave, excepción hecha de lo que juzgaron de absoluta necesidad para el viaje, le dieron comienzo sin más demora.



Dejemos a Bethencourt navegando prósperamente hacia España, y sigamos mientras tanto el curso sangriento de los hechos desarrollados en su ausencia sobre el noble solar de los guanches, mártires una vez más de la crueldad raptora de sus traidores aliados.

El nombre de Berfín de Berneval merece todas las imprecaciones de la Historia, porque en vileza y en saña alcanzaron, y aún sobrepasaron sus acciones, a las más monstruosas que vieron los tiempos pasados.

Poco después de la salida de Bethencourt para Es-

pañía fondeó en el islote de Lobos un buque castellano al que La Salle tomó por uno llamado el «Tajamar» que mandaba don Fernando de Ordoñez.

Con intención de reconocerlo y ofrecerle los honores de recepción, envió a su bordo, y en su propio nombre, al mismo Berneval, segunda autoridad en la colonia desde la partida de Bethencourt.

Con gran satisfacción pudo éste comprobar, cuando de él estuvo cerca, que no era el barco que ellos en un principio creyeran, sino otro llamado «La Guinda» o «Muzella»—que en esto hay desacuerdo,—patroneado por Francisco Calvo.

Por ser éste de más humilde linaje que el comandante del «Tajamar» creyolo Berneval fácilmente asequible al soborno y a los incentivos de bastardía, y así, de los tratos que con él entabló llegó a la conclusión de qué si accedía a prestarle treinta de sus marineros, él se comprometía a capturar cuarenta isleños de los más preeminentes, que conducidos a la Península y vendidos como esclavos, producirían una importante cantidad a partir entre los dos.

Negose rotundamente a tan vil propósito el patrón de la «Guinda», aduciendo que jamás cometería semejante traición a los Sres. Bethencourt y Gadifer, ni consentiría que aquellas almas se perdiesen por no haber entrado aún en el seno de la Santa Iglesia Católica; con lo que el menestral dió lección de lealtad y de fe al noble, porque Berlín de Berneval lo era de herencia, ya que no de sentimientos y acciones.

Viendo por la nobleza de Francisco de Calvo la inutilidad del camino iniciado, tomó por otro aún más indigno, que fué el de seducir a la gente de éste patrón, con muchos de los cuales engrosó el bando de sus secuaces.

Mientras estas maquinaciones traidoras continuaban su amenazador progreso, Gadifer y Lenedan, ajenos a toda sospecha de peligro, pasaron confiadamente al islote de Lobos para dar caza a las focas que entonces frecuentaban sus playas.

Al cabo de algunos días pasados en este ejercicio—cuya finalidad era proveerse de pieles para la fabricación de calzados,—viéronse casi agotados de agua y de víveres; y en vista de ello, Lasalle envió con bote y varios hombres a Lenedan en busca de su repuesto al castillo de Rubicón.

En él se hallaron a tiempo que Bertín se había trasladado a la Graciosa, porque ya en sus playas encontrábase fondeado el navío «Tajamar» bajo el mando del citado don Fernando de Ordoñez.

El objeto que llevó al traidor normando hasta la nave castellana, y los fratos que con su comandante entabló, eran el de inducirlo a la innoble acción que dignamente supo rechazar el patrón de «La Guinda», asegurándole, para mejor despertar sus codiciosas pasiones, que de la venta de los esclavizados canarios podían sacar un provecho de más de dos mil francos, sin que en la empresa hubiera riesgo alguno para ellos dos.

Claro es que a los alcances de los nobles e inocentes pensamientos de los indígenas, ni a los leales de Lasalle, no llegó la más leve sospecha de esta confabulación, y por ello más adventicia y fatal fué su caída en el lazo artero que les deparó la mendacidad y la goma del cruel pirata.

Convenidos todos los extremos del trato entre Ordoñez y Berneval, éste volvió al puerto de Rubicón donde le aguardaban anhelantes unos emisarios del rey Guadarfías, que por este conducto quiso hacer lle-

gar hasta el lugarteniente de sus aliados y huéspedes una súplica de protección contra los desmanes de los tripulantes castellanos, quienes al parecer usaban normas desmedidas y protervas en sus relaciones frecuentes con los insulares.

Berneval recibió estos informes con aire de sorpresa; fingió grande encono contra los temibles huéspedes: prometió a los isleños cumplir sus compromisos de protección, y aún fulminó terribles amenazas contra los castellanos para el caso en que ellos tuvieran otra vez tanta osadía como acostumbraban.

Añadióles el traidor que para mejor combinar el plan defensivo citaba al rey y a toda su cohorte en el pueblo de Aldea Grande.

Allí acudieron confiados todos ellos, y cuando lo supo Berneval formó lo más aguerrido y feroz de su bandería y se dirigió con ella al lugar donde con júbilo y gratitud le aguardaba la asamblea de los guanches.



## XXVIII

### El tártago de un sueño.

**B**ERTÍN de Berneval fué recibido en Aldea Grande por Guardfías, su Consejo y el pueblo entero con las pruebas más patentes de amor y de confianza, a las que correspondió él invocando como testigos de su leal amistad a cuanto de más sagrado encierran los cielos y la tierra; añadiendo, con solemne juramento, que haría pagar a los castellanos con sus propias vidas cualquier desafuero que contra los isleños intentasen.

Con esto acreció la confianza de los canarios hacia sus aliados, y desbordóse su amor hacia ellos en las más conmovedoras manifestaciones.

Celebróse a continuación una comida íntima entre el rey indígena y Berneval, acompañados de sus respectivos magnates. Cuando se hubo terminado, ya era muy entrada la noche; unida a esta circunstancia las consecuencias de las frecuentes libaciones que en

tales actos se acostumbraban, es de suponer que el sueño comenzara a gravitar sobre las cabezas y a entorpecer los movimientos de los concurrentes, lo cual visto por Bertín dióle ocasión para persuadirles de que debían entregarse al necesario reposo, calmándoles él todo motivo de inquietud con estas arteras palabras: «Dormid tranquilos y no os ocupéis de nada, que yo os guardaré bien».

Con esta falaz promesa, vino rápido y tranquilo el sueño sobre los incautos guanches, y en este tiempo se consumó fácilmente la traición del normando, que aprovechando la indefensión de sus víctimas, cayó sobre ellas seguido de sus sicarios, y aunque la desesperación de los traicionados centuplicó su bravura y sus esfuerzos, todo se estrelló contra el filo de los montantes y de las dagas traidoras, y a los pocos minutos caían, heridos y apaleados, bajo las cadenas y las traillas que atenazaban sus pies y sus manos.

Sólo uno de los acompañantes del Guanarteme logró evadirse del lazo traidor, y éste—que se llamaba Avago—propaló con la mayor rapidez por todos los ámbitos de la isla las circunstancias y pormenores de la horrible desgracia que acababa de aniquilar a todos los caudillos y consejeros del pueblo.

Esta noticia sembró la consternación y el dolor en todos sus nobles hijos, mas no les quedó otro recurso que beber hasta las heces de sus amargas lágrimas, y desbordar sus congojas en quejas y lamentaciones de estéril impotencia.

Entonces, Berneval comprendió que había sonado la hora de su partida, y por ello dió la orden de trasladar a sus desgraciados prisioneros hasta el navío «Tajamar», que él mismo ganó enseguida.

En aquel momento, el rey Guadarfías, a impulso de

soberana bravura, luchó contra la tenaz opresión de sus férreas ligaduras, que, a su atlético esfuerzo, cayeron al suelo hechas pedazos; tres guardianes que pretendieron evitarlo perdieron sus vidas en la lucha contra el fiero guanche, quién ya libre, y ciego de ira, erró por los campos en busca de sus queridos súbditos.

Antes de dar con ellos, chocó con un gascón que a su caza venía, y que, a pesar de la superioridad de su armamento, entregó la vida, que tan mal empleaba, a manos del rey fugitivo.



En estos momentos trágicos fué cuando, según hemos dicho, llegó Ramonet de Lenedan al castillo de Rubicón, ignorante de cuanto ocurría, a buscar víveres y agua para Gadifer y sus compañeros, que en el islote de Lobos continuaban dedicados a la caza de focas.

De un golpe apreció Lenedan la espantosa amenaza que se cernía sobre ellos: sin agua y sin víveres; perseguidos por sus infames compañeros; hostilizados por los indígenas; inermes y en ignorado peñasco del Atlántico. Pero ni aún a considerar despacio su fatal destino tuvo lugar el leal expedicionario, porque junto con la trágica revelación recibió la visita del bastardo de Blessy, que por orden de Bertín de Berneval la hacía, para sacar de la ciudadela cuantos víveres, armas y pertrechos encerraba.

Alegróse el traidor a la vista de la embarcación de Ramonet, que desde luego quiso hacer suya.

El aventurero leal se opuso a tal pretensión, y en un arranque generoso y temerario, se dispuso a defenderla contra el traidor con la fuerza y destreza de su brazo; pero él estaba sólo, y los contrarios eran muchos, y por ellos se vió vencido a pesar de su bravura.

Entonces, por la salvación de sus compañeros, humilló su orgullo suplicando al canalla que considerara cuál era la situación en que quedaban sus compañeros, y que por caridad no les negase el beneficio de poseer el bote, sin el que morirían de hambre y de sed en el inhospitalario peñasco de los Lobos.

Esta súplica humilde halló como respuesta de los viles traidores, los más zahirientes sarcasmos. En esto se hallaban cuando arribó al lugar donde esta escena se desarrollaba, el propio Berneval acompañado de treinta hombres, quién, enterado de la súplica, respondió con estas palabras: «Yo quiero que Gadifer de la Salle sepa que si fuese tan joven como yó, iría a matarle; pero que por lo mismo que no lo es no lo hago; aunque si se me llega a subir la sangre a la cabeza le haré nadar en la isla de Lobos, y entonces sí que pesará lobos marinos.»

Después de este cobarde desplante, añadió a los suyos: «Coged pan y vino y todo lo que encontréis, y ahorcado sea el que no arrase por todo, y maldito sea el que deje alguna cosa que pueda llevarse.

Acto continuo dió orden de sacar del castillo a viva fuerza a las esposas y a las hijas de los leales de Lasalle, y allí mismo, a plena luz del día y a la vista de Lenedan y de sus nobles compañeros, las entregó a sus bárbaros secuaces para que en ellas colmaran

la salacidad de sus instintos, como en efecto lo hicieron, sin compasión ni pudor alguno.

A la mañana siguiente de haberse desarrollado tan lúbrico y refinadamente cruel atropello de fuerza con el indefenso Lenedan y sus compañeros, y con las débiles y desoladas mujeres del castillo, cargaron en dos botes todos los víveres, pertrechos y armamentos que el mismo contenía, y zarparon al remo en demanda del navío «Tajamar».



Entre el llanto de las mujeres y la desesperación de los hombres, volvió a ellos la visión siniestra del porvenir que les aguardaba; en tal extremo, no tuvieron más recurso que embarcar en un botecillo sin remos que fué todo lo que les dejó Berneval al partir, —y esto de seguro por inadvertencia—, y en él dirigirse, a costa de grandes riesgos y trabajos, hasta la isla Graciosa, donde aún se encontraba la «Morella» a cuyo honrado patrón pidieron el remedio que estuviese a su alcance concederles en su inmensa desgracia.



## XXIX

### Presagios de muerte.

**E**L patrón de la «Morella» tuvo para los desvalidos normandos cordial acogimiento, y llevado por los impulsos de su altruismo, puso todos sus recursos y actividades en el empeño de mitigar su triste destino.

La primera determinación que llevó a la práctica el marino castellano en favor de sus protegidos, fué la de enviar con toda urgencia al segundo de a bordo,—y primero en su estimación,—llamado Jiménez, con víveres y agua a la isla de Lanzarote, en cuyo desmantelado castillo de Rubicón halló a cuatro franceses de los adictos de Lasalle.

Estos se hallaban postrados física y moralmente por el hambre, por la sed, y por su triste aislamiento, pero a la vista del piloto de la «Morella» cobraron ánimos sus espíritus y fuerzas sus cuerpos, porque juntamente recibieron de él consuelo amistoso y alimento abundante.

Sin pérdida de tiempo, y muy gustosos, embarcaron en la chalupa que les había traído desde la «Graciosa» su noble salvador, y con él se dirigieron al islote de los Lobos, inhospitalaria trena de Lasalle y de sus restantes compañeros.

Lo que en ella vieron desde su llegada oprimióles el pecho de amargura, que se desbordó por sus ojos en copiosas y acedas lágrimas.



Ni mi pluma es capaz de dar a las grandes tragedias humanas sus pungentes amarguras, ni me creo en el derecho de lacerar con ellas a mis amables lectores: por ambas causas creo cumplir mi deber en este caso, limitándome a exponer simplemente este hecho, sin más retoques dolorosos que los que forzosamente de él se desprenden.

Hallaron en aquella ínfima y desolada superficie insular a su esforzado y querido jefe y a sus fieles compañeros devorados fieramente por el hambre de ocho días de abstinencia absoluta, y por la sed que abrasaba sus entrañas y extinguía las voces en sus gargantas.

De noche veíanse forzados a tender al rocío las ropas para que aprisionasen sus gotas, y a la mañana las exprimían sobre sus febriles labios, con lo que antes conseguían acrecentar que mitigar sus ardores.

A estos tormentos físicos se unía, todavía más torturante, la incomprensión de su causa y la ignorancia

de su término, que ya empezaban a ver en la más espantosa muerte.

La llegada de Jiménez con los remeros de la chalupa pudo atajar esta amenaza, pues con los alimentos y el agua que en prevención llevaban, se restituyeron a la vida que empezaba a abandonarles.

Después de esto Gadifer recibió la amarga noticia de las perfidias llevadas a cabo por Bertín de Berneval en Lanzarote; llenóse de consternación y de desconcierto, con tal noticia, porque siempre tuvo a dicha persona por cumplido caballero; en lo cual dió pruebas de incauto, porque muchas fueron las que dió siempre aquél de abyección y de bastardía.

Las consecuencias letales de su noble confianza no tenían ya remedio; sin embargo, quiso encontrarle yendo personalmente a Lanzarote en busca del traidor, aunque no se le ocultaba que en ello se jugaba la vida.

Con ese temerario propósito tomó plaza a bordo del botecillo de los castellanos, y con ellos abordó a la citada isla; pero era ya el tiempo en que Berneval se había trasladado con su trágico botín a bordo del navío «Tajamar», y por eso su propósito no pudo hallar cumplimiento.

Los capellanes Bontier y Leverrier encontrábanse a bordo del «Morella», al que fueron voluntariamente en demanda de auxilio para sus desamparados compañeros, y por eso no pudieron ver a Lasalle vuelto del islote de los Lobos, ni tuvieron medios a su alcance para comunicar con él: en consecuencia no les quedó otro recurso que obrar por su propio acuerdo.

El primero que tomaron fué el de dirigirse a bordo del «Tajamar» en busca de Berneval, sin reparar el riesgo que corrían en esa aventura.

El noble Francisco Calvo dispuso una embarcación,

y se ofreció a acompañarlos personalmente con algunos de sus bravos hombres. Así lo hicieron, y a la expedición se juntaron voluntariamente dos hidalgos llamados Pedro del Plessis y Guillermo de Alemaigne.

Sorprendióse Berneval por la vista de estos hombres temerarios, y empezó sus disculpas alegando que todo cuanto había sacado del castillo de Rubicón era de su pertenencia, lo cual fué desmentido valientemente por los dos capellanes, que alegaron en contra, no sólo la falsedad de esta afirmación, sino el hecho de que en París el mismo Bethencourt hubo de darle cien francos para que pudiera aprestarse a formar en su compañía.

A pesar de la razón y de la justicia que asistían a Bontier y a Leverrier en su demanda contra el traidor Berneval, era éste más fuerte al lado de sus cómplices; en este hecho apoyó su defensa, — ya que de razones y de justicias carecía, — y comprendiendo esta realidad los mismos capellanes, cambiaron sus demandas en súplicas; pero también éstas se perdieron estérilmente.

La última concesión que rogaron a su antiguo compañero, trocado en adversario por su ciega codicia, fué el que les dejase a su lado a una intérprete llamada Isabel La Canaria, — antigua esclava que habían traído de Francia, — pues sin ella no podrían ni entenderse con los indígenas, ni defenderse ante sus equívocas inculpaciones por los malos tratos recibidos de los otros.

Lo que hicieron entonces aquellos secuaces del traidor, como respuesta a las razonables súplicas de sus antiguos compañeros, fué apoderarse violentamente de la inocente Isabel, y arrojarla a la mar, donde seguramente hubiera perdido la vida, a no ser por la presteza con que se lanzaron al agua tras ella para

salvarla varios tripulantes del bote de la «Morella».



Poco antes de partir el «Tajamar», Bertín, llevado de su codicia y de su crueldad, cometió su última infamia; ésta fué contra sus propios adictos, con quiénes empleó tan duro trato y fieras amenazas, que prefirieron quedarse en tierra antes que emprender el viaje con su tiránico jefe.

En ella temieron los desgraciados el justo e implacable enojo de sus traicionados compañeros y de los desolados indígenas, y entonces, ciegos de terror y locos de remordimiento, se hicieron de un bote viejo y abandonado que en la isla hallaron, y en él se entregaron a la amenaza de una tempestad que por el horizonte se anunciaba.

Con ella les vino la muerte, más deseada que temida, a diez de los doce tripulantes fugitivos, y los otros dos, arrojados sobre las costas de Berbería, acabaron su existencia en la esclavitud y en la ignominia bajo el yugo de sus fieros habitantes.



X X X

Aparece Castilla en la historia  
de Canarias.

**E**L presagio de Lasalle y de los capellanes tuvo su cumplimiento aciago; y aquellas Islas del Oriente canario, plácidos remansos de vidas sóbrias, pero felices por sus amables virtudes, vióse agitado sorda e implacablemente por vientos gélidos de odios y de venganzas.

Aunque comprendemos que es muy grande el interés que estos luctuosos acontecimientos merecen,—y desde luego lo tienen en mi pensamiento,—véome inclinado a apartarlo unos momentos hacia otro punto, y dirigir las miradas de mis lectores hacia la bahía de Cádiz y hacia el reino de Castilla, donde otros sucesos de no menor importancia ocuparán nuestra imaginación.

En la citada bahía lo primero que a nuestra vista se ofrece es la llegada del velero que pocos días antes había zarpado de Lanzarote conduciendo a Bethencourt y a sus insubordinados tripulantes.

Apenas fondeado el buque, Bethencourt saltó a tierra y expuso ante las justicias de Castilla los hechos punibles cometidos en Lanzarote por los tripulantes y guerreros que a bordo quedaban.

Sus reclamaciones fueron bien acogidas por los jueces, y en virtud de sus sentencias todos los delinquentes fueron desembarcados y puestos en prisión.

Libre ya Bethencourt de este cuidado de ineludible disciplina y sana ejemplaridad, acudió al objetivo principal de su viaje, que, como recordarán nuestros lectores, era el de proveerse de víveres y pertrechos, de más naves y de mejores hombres.

Supo a su llegada que el Rey de Castilla Enrique III hallábase por entonces en Sevilla; y como de él guardaba gratos recuerdos de deferente amistad, y sabía cuán grande era la privanza que junto a él gozaba su tío el señor de Bracamonte, pensó exponerle el estado de su empresa y pedirle para ella soberana protección.

Con la mayor diligencia puso en camino su idea tomando él el de Sevilla, que no era muy largo para su tenaz voluntad.

En la hermosa ciudad del Betis se vió de allí a poco, y casi al mismo tiempo recibió un correo urgente que a sus alcances venía desde Cádiz, y que era portador de transcendentales noticias.

En efecto; poco tiempo después de partir Bethencourt de Cádiz para Sevilla, había arribado a aquél puerto el navío «Tajamar», portador de Berfín de Berneval y de su humano botfín. Entre los adictos del traidor se ocultaba uno que había logrado introducirse entre ellos con apariencias de serlo, y con propósitos funestos para los verdaderos malhechores, y, sobre todo, para su pérfido jefe.

Llamábase Courtille, y lo que se propuso en Lanzarote y cumplió en Cádiz fué denunciar ante los Tribunales a Berneval y a todos los que habían colaborado en sus procaces malfetrías.

El resultado que obtuvo fué pleno, pues la orden de prisión contra los acusados fué dictada sin pérdida de tiempo, y en su consecuencia, aherrojados en lóbregos calabozos, comenzaron a pagar sus culpas de lesa humanidad a poco de haber llegado a las tierras castellanas.

Entonces fué cuando el justiciero Courtille emprendió velozmente el camino de Sevilla con ansias de ver a Bethencourt, porque los tristes prisioneros canarios quedaban aún atrahillados sobre el navío pirata, y a la disposición de su desaprensivo capitán.

Bethencourt oyó con honda pena la historia de los inhumanos sucesos que se habían precipitado sobre sus queridas islas después de su partida, y juró venganza contra los culpables, y protección en favor de los prisioneros del «Tajamar»; pero no pudo correr con la celeridad del deseo en su cumplimiento, porque ya le era forzoso esperar la audiencia que tenía solicitada del monarca castellano.

El sagaz Fernando Ordóñez, previendo los propósitos de Bethencourt, aprovechó su forzosa dilación para levar anclas y huir de los dominios de Castilla.

Por entonces se hallaba este reino en guerra con el de Aragón, y a él dirigió el rumbo de su buque, buscando en la enemistad de entrambos la impunidad de sus delitos. Así ocurrió, en efecto, porque el monarca aragonés, llevado por el deseo de venganza contra el castellano, concedió amplio indulto al pirata, y libertad para vender a su antojo su trágico botín.

Fracasado Bethencourt en este noble propósito, llegó por fin el momento de su anhelada audiencia. En ella le dispensó el Rey benévola deferencia, y cuando quiso saber el objeto de su visita, expresóse el aventurero normando en estos términos: «Señor, yo vengo a suplicaros protección: servíos autorizarme para conquistar y reducir a la fe cristiana unas islas que se llaman las islas de Canarias, en las cuales yo he estado y comenzado su conquista, tanto que he dejado allí a algunos de mi compañía que todos los días me aguardan. Y he dejado allí un buen caballero llamado el Sr. Gadifer de Lasalle, que quiso entrar en mi compañía. Y puesto, queridísimo señor, que Vos sois Rey y Señor de todos estos territorios, y el más próximo Rey cristiano, he venido a suplicaros vuestra gracia, para que os sirvais recibirme, y yo pueda rendiros mi homenaje».

Al Rey agradó mucho este discurso; agradeció el homenaje ofrecido, y alabó las virtudes de Bethencourt expresándose en estos términos: «Prueba es de mucho valor el venir a ofrecirme una cosa, que según creo, se halla a más de doscientas leguas de estos mis dominios y de la cuál yo nunca he oído hablar.»

La gratitud del monarca castellano se hizo patente en las muchas concesiones que otorgó a su visitante, y que fueron, entre otras: el señorío de las islas Canarias; el quinto de todas las mercancías que procedentes de ese Archipiélago llegasen al Reino de Castilla; la facultad de acuñar moneda en él, y la donación de veinte mil maravedís para atender al envío de armas, pertrechos y víveres a Gadifer de la Salle para el sostenimiento de la naciente colonia de Lanzarote, y para la prosecución de sus planes de conquistas insulares.

## XXXI

### Las zozobras de Bethencourt se truecan en esperanzas.

**A**L mismo tiempo que Bethencourt emprendía por tierra el camino hacia la hermosa capital de Andalucía, según decíamos anteriormente, su navío levaba las anclas en la bahía de Cádiz para trasladarse también a Sevilla, donde había de aguardar el momento y la orden de emprender la segunda expedición a las islas Canarias.

Recordarán nuestros lectores que tanto el patrón de este buque, como la mayoría de sus tripulantes, acababan de ser puestos en prisiones, como castigo de la sublevación que promovieron en la isla Graciosa, y por lo tanto los que a su bordo salían esta vez de Cádiz, eran, en su casi totalidad, tripulantes andaluces. Por la experiencia y prevención de Bethencourt, fueron escogidos entre muchos de los que la citada región producía ya en esos tiempos.

Llevaba este buque en sus bodegas un rico carga-

mento procedente de Canarias, y en lugares de más seguridad encerraba los tesoros de Gadifer, que eran muy valiosos en alhajas y en dinero.

La adversidad descargó en estos momentos un golpe agobiante sobre el tenaz normando, tan desgraciado ahora como venturoso había sido antes de poner sus ansias en la conquista de las islas Canarias.

En efecto: apenas enfilaba su navío la anchurosa entrada del río Guadalquivir, tuvo la desgracia de embarrancar en su movediza barra, donde, con el oleaje encrepado e hirviente que en ella se forma, fué imposible todo salvamento y rápida su destrucción total.

Enterado de esta desgracia Bethencourt, entregó los veinte mil maravedíes que había recibido del rey, a un tal Enguenant de la Boissiere para que, con la mayor prontitud, los invirtiese en fletar otro buque, donde llevar refuerzos de hombres y abundantes pertrechos y víveres para remediar la crítica situación de los compañeros traicionados por Bertín en la isla de Lanzarote.

Enguenant, así que tuvo en sus manos tan subida fortuna, tomóla para sí, y con ella se puso en camino de Francia, según parece, sin hacer otra cosa por Gadifer y sus compañeros de infortunios que escribirles unas cartas llenas de ofrecimientos falaces.

Al recibir Bethencourt la noticia de esta nueva adversidad, sintió por ella gran desaliento, pero aún le quedó ánimo suficiente para solicitar del rey de Castilla nueva audiencia, en la que le expuso su atribulada situación tras el robo consumado por La Boissiere.

El buen soberano también mostró pesar, pero no vaciló ni un instante en sus firmes propósitos de protección, y así, entregó al noble normando un navío artillado, dotado con ochenta hombres de armas y con abundancia de víveres y pertrechos.

El buque zarpó sin demora con rumbo a Lanzarote, adonde llegó con tiempo de salvar a la colonia normanda, que acosada tenazmente por los indígenas, y deprimida en su espíritu por las adversidades y por su triste aislamiento, tocaba ya de cerca a su trágico fin.

Gadifer recibió de manos del comandante de este buque, cartas e instrucciones de Bethencourt, quien, entre otras cosas de grande interés, le comunicaba de que manera lo había amparado la justicia y el rey de Castilla, y cómo él, en debida correspondencia a sus ilimitadas bondades, le había rendido pleitesía y homenaje por los Estados que se proponía descubrir y conquistar.

Gadifer sintióse contrariado en sus propósitos con este vasallaje ofrecido por Bethencourt a Enrique III, porque sus planes eran los de compartir solo con aquél la soberanía del Archipiélago; así lo habían convenido entrambos antes de zarpar de la Rochela; y no era menor el premio a que él se creía merecedor por sus muchos sufrimientos y tenaces esfuerzos.

Si este era el discurso que la pasión desarrollaba en el corazón del esforzado aventurero, muy distinto debe ser en cambio el juicio sereno de la Historia respecto de este acto de Bethencourt, porque es de tener en cuenta, que si éste, por no variar de su primitivo acuerdo, llega a rehusar la valiosa protección del monarca castellano, la empresa hubiera fracasado, pues ya sus recursos particulares no alcanzaban para su cumplimiento; a más de esto, la suerte de los que en Lanzarote se hallaban, faltos de todo recurso y de toda esperanza de recibirlo, y atacados de continuo por los vengativos indígenas, hubiera sido horriblemente trágica.

La Salle recibió juntamente con estas noticias, ins-

trucciones generales para que, valiéndose del buque cedido por el Rey, y de sus aguerridos tripulantes, emprendiese la exploración de todas las islas Canarias, a fin de estar prevenidos para su próxima conquista.

Después, le comunicaba de qué manera habían sido condenados a presidio Roberto Brument, los insurgentes de su navío, y los traidores del «Tajamar», pero que estos últimos habían logrado esquivar la justicia de Castilla, amparándose en el reino de Aragón; y por fin, le anunciaba que en breve se le uniría con otro buque y más gentes para dar comienzo a su común anhelo de conquista, en la que no habrían de cejar por nada hasta verla extendida a todo el insular territorio canario.

Este propósito y los eficaces recursos enviados por Bethencourt en su apoyo, mitigó el insensato enojo de La Salle, que era noble, pero ambicioso, porque al fin, de pirata hacía profesión.

Por otra parte, hubo de comprender que en la concordia y buena inteligencia de entrambos estaba la llave del porvenir, pues como veremos en el próximo capítulo, tan cerrado a toda buena esperanza se encontraba, que tocaba en los linderos de la muerte.



## XXXII

### Fuerza de exterminio.

**M**IENTRAS tantos sucesos surgían en Castilla al paso de Bethencourt por el sendero de su destino, con sus influjos, prósperos algunas veces y adversos las más de ellas, en su colonia de Lanzarote germinaba la perfidia y cundía la desolación y el dolor en todos sus habitantes, tanto aborígenes como foráneos. Aquéllos huyeron a ocultar sus desgarrados lamentos en las cuevas de los montes.

En sus pétreas entrañas reuniéronse en ágora todos los guanches de mayor bravura y prestigio, y lanzaron el juramento de venganza contra sus huéspedes, que no tenían sobre sí mayor delito que el de ser paisanos de aquellos traidores, fugentes ahora sobre el navío «Tajamar» en demanda de tierras europeas.

A la Salle y a sus adictos no les quedó espacio con que llorar sus penas ni el infortunio de sus esposas y de sus hijas, porque ya de las oquedades de los

montes llegaban hasta ellos clamores de presagios siniestros, y como al fin eran hombres de pelea y de indomable bravura, dieron tregua a sus congojas y se aprestaron al combate.

Claro es que los extranjeros eran muy inferiores a los guanches en número, pero les llevaban, en cambio, ventaja manifiesta en armamentos y en hábitos guerreros; en cuanto al valor, a tan heroica altura rayaron los unos y los otros, que es su mejor elogio el decir que corrieron parejas sus hazañas, sin depresión para ninguno de los dos bandos.

Los preludios de esta homérica pelea se dieron por parte de los indígenas, con una táctica de asechanzas y emboscadas en que perdieron la vida algunos de los extranjeros; y como el sistema de tenaz consunción hubiera acabado antes con éstos que con los otros, en consecuencia de su inferioridad numérica, decidióse La Salle a cambiar el curso de los hechos, optando por la guerra franca y sin tregua ni cuartel, en la que le daba ventaja la superioridad de sus armas.



Todas las gestas de la Historia evocan el recuerdo de un traidor, y esta lucha sangrienta y heroica también lo tuvo en la persona de un indígena llamado Asche, cuya ambición desmedida lo llevó algún tiempo atrás a disputar con Guadarfías el cetro de Lanzarote.

En esta insensata porfía, hubo de cejar bien pronto, porque al contraste de la indómita bravura del legítimo

Guanarteme, Asche no podía oponer, en apoyo de su ambición, más que una astucia rufianesca, que osciló hasta caer humillada a los pies del héroe.

Con esta mortal disensión encendida entre aborígenes y foráneos, cuyo origen y desarrollo comenzamos a exponer, pensó el traidor obtener los medios para dar cumplimiento a sus protervos deseos. Para ello se puso de acuerdo con su sobrino Alfonso,—esclavo que habían traído los normandos junto con Isabel desde Francia, en concepto de intérprete—, y, trocando su oficio por el de indigno trainel, le explicó a Gadifer en nombre de Asche, de qué manera podía apoderarse de Guadarfías, única persona capaz de sostener la guerra declarada por los indígenas contra los extranjeros.

Gadifer no comprendió que quien hasta tal punto sentía los insíntos de la traición y que con tantas vehemencias deseaba para sí el reino de Lanzarote, sólo guardaría en su pecho designios de muerte para los que ahora solicitaba en su auxilio, una vez que su apoyo comenzara a significar participación en el mando.

Un día avisó Asche a Gadifer de que Guadarfías se hallaba en su castillo de Lacatif (Arrecife), protegido por una guarnición de cincuenta hombres, que con facilidad podían ser sorprendidos y derrotados al amparo de las sombras de la noche.

El caudillo normando ni quiso esperar más tiempo, ni dió cabida a prudentes sospechas, sino que, con insensata precipitación y ciega confianza, se puso al frente de veinte hombres escogidos entre los más leales y esforzados, y antes que el alba rayara por el horizonte, se hallaban al pie del castillo.

Creyéronlo entregado a un sueño confiado, porque

de él no salía el más leve ruido; y en vista de ello ordenóse el asalto.

Inicióse sin obstáculo, lo cual vino a dar mayor confianza y abandono a los normandos; mas cuando ellos creían ya tocar el término de su empresa, vieron con desconcierto a cuán alto precio habían de pagar el logro de su objetivo, si, por buena fortuna, llegaban a tocarlo; y esto fué, porque los indígenas, que en su silencio y quietud supieron dar a los atacantes la impresión de abandono y ponerles confianza, lo que hacían era avizorar todos los movimientos y aprestos de sus adversarios, y con la astucia pasiva de los felinos, aguardar el momento propicio para caer sobre ellos sin darles tiempo a volver de su primer desconcierto.

Así ocurrió a los invasores, y tan duro fué el castigo y grande el estupor que recibieron, que por fuerza se dieron a la dispersión para salvar sus vidas.

Mas estos hombres que huían ahora a la desbandada, eran, a pesar de ello, bravos, como buenos piratas, y por eso les bastó un momento de acuerdo para volver sobre sus pasos, y con furioso despecho, dar un nuevo ataque a la fortaleza guanche, que no pudo ya contener a sus tenaces atacantes.

Todos sus desgraciados defensores, incluso el rey Guadarffas, cayeron en poder de La Salle, a excepción de cinco que lograron escapar, entre los cuales, tres estaban heridos gravemente.

El traidor Asche, cuyo encono se concentraba en la persona del Guanarteme, aconsejó a La Salle que pusiera en libertad a todos los defensores de la ciudadela, pero que en cambio extremase los castigos con Guadarffas y con uno de sus secuaces llamado Alby, por ser éstos los únicos capaces de turbar la paz de la isla; y para mejor avivar la pasión de la venganza, que

en todo pecho humano se encierra, condujo a La Salle en unión con sus guardias y el regio prisionero, a un campo, donde yacían, medio insepultos y descompuestos, los cadáveres de los normandos que fueron víctimas de los primeros ataques de los guanches.

Con esta visión macabra, el caudillo extranjero sintió fiebre de venganza, y la primera víctima que señalaron sus vesánicos instintos fué la del pobre Alby, a quien mandó degollar sobre aquel mismo campo fatídico.

Antes que se cumpliera tan fiero mandato, el rey Guadarffas intervino en su favor, respondiendo a La Salle de la inocencia del condenado, y prometiéndole, si le concedía la vida al inocente Alby, señalarle él mismo quienes eran los verdaderos culpables de aquellos primeros asesinatos.

Accedió Gadifer a esta demanda, en vista del ofrecimiento que la avaloraba, y entonces ordenó que el rey y su fiel amigo fuesen conducidos al castillo de «Rubicón» amarrados con cadenas que les impidiesen la huida.

A pesar de ellas, un día Alby logró evadirse. Con esto empeoró la suerte de su desgraciado rey, pues para mejor asegurarlo, extremaron los normandos la dureza de su prisión; y tan pesadas y estrechas fueron las cadenas que le amarraron desde entonces, que con ellas se desgarraban dolorosamente sus brazos y sus pies.

Tales suplicios sufría estolicamente el noble guarnarteme, sin que de su pecho salieran, con las quejas, indicios de flaqueza, cuando un día vió ante sí a su amigo Ashe, que venía al castillo para solicitar pérfidamente las aguas del bautismo, porque sabía que sin este Sacramento no recibiría de La Salle las insignias

reales que tanto ambicionaba. Guadarfías rugió un insulto y un juramento que eran de inexorable venganza, y aunque en el estado suyo parecía de imposible cumplimiento, el destino así lo tenía trazado, y había de cumplirse.



## XXXIII

### El término de la tragedia de Lanzarote.

**E**N pago de su alevosía, Asche recibió de Gadifer las reales insignias que ostentaban los guanartemes de Lanzarote, y con esto, se vió colmada su ambición. Corto fué su reinado, pero fecundo en vilezas de su parte y en amarguras por la de sus oprimidos súbditos; y aún tuvo tiempo de iniciar la traición con que pensaba librarse del aliado a quien debía la vida y la suprema dignidad que ostentaba.

El hecho a que nos referimos ocurrió como sigue: hallábase La Salle en el castillo de Rubicón, libre de los temores de sus enemigos, que ya no tenía motivos de esperar, pero inquieto con la escasez de víveres que empezaba a amenazarles. En tal situación, acordó enviar gentes suyas y del país para recolectar por todo él las mieses que pudieran. Las que se hallaban próximas al antiguo castillo de Lanciloto, en él fueron acopiadas provisionalmente. Cuando Gadifer las consideró sufi-

cientemente abundantes, envió desde Rubicón a siete de sus hombres con varios indígenas para que, con mayor facilidad y presteza, las transportasen hasta allí desde su improvisado emplazamiento.

Hallábanse apartados larga distancia del citado Rubicón los enviados de La Salle, cuando vieron acercársele un grupo numeroso de indígenas, que al punto reconocieron como secuaces del nuevo Guanarteme. Las muestras que dieron a su encuentro fueron de la más franca amistad, hasta el punto de que se ofrecieron a los normandos para ayudarles en el trabajo que les estaba encomendado por su Señor; y para poner en vías de obra su espontáneo ofrecimiento siguieron su camino en la más aparente confraternidad.

No obstante, por mucho que fuera el arte que pusieran en sus fingimientos los indígenas, los extranjeros eran ya cautos, a fuer de avisados, y no ponían su confianza más que en la previsión de sus instintos y en la fuerza de sus brazos; y así, fuera augurio infundado, o advertencia sacada de algún movimiento de los isleños, es el caso que los normandos excusaron su compañía y continuaron la marcha a prudente distancia y en compacto grupo.

Sólo uno de ellos, llamado Dandrac, desoyendo los consejos de Juan Le Courtois, jefe de la expedición, y el ejemplo de todos sus compañeros, rehusó dejar la compañía de los guanches, y con ellos prosiguió hacia el castillo de Lanciloto, libre de todo presentimiento; mas apenas acababan de separarse los demás compañeros suyos, cuando sintió sobre sí el ataque feroz de todos sus fainados acompañantes, que dieron con él en tierra desvanecido y sangrante.

Los extranjeros, que afortunadamente advirtieron el término de su incauto compañero, corrieron en su auxi-

llo, y mientras los cobardes agresores se daban a la fuga, ellos llegaron hasta el sitio donde yacía lacera-  
do por trece heridas.

Con él regresaron al castillo de Rubicón, donde La Salle, informado del vil atentado, fulminó inexorable sentencia de exterminio contra su infame y traidor protegido y contra todos sus partidarios: mas, en esta ocasión, un suceso inesperado vino a quitarle, cuando ya en sus manos la contaba, su más ansiada presa; al propio Asche.

En aquel mismo punto de ansias trágicas, Guadarrámas, el rey sereno y fuerte, lograba escapar de su prisión, y arrastrando sus pesadas cadenas, salvaba en el seno de la noche la distancia que mediaba hasta su rústico albergue.

Una vez en él, y entre sus fieles vasallos, la primera medida que tomó fué la de apoderarse de su mortal enemigo Asche. A la mañana siguiente, a la vista del pueblo, lo hizo morir a pedradas; después arrojó su cadáver a la devastación del fuego, y sus cenizas fueron esparcidas al viento.



Los normandos también cometieron ese mismo día un acto vandálico con un indígena que cayó en sus manos, a quien, después de asesinarlo, le cortaron la cabeza, que clavada en el extremo de una pica, fué expuesta a las aterradas miradas de sus compañeros y a la voracidad de las aves de rapiña.

Estos actos de crueldad inaudita excitaron violentamente las pasiones de los unos y de los otros, con tan fiera vesania, que ya nadie pensaba sino en el martirio y en el aniquilamiento de sus adversarios.

Los indígenas comprendían muy bien que su desproporcionada superioridad numérica les daría a la larga el triunfo; por eso su táctica era la del lento desgaste de sus adversarios, a quienes procuraban flagelar con frecuentes, pero aisladas emboscadas, que hacían correr incesantemente por los campos de la isla la sangre de los invasores.

Estos sabían que el provecho de sus armas estaba en los ataques fulminantes, y en consecuencia, daban intensas batidas, que abrían cauces rebosantes de sangre indígena. Mujeres, ancianos y niños inocentes e indefensos, eran tenidos también por ambos bandos como buenas presas para el logro y la satisfacción de sus vengativos deseos.

La situación de los indígenas se hacía cada vez más azarosa, pues en la devastadora actividad de sus huéspedes, no hallaban punto que sirviera de reposo, ni lugar que gozara de paz.

El estado en que iban parando los escasos extranjeros era angustioso, porque, además del frenético encono de los insulares, turbaba sus imaginaciones el espectro del hambre, que dentro del castillo comenzaba a posarse.

Esta falta de medios de sustento hizo concebir a Gadifer la horrible idea de dar muerte a todos los prisioneros indígenas que poseía y que se encontrasen aptos para la guerra, queriendo así economizar sus exiguas raciones.

Ya tocaba a su punto el cumplimiento de este trágico designio, cuando vino la salvación de los unos y de

los otros, de una manera adventicia, en un navío, que al empuje de los vientos, abordaba a la isla por la bahía de Rubicón.

Este acontecimiento llenó de júbilo a los normandos que ya se tenían por perdidos; y vino a colmar sus dulces ilusiones un acontecimiento insólito, que por su inexplicable causa, lo fué para cimentar en la supersticiosa fantasía de aquellos hombres, los más risueños augurios de futuras bienandanzas.

El hecho fué que por aquella época, que era la de Agosto de 1403, vióse aparecer sobre la ribera de la isla de Graciosa una chalupa anegada por el agua e invadida de escaramujos; que después de varada y bien reconocida, vino a resultar que era la que naufragó en las costas de Berbería, conduciendo a su bordo a varios de los adictos de Berlín de Berneval, fugitivos de la isla cuando se vieron despreciados y amenazados por su señor, y a la discreción de sus traicionados compañeros.

Este hecho fué tenido entonces como un verdadero milagro de feliz profecía, y celebrado con efusivas muestras de gratitud al cielo que le había dado cumplimiento.

Con ruidosa exultación, acogieron la orden que Bethencourt les enviaba desde España, relativa a la exploración y conquista de las otras islas Canarias; y sin más demora que la que ocasionó el desembarco de los abundantes víveres y pertrechos que el navío les traía desde Castilla, zarparon a su bordo con rumbo a Fuerteventura, que es la que designaron para iniciar su empresa.



## XXXIV

### Segunda expedición a Fuerte- ventura.

**L**a nave castellana aportó en breve a la isla de Albania, (hoy Fuerteventura), porque la distancia que entre ella y Lanzarote media, es corta y el tiempo era favorable; como a todos animaba un gran deseo de conocerla y explorarla en toda su extensión, no esperaron a más sino a que el buque lanzara sus anclas, para ellos efectuar su primer desembarque.

Al frente de esta expedición figuraba el propio Gádifer de la Salle y Ramonet de Lenedan, y formaban en su animoso conjunto varios normandos de los que con Bethencourt arribaron a Lanzarote en Julio de 1402 y que soportaron fielmente, al lado de La Salle, aquella horrible odisea que hemos relatado en los capítulos anteriores.

Junto a estos hombres, veteranos en el sacrificio y en la lealtad, figuraban también muchos de los recién llegados de Andalucía, que acaso estuvieran avezados

a las penalidades del mar, y quizás también fueran señalados soldados de Castilla, porque en ambos azares se hallaba altamente reputado desde entonces el citado Reino.

Junto con todos estos hombres de armas, marchaban no pocos de los esclavos traídos de Lanzarote para el transporte de la impedimenta, y además, dos naturales de Fuerteventura que servían a la expedición de guías y de intérpretes.

Todas las actividades de esta expedición concentraronse durante los primeros días en la exploración del litoral, y en el descubrimiento de los indígenas, quienes de tal manera supieron ocultarse a la vista de los exploradores, que éstos sintieron la impresión de hallarse en un inhospitalario páramo del océano.

Después de algún tiempo, y de no pocos trabajos dirigidos estérilmente en este sentido, La Salle trazó otro plan, que fué el de internarse en la isla acompañado por Lenedan y por treinta y cinco hombres más, con dirección al riachuelo y al ameno lugar por él ya conocido en su primera exploración, y al que bautizó con el nombre de «Vado de Las Palmas», que era alusión acertada a las muchas que sombreaban deliciosamente sus frescas orillas.

A él llegaron sin obstáculo; y complacidos de las sedantes caricias de su ambiente, en él tomaron reposo y nuevos estímulos para proseguir sus exploraciones.

El sitio que desde allí señaló Gadifer como término de la siguiente jornada, fué un altozano poco distante, y desde el que pretendía atalayar una gran extensión de la isla.

A él se dirigieron todos en un principio, pero a la mitad del camino unos veinte y cinco españoles negá-

ronse a seguirle, y a La Salle no le quedó más recurso que continuar con los restantes, que eran diez normandos.

La cumbre, que al fin ganaron estos últimos, nada les ofreció de interés ni de provecho, y desde ella acordaron descender por la ribera del arroyo de Las Palmas, hasta hallar su confluencia con el mar, por ver si en ella formaba ensenada que pudiera dar abrigo a su buque. Así lo comprobaron en efecto, y a ella la llamaron «Puerto de las Peñas».

El curso del mismo riachuelo, en sentido ascendente, los condujo a un lugar que era vergel tupido de verduras y artesonado por una densa red hundosa de palmeras, alcándaras esbelfísimas de numerosas aves y de copiosos racimos de dátiles.

En este lugar hallaron a los veinte y cinco españoles que se habían negado desde la mitad de su escarpa a llegar hasta la cumbre de la montañía que al fin montó La Salle en unión de los diez normandos.

Los unos y los otros formaron desde entonces un sólo grupo, dando olvido a la pasada disensión, y de buen grado y común acuerdo, se decidieron a cruzar aquel mirífico lugar.

Grandes esfuerzos les costó hacerlo, porque el tapiz de musgo que cubría el suelo era tan húmedo y resbaladizo, que en sus frecuentes declives tenían que marchar sobre los pies y las manos para evitar las caídas.

Cerca ya de sus lindes hicieron alto para tomar descanso y alimento y para acordar el plan a seguir.

Por unanimidad tomaron el de continuar adelante; y para hacerlo con menores riesgos, ordenó Gadifer una patrulla de avanzada compuesta por tres hombres.

Esta excursión dió por resultado el hallar un grupo

de indígenas, a quienes desde luego pensaron apresar, pero no lo consiguieron porque los atacados se dieron a la fuga con mucha presteza.

Después se encontraron en una cueva una escena espantosa: había en ella dos mujeres enloquecidas por el terror de ser descubiertas por los invasores, y una de ellas atenazaba convulsivamente entre sus brazos el cuerpo exánime de un recién nacido, que era su hijo.

La causa que la arrastró a consumar tan horrendo crimen fué el temor de qué con su inocente llanto descubriera a los extranjeros el lugar que les servía de refugio.

Sin respeto a aquel trágico dolor, las dos mujeres fueron arrastradas por los invasores, que desde luego las tomaron por esclavas.

Comprendiendo Gadifer que aquel valle encerraba en sus cuevas y en sus escondrijos un núcleo de población guanche, le puso cerco con el grueso de sus hombres, mientras él con una pequeña escolta organizaba una minuciosa batida por todos sus repliegues; mas, de improviso, surgió un nutrido grupo de hombres que con gran atuendo y amenazas atraía hacia sí el ataque de los extranjeros.

Con esta táctica lo que se proponían, y de lleno lo consiguieron, fué guardar la retirada de sus mujeres y de sus hijos; logrado lo cual, ellos mismos se dieron á la fuga, con tanta rapidez, que a los enemigos les fué imposible todo proyecto de persecución; en vista de ello optaron por volverse y reembarcar en su nave, furiosos y quebrantados, sin más trofeo de su victoria que cuatro desoladas mujeres, que es todo lo que lograron arrebatarse en su dilatada operación.



## XXXV

### Exploración de Gran Canaria, la Gomera, Hierro y la Palma.

**C**ONTRARIADOS los europeos por el escaso provecho obtenido en su afanosa exploración en la isla de Albania, acordaron una vez que se hallaban sobre su buque, dejar las playas de esa isla y buscar por las otras del Archipiélago el famoso vellocino de sus dorados ensueños.

Después de bojar la isla inhóspita por largo espacio, hicieron rumbo al poniente, y con él, y el impulso favorable del viento, en los albores del día siguiente vieron levantarse del diáfano horizonte los quebrados contornos de una isla, que con el andar del buque, y con la luz cada vez más radiante de la avanzada mañana, se hacían por momentos más precisos y definidos, hasta permitirles reconocer en ellos a la isla de Gran Canaria.

En la tarde de aquel mismo día, ya el buque de los conquistadores había cargado las velas mayores de su

arrogante arboladura, y sólo con las otras, marchaba lenta y cautelosamente, indagando la estructura de su costa para buscar sitio de abrigo.

Al fin lo halló en un entrante que ella hacía entre Telde y Argones (hoy Agüimes), en el que dieron fondo, y se dedicaron a trazar el plan de sus futuras operaciones.

Al revés de lo acaecido en Lanzarote y en Fuerteventura, en esta isla su llegada atrajo sobre la playa a gran concurso de gentes, y como la distancia entre ella y el buque era escasa, pudieron con facilidad entenderse, por medio de los intérpretes, los tripulantes de éste con los habitantes de la isla.

Las primeras palabras cruzadas fueron de fraternal saludo y de gratos ofrecimientos, en los que se fiaron los canarios, hasta el punto de que veinte y dos de ellos no tuvieron reparo en abordar al buque, a nado, porque otro sistema de navegación les era en absoluto desconocido.

Con los grandes trabajos que es fácil suponer, pensando en ese medio primitivo, los canarios transportaron a bordo sangre de drago e higos secos, que cambiaron por objetos de hierro, como cuchillos, anzuelos, etc. etc.

El comercio así practicado entre los del país y los forasteros, fué altamente remunerador para éstos, pues según las crónicas de aquella época, el valor de la sangre de drago que obtuvieron ascendía a la suma de doscientas doblas de oro, y el de los objetos que dieron en cambio, valía dos francos solamente. Tan de lleno se dieron a esta ventajosa ocupación, que en los dos primeros días de su llegada a la isla no se les ocurrió la idea de abordarla para cumplir en ella su

principal objetivo, que era el de exploración y conquista.

A la mañana del tercero, fué el propio Gadifer quien tuvo esta idea, que desde luego pensó poner en ejecución; mas como la experiencia pasada le sirvió de saludable consejo, pensó seguir en esta isla una táctica completamente opuesta a la que en las otras tan malos términos le había proporcionado hasta entonces.

Con este objeto, llamó a Pedro el intérprete, y en larga e íntima conversación, le impuso en sus propósitos y le dijo que fuera a hablar con el Guanarteme de aquella parte de la isla para trasmitirle sus afectuosos saludos, y comunicarle sus buenos propósitos de leal amistad y provechosa inteligencia.

El portador de esta embajada saltó a tierra y tomó el camino de Telde, residencia de la corte guanche; pero los días se sucedieron sin que ni él ni el Guanarteme, ni ningún emisario suyo, diera respuesta a la cumplida misiva. En vista de ello, y de que el intercambio con los indígenas de esta zona iba escaseando, y forzados por la necesidad de hacer aguada, zarparon de aquel lugar y entraron en otro que reunía espléndidas condiciones de puerto natural.

Llamábase Gando, y se encontraba a escasa distancia del que acababan de abandonar.

Los indígenas acudieron a la playa en éste como en el otro paraje; pero su actitud, que era expectante en un principio, se trocó en hostil cuando vieron que los del buque arriaban los botes al agua con propósito de abordar la isla; y como Gadifer sabía por confidencias que aquella isla podía muy bien levantar en pie de guerra hasta seis mil hombres, rehusó el combate y se limitó a cambiar productos con varios indígenas que llegaron a bordo nadando; en cuyo comercio obtuvo

tan desmedidas ganancias como en el otro lugar de la misma isla.

En esta ocasión, tuvo La Salle la sorpresa de recibir de manos de un joven canario, llamado por sus paisanos Tiferan, el relato minucioso de la arribada, estancia y ejecución sufrida doce años atrás por unos desgraciados navegantes andaluces naufragados en la desembocadura del río Niguiniguada por efectos de un temporal.

En apoyo de su palabra Tiferan entregó a Gadifer unos papeles escritos por los mismos náufragos que contenían el relato exacto que él acababa de hacer.

Como de esto nos hemos ocupado en otro lugar con la extensión debida, omitimos aquí más pormenores, y sólo repetiremos que Tiferan dijo a La Salle que aquellos desgraciados lo condujeron al seno de la Santa Religión Cristiana, y que al darle las aguas del bautismo le pusieron por nombre Pedro, y que por la fe que profesaba, les pedía que lo llevasen con ellos para servirles en todo lo que a él le fuera posible, lo cual le pareció muy bien a Gadifer, pues así halló el medio de suplir la falta del otro Pedro, el intérprete.



Hiciéronse de nuevo a la mar, y con rumbo al poniente llegaron pronto a la isla del Hierro, de la que reconocieron la costa sin detenerse en ella, porque les interesaba más llegar hasta la Gomera que allí cerca se alzaba.

Cuando tocaron en ella, era ya bien entrada la noche, que solo dejaba ver de la isla los destellos rojizos de muchas hogueras espaciadas por sus valles y por sus montes.

Con gran sigilo tomaron tierra varios de los tripulantes, y de ella lograron arrebatarse por sorpresa un hombre y tres mujeres que se llevaron a bordo.

Al amanecer del siguiente día volvieron a tierra algunos hombres de la nave con objeto de proveerla de agua, cuya falta atemorizaba ya a todos los de ella, pero los indígenas los atacaron con tal denuedo, que a buena fortuna tuvieron el lograr reembarcar en sus chalupas para huir de la playa sin dejar sus vidas a manos de los isleños.

En vista de tan fiera hostilidad, abandonaron la isla y pusieron proa a la de La Palma; pero vientos contrarios los forzaron a arribar a la del Hierro, en la que permanecieron veinte y dos días haciendo gran provisión de carnes y de pieles de los numerosos ganados que poblaban la isla. De ella sacaron también a tres mujeres y a un niño que lograron apresar.

Nuevamente hicieron rumbo a la isla de la Palma, a la que llegaron fácilmente esta vez, y en la desembarcadura de un riachuelo hicieron abundante aguada.

Parecióles inhabitada, no porque así fuese, sino porque sus habitantes, al igual que los de Lanzarote y los de Fuerteventura, se apresuraron a ocultarse, porque harto castigados se hallaban por la rapacidad de los piratas que de vez en cuando aportaban en aquellos lugares; y lo consiguieron con mayor éxito que los de las otras dos islas, porque la escabrosidad de su suelo les era más propicia.

Por fin zarparon de esta isla, y en dos singladuras de rauda travesía, fondeaban ante el castillo de Rubicón al cabo de tres meses de ausencia.

## X X X V

### Regreso de Bethencourt a Lan- zarote.

**L**a arribada del buque de La Salle a Lanzarote llenó de júbilo a la guarnición que allí había quedado después de su partida; y, sobre todo, les produjo indescriptible entusiasmo el ver que en su larga ausencia de tres meses, y en los múltiples azares corridos en ellos, no había sobrevenido desgracia a ninguno de sus tripulantes, y que las amplias bodegas se hallaban repletas de ricos productos.

Gadifer determinó fletar el buque, sin más tregua, con rumbo a Cádiz, para entregar su valioso cargamento a Juan de Bethencourt, a fin de que con su producto pudiese enviarle nuevos elementos de combate para la rápida conquista de las ubérrimas tierras por él descubiertas.

Como el puerto de Rubicón no ofreciese suficientes comodidades para las operaciones del buque, enviólo

al de Lacatif o Laratif (hoy Arrecife) en donde las hizo con vista a su próxima partida.

Antes de ella escribió Gadifer a Bethencourt, en extensos pliegos, las muchas noticias de gran interés que en los últimos tiempos había adquirido, y confió su traslado y el mando de la expedición al gentil-hombre Gyeffrey d'Ausonville.

La casualidad hizo que apenas zarpado de Arrecife con rumbo a España, llegase procedente de ella el propio Bethencourt, portador de abundantes recursos y de numerosos guerreros debidos a la inagotable munificencia del rey de Castilla.

Con esto acreció el entusiasmo y el optimismo de los expedicionarios, y los indígenas cayeron en la más agobiante desolación.

Durante la ausencia de la Salle habían sufrido por parte de la guarnición tan rudo e implacable castigo, que, muertos o prisioneros, habían caído en gran parte los desgraciados habitantes de la isla; esto unido a los efectos crueles de una epidemia que entre ellos se propagó, redujo la población masculina a la insignificante cifra de doscientas personas.

Pensando en lo estéril de su arrogante, pero letal actitud de heroica resistencia contra los invasores, la mayor parte de ellos habían abandonado a su homérico caudillo Guadarfías, que aún se hallaba, con los pocos adictos que le habían quedado, sosteniendo su abatida, pero sublime realeza, por los más agrestes parajes de su desolada isla.

Un día fué violado también el último baluarte por una patrulla de los extranjeros enviados por el mismo Bethencourt con ánimo de darles caza, lo que lograron por fin—sin grande esfuerzo—debido a la extenuación y al desaliento que ya consumían al desgraciado mo-

marca y a su escolta, constituida solo por diez y ocho hombres.

Llevados a la presencia de Bethencourt y de la Salle, sin esperanza alguna, hubieron de rendirles el homenaje y acatamiento exigido a cambio de perdonarles las vidas, lo que les fué acordado en aquel mismo día, que fué uno de Diciembre de 1403.



Con este hecho dióse por consumada la conquista de la isla, y más cuando el 29 de Febrero de 1404, Guadarfías y los pocos gentiles que en ella quedaban, pidieron humildemente las aguas del bautismo, que en efecto derramó sobre sus cabezas el capellán Juan de Leverriere, poniendo al ex-soberano el nombre de Luis.

La satisfacción que en Bethencourt produjo su fácil triunfo sobre Lanzarote, llevólo a soñar en extremas grandezas, porque así es la condición humana, y de ello proceden los grandes yerros de los supremos caudillos que nos presenta la historia.

Según parece, debió de encontrar demasiado reducido el perímetro del archipiélago canario para sus ansias conquistadoras, porque desde entonces puso todo su ahinco en la averiguación de datos referentes a la enorme zona africana que se extiende desde Cabo Bojador hasta la costa del Gabón.

Concentró su mayor interés en inquirir, de manera minuciosa y cierta, cuáles eran sus puertos o radas de

mayor abrigo; cuáles los productos principales de sus feraces tierras; qué puntos los de mayores ventajas estratégicas; cómo era el carácter, los usos y las costumbres de sus salvajes habitantes, etc., etc.; en cuyo interesante estudio recibió acertadas orientaciones y valiosos datos de los que habían extendido por toda la Normandía los numerosos piratas que asolaban dichas comarcas en frecuentes incursiones, y también de los que él mismo recogiera en otros tiempos en que, según dijimos, parece que ejerció esa profesión por aquellos lugares.



Una aciaga amenaza empezaba a gravitar sobre la isla, cuyos presagios señalaban por igual hacia los vencedores y hacia los vencidos; pero de ella no acerfaron a darse cuenta ni los unos ni los otros, porque mientras el jefe supremo se daba en cuerpo y alma al estudio de remotos países, abandonaba en absoluto el conocimiento del que habitaba; y como sus subordinados consagraban todas sus actividades a conquistar *almas para la Iglesia católica*, no les quedaban intenciones ni deseos de atender a las necesidades de los cuerpos, porque en aquella edad paradógica, hasta los más feroces guerreros eran de ordinario místicos y contemplativos después que colgaban sus sangrientas armaduras.

En consecuencia de esto, ni las simientes que de Europa traían para su aclimatación en este país caye-

ron sobre sus vírgenes tierras, ni atendieron a la reproducción de las indígenas, ni prestaron atención alguna a la ganadería, ni construyeron nuevas viviendas, ni atendieron a su indumentaria; de aquí se siguió que cuando llegaron a agotarse los víveres traídos de Castilla, y la cebada de la última cosecha del país, se vieron envueltos por la más cruel miseria, y harapientos, sin albergues, heridos por las más crueles dolencias, y famélicos, porque durante un año no tuvieron más alimento que carne y pescado, y aún ésto en escasa medida.

Todas las penalidades y privaciones materiales han traído siempre consigo en las agrupaciones humanas el germen de las grandes catástrofes morales, de las disensiones, de las perfidias y hasta el derrumbamiento de los grandes imperios, por altas que hayan sido sus virtudes antes de los sufrimientos; y ésta, que es ley fatal de la historia, no podía dejar de cumplirse en la presente ocasión; por el contrario, tanto lo fué, que estuvo a punto de producir el aniquilamiento de la obra realizada hasta entonces por la tenacidad y el sacrificio de Bethencourt, de la Salle y de sus fieles compañeros, y por la magnánima protección del monarca castellano.



## XXXVII

### El reto de Lasalle a Bethencourt.

**E**s cosa corriente el sentir escrúpulos, y aún hondas repugnancias, ante el empleo de artes que discorden con nuestro íntimo sentir; y si ejerce su empleo otra persona, a ella se dirigen nuestros acerbos reproches: mas cuando de allí nos vienen provechos abundantes, entonces se extinguen las censuras, y la débil conciencia se duerme al cobijo de nuestro satisfecho egoismo.

Esto ocurrió a Gadifer de La Salle. Su orgullo protestó bravamente de la pleitesía rendida por su compañero Bethencourt al monarca castellano, porque en ello veía una merma injusta de sus soñados derechos sobre las islas Canarias; pero cuando arribó a Lanzarote un buque con cargamento abundante de cuanto ansiaban sus extenuados cuerpos, no reparó más en el precio que a su dignidad costaron aquellos bienes, sino que, satisfechas plenamente sus necesidades ma-

teriales, dióse por satisfecha igualmente su conciencia, y no hubo más protesta por parte de ella.

Casi siempre también, cuando cesan los beneficios, cesa la gratitud y la indulgencia de nuestros sentimientos, y así lo vemos comprobado en este punto de la Historia Canaria con el hecho que pasamos a relatar.

Vivía La Salle en aquella malhadada época tan severo y con tales muestras de disgusto, que hizo reparar en ello al propio Bethencourt.

Solícito por conocer los motivos concretos de esa actitud, interrogó a su antiguo amigo, de quién obtuvo, aunque con distintas palabras, la siguiente respuesta: «Mucho tiempo há que estoy en vuestra compañía sufriendo grandes trabajos y sinsabores y sin obtener en cambio de ello ventaja alguna, por lo que estoy dispuesto a regresar a nuestro país si no me cedéis la isla de Erbania (Fuerteventura) la del Infierno (Tenerife) y la Gomera, que aún se hallan sin conquistar y que nos costarán muchos sacrificios antes de conseguirlo».

A tan desmedidas pretensiones Bethencourt respondió con afectuosas palabras y comedidos razonamientos, acabando por ofrecerle tan altas recompensas como merecía su valioso concurso, y rogándole que permaneciera en su leal compañía y en su buena amistad.

De ordinario sucede que mientras más satisfacciones recibe nuestro interés o nuestro amor propio, más crecen nuestras exigencias, y así ocurrió a Gadifer que después de oír las humildes y bien concertadas razones de su noble compañero, lo recriminó acremente por haber rendido homenaje al rey de Castilla por unos

territorios que no le pertenecían, puesto que eran de los dos según el convenio de la Rochela.

A esto respondió Bethencourt que reconocía el motivo de sus quejas en este respecto, pero que tuviese en cuenta la razón de necesidad que a ello le indujo, y que además eso no sería óbice para que, cuando llegase la posibilidad, recibiera en premio de su valiosa colaboración espléndidas recompensas.

Por fin logró Bethencourt retenerlo en su compañía; pero lo que no logró por mucho empeño que puso, fué volverlo a la primitiva amistad que tan fuertemente los había enlazado en los comienzos de la empresa.

De allí a poco trasladáronse los dos a Fuerteventura, y noticiosos de que el sultán de Fez abrigaba el designio de atacarlos en sus recién conquistados territorios para arrancarlos de la dominación cristiana y someterlos a la suya, levantaron un fortín en la escarpa de una montaña llamada «Rico Roque» distante apenas una legua de la playa.

Alojadas en su recinto la mayor parte de las fuerzas expedicionarias, dedicaron su actividad a la realización de frecuentes rizas por todos sus alrededores, de las que de ordinario traían como botín, a algún desgraciado indígena de uno o de otro sexo, que había sido trocado de ser libre, en esclavo, por la fuerza o por la astucia de los piratas extranjeros.

Para mayor impunidad en el dominio y depredación del país, de allí a poco construyeron otros reducidos espaciados por la isla, que vinieron a ser otros tantos focos de pillaje.

Gadifer de La Salle construyó por su cuenta uno de ellos en el que se hizo fuerte con todos, o los más de sus partidarios, que eran muchos.

Valido de la fuerza defensiva que le comunicaba la

robustez de sus alambres, atrevióse a dar expansión a sus callados rencores contra Bethencourt, que en otro castillo se hallaba, olvidado de toda rencilla, y solo atento a la conquista de la isla y a su defensa contra el temido ataque de los vecinos marroquíes.

Cierto día Gadifer envió a Bethencourt algunos emisarios portadores de un reto concebido en estos extravagantes términos: «¡Si venís aquí, si venís aquí, si venís aquí!» a lo que, parodiando el tono y la forma, respondió el otro con éste: «¡Si os encuentro ahí, si os encuentro ahí, si os encuentro ahí!»

Este reto singular, y hasta grotesco, que en nuestro lugar de lejanos espectadores quizás haya provocado hilaridad a muchos de nuestros lectores, y a no pocos una leve sonrisa de conmiseración, fué entonces para los protagonistas de estos sucesos un funesísimo albur, capaz de aniquilar toda buena esperanza y de convertir aquellos venturosos solares de otros tiempos en bártros espantosos.

De una parte, la amenaza morisca; de otra, la reacción defensiva de los indígenas; y para colmo de males y mayor motivo de temores, la sorda, pero inextinguible disensión entre los dos jefes, seguidos de sus respectivas banderías.

Bethencourt, que en lo que vamos a decir demostró ser un gran psicólogo de las colectividades, acordó en este momento supremo organizar una expedición sobre Gran Canaria para su exploración minuciosa y para escribir los primeros renglones de su epopéyica conquista.

Este alto objetivo no lo alcanzaron por desproporcionado y porque la Providencia lo tenía asignado, como nuevo cuartel heráldico, al pueblo de más áurea historia de aquellos tiempos y de todos los que le han

sucedido; pero no por ello es de contarse como fracaso su aparente esterilidad, porque sus frutos, si nó de conquista, fueron de moralización y de disciplina para sus propias fuerzas, que es la primera, y a veces la más difícil victoria que tienen que perseguir los jefes de agrupaciones humanas.

El acierto de Bethencourt estuvo en comprender que sea cual fuere el motivo que dá origen, el que sostiene y agiganta las bajas discordias de los pueblos es la ociosidad y la carencia de elevados ideales en que embargar el alma, y por eso él les dió trabajo e ideales subidos en la conquista de la ubérrima isla a que nos trasladaremos con ellos en el próximo capítulo.



## XXXVIII

### Infortunada expedición de Lasalle a Gran Canaria.

Las desmedidas ambiciones de todos los grandes caudillos, tuvieron y tendrán siempre su más sólido apoyo en las bajas codicias y en los apetitos misérrimos de las masas vulgares. El arte de los dominadores estriba en saberlas encauzar por el lecho de sus deseos; de imponerlos, a seguirlos, vá la diferencia que media entre el señor y el esclavo, porque el tenerlos—salvo su medida y su alteza—es condición común a los unos y a los otros.

La orden de Bethencourt relativa a la expedición sobre Gran Canaria, fué prontamente obedecida incluso por los sediciosos, porque lo que en ellos no ponía el verdadero sentimiento de la disciplina, lo operaban sus codicias puestas sin medida en el pillaje de aquella riquísima isla; dando por resultado positivo, el provecho del sagaz normando que a ella los enviaba.

Zarparon jubilosos de Fuerteventura a bordo de una

carabela que pertenecía al propio Bethencourt, y emprendieron la breve travesía que entre ella y Gran Canaria existe; mas a pesar de ser aquella época de vientos bonancibles y de mares serenas, les tocó la desgracia de hallar a estos elementos en tan pavorosa revuelta, que no les quedó mejor recurso, vista la imposibilidad de alcanzar la bahía de Gando, que correr el temporal costeando la isla hacia el Sur, donde hallaron una bahía llamada por los isleños de entonces Argyneguy (hoy Arguineguín), en cuya cabida tuvieron refugio y lugar de reposo.

Estando en ella se les llegó un día aquel Pedro el Canario que en la anterior visita de La Salle desembarcó en las playas de Telde, con misión diplomática cerca de Artamy, rey indígena de aquellos lugares. Recordarán nuestros lectores que el tal emisario, ni trajo respuesta alguna, ni aún volvió a aparecer sobre el barco, lo que unido a la hostilidad de que fueron víctimas los europeos, a partir de ese momento, en todos los lugares de la isla, les dió motivo para creer en la traición de su antiguo intérprete.

Fundada causa era ésta para que no hubieran vuelto a creer en las palabras ni en las aparentes actitudes de él; sin embargo, y aunque los infortunios debieron haberles comunicado mayor cautela y recelo en sus relaciones con los indígenas, cayeron esta vez en el lazo de su segunda traición, que a punto estuvo de costarles la vida.

Ocurrió que tanto Pedro como un hijo del Guanar teme que con él venía, invitaron a los extranjeros a saltar a tierra para hacer aguada y para tomar varios lechones que con objeto de regalárselos habían conducido los indígenas hasta la vecina playa.

Los incautos tripulantes de La Salle, agradecidos

al obsequio, no vacilaron en arriar una chalupa de la carabela para ir a ella en busca del valioso presente; pero cuando tomaron tierra, lo que encontraron en vez de él fué un grupo numeroso de isleños bien armados, que impetuosamente se arrojaron los unos sobre ellos con intención de darles muerte, y los otros sobre el bote con ánimo de vararlo para arrebatárles toda esperanza de evasión.

En el desconcierto que por el primer momento les invadió, sufrieron los tripulantes extranjeros graves heridas, y de la chalupa perdieron dos remos, pero su reacción fué pronta, y tan enérgica, que les dió la victoria.

Anibal, el hijo bastardo de La Salle, que tan brillantes y repetidas pruebas de bravura había dado desde su llegada a Lanzarote,—que fué junto con su padre y con los primeros expedicionarios,—luchó con tan indomable denuedo, sin más armas que un remo que logró arrebatár a los indígenas, que se bastó para tenerlos a raya algunos momentos, con los cuales sus compañeros lograron lanzar el bote de nuevo al agua y armarle los remos que aún quedaban a su bordo. Con un salto de tigre más que de hombre, lo alcanzó el ciclópeo Anibal, y entonces se alejaron de la playa en busca de la carabela.

La indignación que les produjo este acto de los insulares, puso en sus pechos fieros deseos de venganza y en sus cabezas el mal consejo de volver sobre los indígenas para castigarlos sin compasión ni medida.

Con este objeto, reembarcaron en una chalupa varios de los que sobre el buque habían quedado mientras tales sucesos pasaban en tierra, y a ella se dirigieron con sus siniestros designios; pero no lograron

abordarla porque ya sobre la playa acababa de aparecer un núcleo numeroso de indígenas, armados a la europea y defendidos por rodela que ostentaban en sus anversos las insignias de Castilla; lo que es prueba evidente de que hombres de este Reino habían pisado antes aquellas tierras y sufrido de los indígenas la derrota y el desarme.

Con esto acreció el furor de los extranjeros, porque nada hay que tanto pábulo dé al odio como la impotencia de su venganza, pero a pesar de él, tomaron mejor acuerdo en vista de la ventajosa disposición de los isleños; y éste fué el de regresar a su barco y con él abandonar aquel siniestro lugar, sobre el que sin duda lloverían los juramentos de venganza de los humillados expedicionarios.



Como el recio temporal, que en tan mal extremo los puso, había cedido a los mansos vientos propios de la estación, pudieron fácilmente remontar la costa hasta llegar al puerto de Telde, en el que dieron fondo a las anclas.

Dos días permanecieron allí, pero sin atreverse a tomar tierra, y al cabo de ellos determinaron regresar a Fuerteventura para dar cuenta a Bethencourt de sus infortunados sucesos y someter a su alto juicio la decisión a seguir.

Repitióse en esta travesía el anómalo temporal del Norte que sufrieron en la anterior, y así como el pri-

mero los arrastró hasta el Sur de la isla Gran Canaria, éste les forzó a abordar a la de Fuerteventura, después de grandes trabajos y privaciones, por un lugar de su costa Sur, muy distanciado del fuerte de Rico Roque, residencia por entonces de Juan de Bethencourt.

No les quedó otro recurso que el de emprender su camino por tierra, porque el temporal no daba muestras de ceder en mucho tiempo.

Durante la primera jornada que hicieron en el sentido indicado, tuvieron la sorpresa de hallar a un grupo numeroso de castellanos, de quienes supieron que habían sido enviados a aquella isla por el rey don Enrique para reforzar las tropas de Bethencourt, y que la nave que allí los había conducido fué bien provista por el mismo de víveres y de pertrechos para la colonia.

Contáronles también que un grupo formado por diez de sus compañeros, fué objeto de una emboscada por parte de los indígenas, en la cual, si bien no perdieron sus vidas, fué obra providencial, pero en cambio recibieron numerosas heridas, por cuya causa ellos andaban en tan apartados lugares, donde pensaban hallar a los agresores, o a otros de su raza, en quienes descargar el peso de la venganza que aquel acto reclamaba en sus excitadas conciencias.



## X X X I X

### El triste ocaso de un héroe.

**E**N el transcurso de la conversación habida entre La Salle y los castellanos recién aportados a la isla, supo de labios del capitán de la nave, cuán alta y distinguida consideración merecía Bethencourt al rey D. Enrique por sus relevantes servicios.

Esta noticia debiera haberle colmado de alegría, porque en tan alta privanza cabía esperar toda suerte de buenos sucesos para el alto fin de su común empresa; pero Gadifer, al igual de casi todos los caudillos, miraba más al medro suyo que al bien colectivo, y de este vulgar egoísmo nació en su pecho la envidia, que exteriorizó sin reparo, diciendo al citado capitán que los méritos de su compañero no alcanzaba, ni con mucho, a la altura que el Rey les concedía en su ignorante juicio.

Añadióle después La Salle, que el buen giro y halagüeñas esperanzas que el soberano de Castilla y todos

los expedicionarios comenzaban a sentir en sus deseos de conquistas, tuvieron por fundamento y origen su personal actuación en Lanzarote, y no la de Bethencourt en Castilla.

Estas imprudentes confianzas llevaron los intereses de la colonia a un mal término, porque el capitán castellano dió cuenta de ellas al propio Bethencourt, y de aquí vino un recrudecimiento feroz en las desavenencias que, desde cierto tiempo atrás, separaban a los dos altos jefes.

De aquí surgieron rudas polémicas entre ellos dos, y el fraccionamiento de sus tropas; y hasta tal punto creció la amenaza de esta disensión, que ambos factores de ella, acordaron marchar a Castilla y presentarse al Rey, para que con su inapelable autoridad arbitrarse en el litigio.

Al efecto embarcóse cada cuál en un barco de dos que simultáneamente se aprestaban para zarpar con rumbo a Cádiz, en cuya bahía fondearon con escasa diferencia de tiempo.

Hallábase el monarca castellano por entonces en Sevilla, y allí se trasladaron apresuradamente Bethencourt y Gadifer, ansiosos de obtener su audiencia. Pero en aquel reino el primero gozaba, como tenemos dicho, de alta privanza por el valor que merecía su persona, y por el que le comunicaban los altos prestigios cortesanos de su tío el señor de Bracamonte.

Consecuencia de todo ello fué el que D. Enrique III concediese primero la de Bethencourt que la solicitada por su otro feudatario, y que se mostrara desde los principios tan parcial hacia él, que Gadifer, indignado y abatido, determinó renunciar a todos sus derechos, incluso a los que nadie pensó en discutirle; y con la conciencia de sus razones, y el desaliento de su im-

potencia para imponerla, que es lo más amargo que pueden sufrir los verdaderos hombres, huyó de Castilla y regresó a su patria.

Nada sabemos del término que tuvo tan desafortunado aventurero, porque hasta la Historia con su silencio fué injusta para él, y sólo nos lo presenta, al cabo de algunos años, tomando parte en las guerras de la República de Génova hácia el año 1409.

También se sabe que escribió, o hizo escribir una crónica en que despojaba a Bethencourt de los altos merecimientos que el Rey de Castilla le atribuya y a los que sólo él se consideraba acreedor.

~~~~~

Volvamos ya nuestra atención a Juan de Bethencourt, porque desprendido de toda alianza que no fuera la de su protector y soberano de adopción, y de toda compartición en el mando, a él solo tocan ya los trabajos y los méritos, o las censuras de lo que hemos de ir exponiendo.

Un año antes de la fecha a que corresponden estos sucesos, o sea el 28 de Noviembre de 1403, el rey de Castilla, en uso de sus derechos soberanos sobre las Islas Canarias, expidió una cédula mandando que no se cobrase el quinto de las mercaderías que llegasen a los dominios castellanos procedentes de ellas.

Con esto resultaba perjudicado Juan de Bethencourt que había recibido esos derechos poco tiempo atrás; pero Enrique III, que no ansiaba con estas disposicio-

nes sino el florecimiento de sus futuros dominios, sin menoscabo del bien de su estimado feudatario, lo recompensó largamente otorgándole en otra que fué expedida el 25 de Diciembre del mismo año, hierros en abundancia, cincuenta caices de trigo, quinientas piezas de armas, y otros tantos hombres con algunos caballos y otros ganados.

Con ese contingente de hombres, con los pertrechos del regio presente que acabamos de enumerar, y con otros muy abundantes que recibió de la generosa amistad de varios magnates de la corte castellana, se apresuró a zarpar de la bahía de Cádiz para regresar a la isla de Lanzarote.

Avivaba sus deseos de retorno un pesimista presentimiento, que se fundaba en el hecho de que la persona que había quedado allí investida del mando supremo, era Anfbal, el héroe de Arguineguín, hijo bastardo, como ya hemos dicho, del desposeído Gadifer de la Salle.

De su valor, de su prestigio y de su indignación por el ultraje inferido a su padre, había, en efecto, motivos para temer aciagos males.

Bethencourt llegó al puerto de Rubicón el 7 de Octubre de 1404, con los importantes refuerzos y abundantes pertrechos que hemos dicho, los cuales, por inesperados y por valiosos, llenaron de entusiasmo y de optimismo a toda la colonia.

Sin pérdida de tiempo, Bethencourt desembarcó casi todos los víveres y la mayor parte de los hombres; y con un grupo de los más aguerridos y leales, se dirigió a la isla de Fuerteventura, donde a la sazón se hallaba el hijo de Gadifer; y aunque otra cosa pensaba, hallólo sobre la playa esperándolo en la más respetuosa actitud de franco acogimiento.

Anfbal le preguntó con vivas instancias por la suer-

te de su padre, y a esto Bethencourt le respondió la verdad de cuanto le había ocurrido en Sevilla, y de la desesperada resolución que tomó en consecuencia del triste abandono que allí sufrieron sus razones y sus derechos.

Esto le llenó de amargura; pero reprimió las vehemencias de su dolor cuando supo que uno de los recién llegados traía numerosa correspondencia de su padre. Apresuróse a tomarla en sus manos, y tras su lectura, se dirigió de nuevo a Bethencourt para pedirle que le dejase partir con dirección a Francia en el primer barco que zarpase de Lanzarote para Castilla.

Esta proposición devolvió a su ánimo la tranquilidad que tenía perdida y que tan necesaria le había de ser en los cruentos sucesos que sobre el país se avcinaban.



## X L

### Aciagos principios de la conquista de Fuerteventura.

**T**RANQUILIZADO Bethencourt por la conducta respetuosa y pacífica del valiente bastardo de La Salle, pudo concentrar todas sus energías y todas sus aspiraciones en la definitiva conquista de la isla de Fuerteventura, en donde, a pesar de que habían crecido considerablemente en número y en eficacia defensiva los reductos y fortines construidos por los invasores, todavía eran los indígenas dueños de varios baluartes naturales de difícil expugnación para los atacantes.

La primera medida que tomó fué la de dirigirse al fuerte de «Rico Roque», que era el de mayor valor estratégico de toda la isla, y, por esa razón, se hallaba constituido en base de operaciones y en lugar de residencia para la plana mayor de todas las fuerzas europeas.

Apenas hubo pisado sus umbrales y recibido los honores y plácemes de todos sus defensores, tuvo por

ellos noticias de una desgracia, de reciente acaecimiento, que les vino de parte de los indígenas como luctuosa advertencia de los hechos sangrientos que habían de sucederse.

Este descalabro ocurrió de la manera siguiente: durante las primeras horas de la madrugada, organizóse una patrulla de exploración compuesta por quince hombres, quienes pronto se internaron por los campos colindantes, envueltos aún en la penumbra precursora del orto; y cuando éste se produjo, y con él se derramaron por la tierra las luces de la mañana, hallábanse separados largo trecho del citado castillo.

Confiados en la pacífica apariencia del lugar que cruzaban, se abstuvieron de efectuar ningún género de previa exploración por unos terrenos quebrados y llenos de bosques en que, siguiendo el camino que llevaban, habían de internarse bien pronto: esto fué la causa que les trajo su desgracia.

En efecto, apenas habían dado algunos pasos por sus umbríos caminos, cuando sintieron de improviso el ataque de un grupo numeroso y exaltado de isleños; y fué tan feroz y rudo el primer choque, que en él quedaron por tierra los cuerpos exánimes de seis extranjeros; y si a los nueve restantes no alcanzó igual desgracia, a poco estuvieron de ella.

Bethencourt sintió profundo dolor con esta noticia, y, aunque herido su orgullo, no dió cabida en sus determinaciones al impulso fiero de la ira, sino al de la serena reflexión, que le imponía prudencia y cautela.

Debió de estimar difícil desde entonces su permanencia en el fuerte de «Rico Roque», por cuanto que dispuso enseguida su absoluta evacuación, terminada la cuál, con toda su guarnición y con todos los pertrechos que en él se guardaban, emprendió el camino de otro

llamado «Valtarajal», del que era alcaide el propio Anibal de La Salle.

Los indígenas, aprovechando entonces la indefensión del castillo, le dieron fuego hasta lograr destruirlo, y este hecho, aunque fácil por su propia impunidad, les dió alas para dirigirse al puerto de Guardines, donde poseían los invasores un depósito de víveres y de municiones.

También éste, como el hórreo inmediato y la capilla vecina, fueron invadidos por los guanches, que de allí sacaron una gran provisión de pertrechos guerreros y abundantes cereales.

Estas procaces hazafías, que daban ánimo y elementos de combate a los indígenas, forzaron a Bethencourt a tomar radicales medidas y aprestamientos guerreros, que concluyeron con una campaña, tenaz y cruenta, en la cual perdieron la vida gran parte de los insulares, otros la libertad, y el país la independencia.

Pero no se crea que el término victorioso buscado por Bethencourt lo halló tan al alcance de su mano que no le costara el obtenerlo tenaces esfuerzos; porque el espíritu de los indígenas era tan elevado en sus conceptos de libertad y de honor, que antes de perder la primera y por no renunciar al segundo, llevaron su audaz resistencia hasta límites sobrehumanos.

Heridos, más no humillados por los primeros reveses, los indígenas acuerdan en amplia asamblea consagrarse a la guerra todos, sin exceptuar más que a los niños, a las mujeres, a los enfermos y aquellos cuya edad fuese senecta.

El invasor, por su parte, cuando de esta viril resolución tuvo noticia, hizo venir refuerzos de la isla de Lanzarote, entre los que llegaron no pocos de sus aborígenes, porque ya el famoso Guadarfías ostentaba de

nuevo la dignidad de Guanarteme en ella; y a éste honor, que debía a la buena amistad de Bethencourt, quiso corresponder con su apoyo eficaz en tan críticos momentos.

Pero téngase en cuenta que los guanches que ahora vemos pasar de Lanzarote a Fuerteventura para luchar al lado de los castellanos y a las órdenes del antiguo pirata normando, no son los súbditos de aquel rey autóctono prisionero, al principio, del felón Bertín de Berneval, más tarde de Gadifer de La Salle, y por último de Juan de Bethencourt: las personas sí que son las mismas, pero los guerreros son otros, porque en vez de la piedra arrojadiza y del palo, van provistos ahora de recias rodelas, de elásticos arcos y de afiladas lanzas; y tan hábiles son ya en el uso de estos exóticos elementos de guerra, que igualan, y con frecuencia superan, a sus propios maestros, los guerreros castellanos y normandos.

Al frente de esta falange temible venían Juan le Courtois y Guillermo d'Andrac.

Sin darles tiempo apenas para tomar reposo, Bethencourt les ordena aprestarse para una larga excursión de reconocimiento sobre el litoral de la isla.

Dánle cumplimiento los forasteros saliendo una mañana del fuerte que los aloja; y apenas se hallan de él a una distancia como de dos leguas, vense de improviso cercados por un numeroso grupo de indígenas que los ponen en el trance de luchar desesperadamente para evitar la muerte en el primer momento, y huir después en busca del castillo.

Humillados y maltrechos, entran en él; juran venganza y exterminio; restañan sus heridas y vuelven al campo en busca de sus audaces agresores.

Esta vez consiguen lavar sus mancillas y saciar sus rencores en una señalada victoria, que celebran con exultación ante el dolor de los tristes vencidos, sentenciados sin remedio a la esclavitud perpetua.



## X L I

### El deshonor y el aniquilamiento de los prestigios de Anibal.

**D**ESPUÉS del triunfo obtenido por los europeos sobre los indígenas en la isla de Fuerteventura, cobraron los vencedores el ánimo que, con el descalabro sufrido poco antes en las tortuosidades del bosque, habían empezado a perder; Bethencourt, que nunca vaciló en su resolución y en su fe, porque no era hombre asustadizo ni fácil al desaliento, sintió nuevas y más elevadas ambiciones; porque a eso sí que era asequible su pecho y su fantasía, como lo hemos visto con motivo de la conquista de Lanzarote.

La de esta isla, que ahora dominaba en ciertos lugares, se la facilitaban grandemente las fratricidas discordias que dividían en dos bandos, de rencores irreductibles, a la ya mermada población guanche que la habitaba.

Dos eran los reinos formados por ella en su reducido solar, y dos los guanartemes que acaudillaban a sus implacables guerreros.

Llamábase uno de estos reyezuelos Guize, y su distrito, Maxarota, que era toda la mayor extensión de la isla; la otra, que constituía una reducida península, llamábase Jandía, y era dominada por el guerrero Ayoze.

Claro es que los invasores llevaban en sí otro germen de odios y sediciones, pues Aníbal y sus parciales,—aunque otra cosa acreditasen sus mendaces acciones—eran mortales en sus rencores y celos contra Bethencourt y sus adictos.

Así, pues, la isla era teatro del odio de cuatro taifas de feroces adversarios; pero, de entre ellas, las dos extranjeras daban tregua a sus internas discordias y aunaban sus esfuerzos contra las indígenas, cada una de las cuales, por el contrario, luchaba de continuo contra su otra hermana y contra las dos de fuera.

Mientras por tales luchas la población de los guanches agonizaba en la inanición del hambre, y bajo el acoso de las iras enemigas, el fuerte de «Rico Roque» era reconstruido rápidamente por orden de Bethencourt, y se proseguía, con incansable denuedo, la obra aniquiladora del territorio y de sus heroicos hijos.

A tan depauperadores extremos llegaron los invasores, y a tan legendaria altura estuvo la resistencia de los guanches, que muchos de ellos,—en especial mujeres, niños y ancianos,—se dejaban morir de hambre, porque sus devastados baluartes no les daban con que cubrir esa imperiosa necesidad, y los alimentos que los extranjeros les ofrecían a cambio de rendirse, eran rechazados con altivo desdén por la ignominiosa condición que les servía de precio.

Esto, que tanto sublimizaba a los infelices indígenas, sólo servía para exacerbar el ánimo de Bethencourt; y el resultado de ello fué el que ordenase cierto día un sangriento asalto sobre una aldea en que se ha-

llaba lo más selecto del ejército de Maxorata, entre cuyos campeones estaba un formidable atleta, de tan colossal desarrollo físico, que medía, según las crónicas, nueve pies de estatura, lo que equivale a dos metros y medio próximamente.

El combate que se siguió al inesperado asalto, fué rudo y prolongado, y en él tuvo nueva ocasión de probar su destreza, su fuerza y su fiero valor, el rival de Bethencourt, que mandaba a los asaltantes.

Por fin, la victoria fué de ellos, lo que costó la vida a la mayor parte de los atacados, y al resto la esclavitud y la deportación.

Entre los cadáveres sangrantes, espaciados sobre las callejas de la aldea, destacábase la imponente y recia corpulencia del famoso gigante que acabamos de citar, y al cual, por más medios que pusieron los europeos para reducirlo a la impotencia, no lo alcanzaron con otro sino con el de arrebatarle la vida a saetas.

El botín que de esta victoria sacaron los invasores, fué grande, porque, aparte de los numerosos esclavos de ambos sexos y todas las edades, arrastraron consigo más de mil cabezas de ganado cabrío.

El prestigio guerrero del sedicioso Anibal creció desmesuradamente con esta victoria, en la que a su indomable bravura correspondía, sin duda, la mayor parte; y de un lado, por el efecto moral que esto creaba en la colonia, y de otro, por la actitud del exaltado héroe, —que ya no era tan sumisa y tan cautelosa como al principio,—sintió Bethencourt que la abierta rebelión se avecinaba, y quiso cortarla en ciernes.

Al efecto, con un alarde temerario de autoridad y casi de despotismo, envió a Juan Le Courtois a la fortaleza de Valtarajal, residencia de Anibal y de sus más

valiosos adictos, y lugar donde guardaban el botín de su reciente victoria.

La misión que Le Courtois llevaba al temible bahuarte de los sediciosos, era nada menos que la de exigirles, en nombre de Bethencourt, la entrega inmediata y sin condiciones de todos sus prisioneros de guerra; quiénes eran tenidos, según los usos y costumbres de aquella época, como legítima e intangible propiedad del apesador.

El genio altivo de Anfbal protestó enérgicamente contra tan humillante transgresión de sus derechos, y a punto estuvo de aprestarse a sostenerlos por la fuerza de sus armas; pero la medida se impuso en sus cálculos, haciéndole ver la inferioridad numérica de sus partidarios y las funestas consecuencias que había de acarrearles a todos ellos su viril, pero inútil resistencia; en su evitación, se atuvo al arbitrario capricho de Bethencourt, entregando a Le Courtois todos sus esclavos varones.

Entonces, el jefe normando, para hacer mayor alarde de su incontrastable autoridad y acabar de humillar al belicoso Anfbal, le envió un nuevo emisario con orden de obligarle a entregar todas las mujeres indígenas que él y sus partidarios conservaban en la mayor estima.

El golpe fué rudo para el orgullo del valiente guerrero, pero cuando por desgracia se dá el primer paso por el camino de la ignominia, los otros se precipitan con creciente inercia.

Con esta segunda vejación Anfbal terminó de perder todos sus prestigios en la colonia, y Bethencourt quedó reconocido como único e indiscutible Señor y Jefe de toda ella.

## X L I I

### La marcha de Bethencourt a Normandía

**L**as grandes dotes que adornaban a Bethencourt para la vida intensa de luchas y de aventuras, comenzaban a hacer cristalizar sus ambiciosos sueños en pródigas realidades.

La fortuna habíale otorgado sus preferencias, solícita, como de ordinario acostumbra, con quienes le llevan por arras alteza en los ideales y valor perseverante en su conquista.

En los campos de la diplomacia logró anular a su valioso competidor Gadifer de La Salle: con su acertada y audaz política humilló y deshizo el poder creciente de su temible adversario Aníbal; y, por su tenaz y sabia táctica militar, logró someter al fin a los valientes reyezuelos de las dos taifas que formaban la división política de Fuerteventura.

Estos dos Guanartemes, cuyos nombres y cuyos méritos ya conocemos, no pudieron por menos de

comprender, al cabo de su hidalga resistencia, que su tenaz empeño, aunque de gloria estaba colmado, era estéril en resultado y llevaba a sus dominios y a sus súbditos a un fatal término; porque el hambre asolaba ya la isla, y porque los desesperados combates entre indígenas e invasores, acaban siempre por el triunfo de éstos, que costaba a los vencidos casi siempre la vida o la libertad.

Al contraste de tan aciagos males, ponáales Bethencourt a la vista, con grande astucia, las ventajas y el bienestar que a los de Lanzarote les alcanzó al aceptar las paces y la amistosa convivencia con los guerreros venidos de Europa. Así por ejemplo, veían a Guardaffas repuesto en su trono y colmado de riquezas por ellos mismos desde que depuso su fiera resistencia y aceptó la alianza. Su territorio florecía pródigamente en la paz, y sus súbditos, trocadas las armas por los útiles de labranza, disfrutaban de una plácida y abundante existencia,

De todas las formas de tentación, la que más fácil e imperioso dominio ejerce, es la que nos viene con el ejemplo, y el que dieron los de Lanzarote arrastró definitivamente a los dos reinos de Erbania a ofrecer finalmente sumisa amistad al irreductible caudillo nor-mando.

Ante él se presentaron, como emisarios del territorio de Maxarota, su propio Guanarteme Guize y cuarenta y dos de sus más prestigiosos vasallos.

Este acto se verificó el 18 de Enero de 1405, según tenía señalado Bethencourt; y en él se desplegó mucha magnificencia y aparato, como medio para mejor influir en el ánimo infantil de los sencillos indígenas.

El momento de mayor esplendor y emoción de aquellos días fué el del bautizo de los infieles que fué

administrado por los Capellanes Bontier y Leverrier, y apadrinado por el propio Bethencourt y por sus principales compañeros. El nombre que aquel puso a su regio ahijado fué el de Luis, en memoria del Santo monarca francés.



Aún no se habían borrado del aire las vibraciones jubilosas de tan fausto acaecimiento, cuando un nuevo motivo vino a renovarlas en todos los pechos con delirante intensidad.

Era el 25 del mismo mes; sólo habían transcurrido, por consiguiente, siete días desde la presentación y el pacto de Guize, cuando apareció, a corta distancia del castillo residencia de Bethencourt, el rey de Jandía Oyóze, que con cuarenta y seis de sus escogidos guerreros pedía parlamento en nombre de todo su pueblo.

Igual acogimiento e idénticos festejos celebraron esta nueva sumisión que cerraba el periodo trágico de la conquista, y servía de clave a la obra de colonización que Bethencourt ansiaba.

El nombre que recibió en su bautismo fué el de Alfonso.

El ejemplo de los dos soberanos y de sus principales magnates cundió entre sus súbditos; porque ese es el influjo que sobre los humildes y los vulgares espíritus ejercen las acciones de los privilegiados, y porque, aun sin eso, no les hubiera quedado mejor recurso.

Tantos fueron los conversos en pocos días, que los dos capellanes apenas pudieron darse tregua durante ellos en la administración del Sacramento de la redención Cristiana.

Entonces los extranjeros, por gratitud al Cielo, elevaron una capilla en Valtarajal, que fué la primera de toda la isla; tan modesta y tosca era su hechura, que de lo que más tenían sus apariencias era de austera ermita.

Bethencourt, después de todo esto, determinó marchar para sus Estados y señoríos de Normandía, llevando como objetivo principal el de proveerse allí de aperos y de pacíficos colonos a quienes encomendar la explotación de sus recién conquistados territorios, repartiéndoles en lotes sus tierras labradías.

Antes de partir nombró Gobernador general de las dos islas conquistadas a su fiel lugarteniente Juan de Le Courtois, invistiéndole de amplísimos poderes.

A sus capellanes Bontier y Leverrier recomendóles con el mayor encarecimiento celo y constancia en su divino ministerio, y aún en algunos otros que estaban fuera de lo espiritual y muy dentro de lo político y terrenal.

Respecto a los sediciosos tomó como medida de prevención saludable la de elegir a los que más se habían señalado, a quienes obligó a embarcar en el propio buque en que él había de partir. Sin embargo, dejó en Valtarajal a Anibal, de quien ya no temía nuevas rivalidades, y en cambio tenía motivos para esperar de su reconocido valor y pericia una importante colaboración militar.

Embarcó también a varios indígenas de ambos sexos para que en Normandía recibiesen la civilización europea y pudieran servirle después de valiosos colaboradores en su misión colonizadora.

Terminados minuciosamente todos los preparativos del viaje, dióle comienzo con viento próspero, el día 31 de Enero de 1405.

## XLIII

### Regreso de Bethencourt a Lan- zarote.

**D**ESDE que Bontier y Leverrier, en cumplimiento de sus sacros deberes, vertieron sobre las nobles cabezas de Guize y de Oyoze las simbólicas aguas de la pureza cristiana, éstos trocaron su bélica condición en la más pacífica y leal actitud de alianza para con sus huéspedes; y en la misma forma que el Guanarteme de Lanzarote, emplearon todas sus actividades en el cultivo de sus tierras y en el pastoreo de sus rebaños.

La paz encarnó en óptimos frutos: el solar de la antigua Erbania sintió la dulce e inquieta actividad de una espléndida palingenesia, y con la abundancia vino la armonía y la cordialidad de relaciones entre los foráneos y los indígenas, y se extinguió por completo el rescoldo de las discordias intestinas que separaban a estos en las dos taifas fratricidas citadas en el capítulo precedente.

Como no vemos por ahora en esta feliz arcadia insular acontecimiento ni presagio de sucesos que merezcan fijar la atención amable de mis lectores, los invito a acompañar conmigo a Bethencourt en su viaje a la bella Normandía; que siempre el cambio de ambiente y de perspectivas recrea e instruye; y más, que yo me creo en el deber de hacerlo, porque ya que seguí sus pasos y expié sus acciones con ánimo de crítica, no debo inhibirme, ahora que otros van a rendirle los ruidosos honores de su exaltada admiración y ciego acatamiento.

El día de su partida de la isla, que entonces llamaban Erbania, —ya lo hemos dicho,—fué el 31 de Enero de 1405.

La tripulación y el pasaje también los tenemos descritos en su lugar; y el cargamento, que era abundante, consistía en ricos y variados productos del país.

Veintiuna singladuras se pasaron en la travesía; y a toda el ansia que tanta demora ponía en los pechos de los que habían de proseguir la empresa conquistadora, vino a colmar el júbilo que recibieron al cabo de ellas y en el momento de lanzar sus anclas, en el puerto de Harfleur.

Si grande fué la alegría de los arribados, no quedó atrás la curiosidad y la solicitud que los del país sintieron por cuanto a sus dilatadas hazafías concernía.

Las noticias que respecto de ellas corrían por el país, tuvieron su origen en los labios de Madame Faye, —esposa de Bethencourt, que había regresado con ellas de la corte provisional de Sevilla,—y de los de Bertín de Berneval, que las trajo directamente de las Canarias después de su vil traición.

Claro es que de una parte la conveniencia particular de los narradores, y de otra, la fantasía del pueblo,

las habían transformado de tal suerte que apenas conservaban relación con los hechos, ni caracteres de verosimilitud.

Además, ellas solo concernían a la conquista de Lanzarote, pero no podían alcanzar cronológicamente a la de Fuerteventura, ni mucho menos a los nuevos proyectos de próxima ejecución.

Después de dos días a partir del de su arribada—, los cuales él pensó dedicar al descanso, pero que embargó en recibir y en agradecer plácemes, y en satisfacer la curiosidad de sus numerosos visitantes,—se trasladó a su palacio de Grainville.

Una de las primeras y más cordiales visitas que en él recibió fué la de su tío y protector Roberto de Bracamonte.

La esposa de Bethencourt se hallaba ausente del castillo cuando éste llegó, pero, enseguida que tuvo su noticia, acudió solícita y amorosa acompañada de su cuñado Reynaldo.

El citado castillo de Grainville y todos sus territorios aledaños bulleron sin tregua durante ocho días en alegres festejos conmemorativos; y aún se dilataran más tiempo si Bethencourt no les hubiera puesto término para atender a cosa de más prácticos fines, cual fué la de organizar su regreso con refuerzos de hombres y pródigos pertrechos, para la mejor colonización y explotación de las dos islas dominadas, y para la conquista de las que aún se hallaban insumisas a su autoridad.

Para mayor estímulo, ofreció pródigas recompensas a los que quisieran secundarle embarcándose rumbo a las Canarias, con ese fin.

No necesitó más el espíritu aventurero del pueblo normando para hacer suyo el pensamiento de su ilus-

tre hijo, y para apresurarse a seguirle en su empresa; y tanto fué así, que en pocos días tenía reclutados ciento sesenta hombres de armas, y muchos más de pacíficas profesiones; bastantes de ellos acompañados por sus esposas; otros solteros, y algunas mujeres libres.

Entre los aventureros de renombre en aquella época, se le asociaron algunos que habían de cumplir en las conquistas de los territorios insulares importantes misiones: adelantaremos a sus hechos los nombres de su pariente Ricardo de Grainville y de su sobrino Maciot de Bethencourt.

Como quiera que la nave a cuyo bordo había efectuado el viaje desde Lanzarote, era incapaz para tantas gentes y pertrechos, hubo de comprar otra a su íso Roberto; y en ambas pudo ya darles amplia cabida.

Para el día 6 de Mayo los convocó a todos en el puerto ya citado de Harfleur, y el 9, después de obsequiarles con un espléndido banquete, zarparon sus dos naves al provecho de un viento propicio y constante.

---

Con él arribó feliz y rápidamente a la isla de Lanzarote, luciendo en las airosas arboladuras vistosas empavesadas que llamaron poderosamente la atención de los indígenas.

Pero lo que más los cautivó fué un nutrido concen- to de variadas armonías que desde las crujías de ambos buques llenaban los espacios.

Esta emoción estética, jamás por ellos sentida, y el aparato y vistosidad de los uniformes, armamentos, pendones, insignias, etc. etc. de tal manera sugestionaron a sus pueriles sentidos, que se arrojaron de bruces sobre el suelo para mejor dar el testimonio de su admiración y acatamiento.

El rey Guadarffas y todos los de su séquito confesaron ingenuos que si tal manifestación de esplendor y de poder hubieran vislumbrado en la primera visita que de los invasores recibieron, no hubieran tenido el loco empeño de oponer resistencia a sus propósitos.

Juan le Courtois y Anibal de la Salle acudieron desde Fuerteventura a rendirle sus honores y a darle cuenta de la buena marcha que en dicha isla seguían sus proyectos.

Los dos Reyes de ella, Luis y Alfonso, sintieron honda pena porque le Courtois les implidió abandonarla para testimoniar su adhesión a Bethencourt en Lanzarote; pero en cambio recibieron la esperanza de una inmediata visita del glorioso caudillo a sus propios ex-reinos.



## XLIV

### Organización y partida para la conquista de Gran Canaria.—La adversidad de los tiempos.

**A**L cabo de algunos días, que Bethencourt pasó en visitar la isla de Lanzarote, determinó trasladarse a la de Fuerteventura, requerido por su propio deseo y por el que vivamente demostraban tener sus dos antiguos reyes y todo el pueblo.

Cruzado el estrecho canal que entre ellas existe, dieron en una playa tranquila, que desde luego aceptaron como lugar de escala; y apenas lanzadas al fondo sus pesadas anclas, y considerando los barcos a buen seguro, la mayor parte de sus tripulantes buscaron plaza a bordo de las chalupas, y con ellas abordaron su tendida orilla.

Una vez en tierra, formóse el cortejo con igual vistosidad y atuendo que lo había sido en la otra isla; y no fué más pequeño ni menos favorable a los invasores el efecto que en sus sencillos habitantes alcanzó a producir. Los dos reyezuelos autóctonos y su más

florido cortejo, rindieron expresivas muestras de humilde acatamiento al poderío esplendoroso que atónitos contemplaban desfilar en compactos y bien ordenados pelotones de guerreros, con armas de extrañas formas y rutilantes bruñiduras.

Bethencourt celebró su feliz llegada dirigiendo gratas oraciones al cielo, y premió a los reyes y a los magnates insulares con un espléndido banquete, en el que dió francas pruebas de su noble condición y de sus rectos deseos.

Excitado por las nubes de gloria que tan dulcemente se filtraban en su alma, surgió vigorosamente en ella el designio, tantas veces soñado, de llevar su dominación a más extensos territorios.

Hallábase el festín culminante de alegría,—en la que tomaron mucha parte los más selectos vinos de Andalucía y de Borgoña, pródigamente escanciados por el mismo Bethencourt,—cuando este se incorporó en su preferente lugar, dando señales de que había de hablar a todos los allí congregados de cosas que merecieran los honores y el entusiasmo de aquel momento.

Surgió el silencio más absoluto dentro de todo el castillo,—esto ocurría en el de Rico-Roque—, y a poco de este tránsito, propagábase por todo él la voz, vibrante por la emoción, del aclamado caudillo normando.

Hablaba con ardor creciente de sus grandes proyectos, de sus insaciables deseos de conquista; y era tal la convicción que en sus palabras ponía, que a las pocas que profririó, todo el auditorio acariciaba como suyas las grandes ilusiones que veía dibujarse vigorosamente en la oración de Bethencourt; y cuando éste le dió término, un grito unánime y delirante rebosó los

recintos del castillo y llenó las ecoicas soledades circundantes.

Quedó convenido el plan a seguir, y señalada la posesión de la isla de Gran Canaria como primer tesoro de sus grandes ambiciones. Después estalló la más fraternal orgía, que duró hasta el rayar del alba.

A continuación de este acto, Bethencourt tuvo que realizar verdaderos esfuerzos para contener los impulsos de sus jóvenes y briosos compañeros, que no deseaban otra cosa sino poner en ejecución sus bélicos designios; mientras que él los tenía aplazados para algunos días más tardes porque necesitaba de ese tiempo para concretar el plan, para organizar la expedición, y además, porque antes de salir de la isla, quería recorrerla en toda su extensión y visitarla minuciosamente.

Donde con más espacio e interés fijó su atención, fué en Valtarajal, lugar que tenía por excelente base de movimientos mercantiles, por su favorable situación geográfica.

A la modesta capilla recién erigida allí, hizo donación de varios ornamentos: dos campanas y una imagen de la virgen, a quien llamaron allí Nuestra Señora de Bethencourt. Después le asignó como Párroco a su propio Capellán, Juan Leverrier.

En este tiempo llegó a la isla un nuevo y hermoso navío cargado de abundantes pertrechos y tripulado por numerosos marineros y hombres de armas. Era esto un espléndido recuerdo que le enviaba desde Sevilla el Rey don Enrique III para facilitarle su vasta empresa.

Este importante refuerzo lo alentó a no demorar por más tiempo su salida, que efectuó el 6 de Octubre

de 1405 con las tres naos y con lo más escogido de sus oficiales y de sus numerosos guerreros.



El término que quisieron dar a su viaje fué, como ya sabemos, algunas de las bahías orientales de la ubérrima isla de Gran Canaria; pero vientos adversos mudaron sus designios arrastrando a los tres buques hacia el sur, en cuya dirección corrieron hasta hallarse a la altura del Cabo de Bojador.

Ya que el destino allí los puso, no quisieron perder la ocasión de emplear sus armas y de satisfacer sus instintos en aquellas paupérrimas tierras; y al efecto desembarcaron sobre sus playas dormidas y exploraron sus desolados contornos.

El resultado de esta correría fué que hallaron algún aduar, o más bien, alguna numerosa caravana de las que entonces, como ahora, cruzaban las inmensas extensiones saháticas, y que tras breve y desigual combate, lograron los europeos apresar a los pocos bereberes que no habían perdido sus vidas en la pelea, y apoderarse de cuanto llevaban, sobre todo de sus camellos que eran más de tres mil.

Los prisioneros fueron trasladados a bordo, así como algunos de los citados camellos, y los restantes fueron puestos en libertad por el desierto.

Este éxito, que nada tenía de hazafioso, dió nuevos ánimos a los expedicionarios; y sin más dilación zarparon de allí y pusieron las proas de sus naves a la is-

la de Gran Canaria; pero la pertinaz adversidad de los vientos, o la ineptitud de los pilotos, hizo que la escuadrilla se disgregara, dando con una de las naos en Fuerteventura, con la otra en la Palma y con la de Bethencourt, más marinera o mejor gobernada, en la bahía de Arguineguín, al sur de la citada isla de Gran Canaria.



## X L V

### La famosa batalla de Arguineguín.

**L**a arribada del buque de Bethencourt a la bahía de Arguineguín despertó en los insulares hondos temores, pues la aciaga experiencia los prevenía a todo género de males cada vez que por los horizontes se dibujaban los perfiles de alguna nave.

Pero no se infiera que por sus profundas laceraciones se les hubiera escapado su altiva bravura hasta el punto de rendirse sin defensa a la vesania de los proceres invasores; por el contrario, cada vez que el caso se presentó, lucharon heroicamente en defensa de sus libertades y de sus honras.

En el momento a que nos hemos trasladado, la isla de Gran Canaria se hallaba dividida en varios pequeños estados; y aquel a cuya costa acababa de arribar la nao que conducía Bethencourt, tenía por soberano a Artemy Semidan, hombre que gozaba gloriosa reputación de valiente y de noble.

El jefe normando consideró acertadamente que la situación militar en que él y los tripulantes de su buque se encontraban, era marcadamente inferior a la del caudillo canario, por la desgraciada dispersión en que había quedado su flota.

Con esta prudente advertencia, optó por emplear con su adversario la táctica diplomática, en que tanta sagacidad mostró tener otras veces.

Fácil le fué triunfar en este campo, en el cual obtuvo además de la paz y buena amistad de los insulares, numerosas transacciones mercantiles, que le produjeron copiosas ganancias.

A tan beneficiosas ocupaciones se hallaban entregados, cuando hizo su aparición en aquel mismo lugar la nave forzada por el pasado temporal a buscar un refugio en la isla de Fuerteventura.

Ejercía su alto mando el propio lugarteniente general de la colonia, Juan Lecourtois, y formaban su plana mayor guerreros de tan altos prestigios como Aníbal de Lasalle, Auberbon, D'Audrac y otros.

No me permito discutir sus méritos militares, que tan celebrados fueron en aquella época, pero sí que me enseñan por este caso, tan repetido en la historia, que contra los funestos influjos de las ambiciones desmedidas, nada pueden todas las preseas de las almas y de los cerebros más encumbrados.

Avidos de gloria y henchidos de orgullo, creyeron que el conquistar la hermosa isla que los albergaba era obra de fácil alcance para sus fuerzas.

Bethencourt, hombre cauto de condición y educado por la adversidad, pretendió llevar a sus vehementes subordinados por caminos de mesura y de prudencia, haciéndoles saber que los recursos militares de ella eran muy considerables, puesto que, según tenía ave-

riguado por seguras confiancias, el número de sus hombres aptos para el combate ascendía a diez mil.

Esta y otras muchas observaciones que les hizo, no alcanzaron con todo su peso a desviar a los insensatos jóvenes de sus letales anhelos, y con tal tesón y ardimiento abogaron por ellos, que al fin Bethencourt les concedió su permiso para ponerlos en obra sin esperar a que se les incorporara la tercera nave con todo su contingente de hombres y de pertrechos.

Este fué el error más grave y transcendental que llegó a cometer Bethencourt en su larga y azarosa existencia.



Ebrios de entusiasmo, se aprestaron cuarenta y cinco hombres para seguir el loco empeño de Le Courtois y de Anibal, y se trasladaron a tierra a bordo de dos chalupas.

A ella saltaron con tal presteza, y fué tan furioso su ataque contra los primeros isleños que hallaron, que estos emprendieron la fuga como desconcertados, en todas direcciones con horrísona algazara, que los atacantes tomaron como expansión de terror.

Enardecidos por su victoriosa invasión, emprendieron sin descanso la tarea de perseguirlos para coronar su triunfo con el apresamiento de unos y con el exterminio de otros.

Como quiera que los isleños corrían en todas direcciones, igual tuvieron que hacer los incautos euro-

peos, sin comprender el mal que con tal disgregación se les venía encima.

El valeroso y astuto Artemy, que había preparado esta ariagaza, esperó el momento en que se hallaran bien distanciados los europeos unos de otros y lejos también de sus chalupas, y entonces, con toda la gente que huía fingiendo desconcierto, y con la mucha que acudió de todas partes a los gritos de ella,—que eran de llamada a las armas y no de terror,—cayó sobre los perseguidores fieramente.

Muchos de estos murieron o fueron hechos prisioneros por los guanches en el primer momento, y los que no lo fueron entonces emprendieron velozmente la retirada en busca de sus chalupas, con la esperanza de ganar las bordas de sus naos; pero el solerte guanar teme había previsto este movimiento, y en su evitación tenía sobre la playa un nutrido grupo de guerreros insulares.

Los europeos, que vieron así defraudadas sus últimas esperanzas, sintieron en sus pechos y en sus venas el fuego del heroísmo, y a pocos pasos de sus chalupas emprendieron tan feroz combate contra los numerosos indígenas que les cerraban el paso, que grabado quedó su admirativo recuerdo en la memoria del país por varias centurias.

Allí descollaron como colosos de fiera insuperable, de una parte el propio rey Artemy, y de la otra los famosísimos aventureros Anfbal de Lasalle, Juan le Courtois, Guillermo D'Alemaine, Juan Chevalier, Guillermo de Auberbon y otros varios.

Todos estos, incluso Artemy, perecieron en el combate junto con veinte y dos de los europeos y un número crecidísimo de los guanches. Los veinte y cinco extranjeros restantes, fueron hechos prisioneros, y las

chalupas y todos los armamentos de los invasores, quedaron en poder de los indígenas.

Tal fué el desarrollo y el desenlace de la famosa batalla de Arguineguán.



## XLVI

### Bethencourt en la Palma y en el Hierro: El Rey Arniche y su her- mano Augeron.

LA espantosa derrota de Arguineguín llenó de cons-  
ternación a Bethencourt, que desde el castillo de  
su nave contemplaba la tragedia.

No era solamente por la pérdida inmensa que con  
la muerte de Aníbal, de Le Courtois y de sus valiosos  
compañeros sufrieron sus fuerzas: casi siempre las  
pérdidas materiales y más sensibles que ocasionan las  
adversidades guerreras no son las más importantes,  
aunque así se las tomen, sino que hay otras más gran-  
des por lo que de ellas trasciende; y son la depresión  
moral de quien las sufre, el desaliento, la falta de fe en  
las propias fuerzas, y el descrédito de los Jefes; y por  
todos estos males y pérdidas, que en la clara intelligen-  
cia y previsores instintos de Bethencourt alcanzaban  
sus verdaderas magnitudes, éste maldijo de la fatal  
condescendencia suya, que en tal extremos los puso y

de las vesánicas codicias de sus malhadados compañeros.

Ya era irreparable la pérdida; ni los valientes guerreros muertos en la batalla tenían sustitutos de tan encumbrados méritos en la colonia, ni la postración y el pesimismo de sus gentes era fácil de levantar hasta el grado de exaltación heroica que antes los impulsaba.

Por esto consideró ya quimérico el deseo de conquistar la isla de Gran Canaria; y con todo el pesar y la amargura que siguen siempre a los sueños dorados que se desvanecen, no tuvo más recurso ni mejor acierto que zarpar de aquellos lugares y dirigir el rumbo de sus naves en demanda de más humildes empeños.

Tras fácil navegación dió con la costa de la Palma, en donde encontró a su tercera nave.

Libres sus tripulantes de sospechar el tártago fatal de sus otros compañeros, dedicábanse sin tregua al pillaje y a la depredación del país, prefiriendo a todo otro trofeo el apresamiento y la raptación de sus desgraciados habitantes.

Los recién llegados siguieron este procaz ejemplo; pero curados ya con la sangrienta lección de Arguineguín de su antigua y temeraria vanidad, no osaron en esta isla llevar sus incursiones sino a una estrecha zona del litoral.

Siendo tan reducida aquí la esfera de sus operaciones, pronto agotaron sus riquezas, hasta el extremo de hacérseles difícil mantenerse por más tiempo en ella. La idea de internarse por los frondosos bosques y abruptas montañas del interior tentaba a sus codicias, pues sabían que estos parajes eran ricos en frutos y en ganados; pero como tampoco ignoraban el número y la bravura de sus habitantes, optaron por abandonarla

y pasar a otra próxima, igualmente rica y menos poblada, que se llama isla de Hierro.

A ella se dirigió Bethencourt con dos de sus naves solamente. A la tercera le dió orden de regresar a Lanzarote con todo el botín logrado en Cabo Bojador y con los prisioneros de ese lugar, y algunos que habían hecho en la Palma.

~~~~~

La isla de Hierro se les ofreció pródiga y desierta; lo uno, porque sus espesos bosques, embalsamados de pinos y de laureles, encerraban una variedad y una riqueza extraordinaria de productos espontáneos valiosísimos; y lo otro, porque su población indígena, sujeta largo tiempo a los ataques de los piratas europeos, se hallaba tan depauperada, que tocaba a los límites del aniquilamiento.

Los pocos guanches que aun la habitaban sintieron una honda depresión moral a la vista de los dos navíos surtos en sus aguas; y el dolor, el espanto y la triste apreciación de su impotencia no abrió más camino a sus esperanzas de salvación que el de ocultarse en los más escarpados y agrestes picachos de sus montañas.

Los invasores se vieron, de esta forma, en la absoluta posesión de las abundantes riquezas del país sin tener que disputarlas a sus legítimos dueños; pero ni aún con esto se dieron por satisfechos, sino que para llevar más lejos sus incolmables gomas, llegaron a la

ejecución de un acto de tamaña avilantez, que sólo en el de Bertín de Bernaval con el noble Guadarffas puede encontrar precedente y justa comparación.

Tres meses habían transcurrido desde la llegada de los extranjeros a aquella isla; en todo ese tiempo no habían logrado hallar a sus habitantes, porque ni estos se acercaban al litoral, ni aquellos se alejaban de él; entonces Bethencourt ideó y puso por obra el plan cobarde que vamos a exponer.



Poseía Bethencourt entre sus esclavos uno, oriundo de la isla de Hierro, al que llamaban en su lengua Augeron; era uno de los muchos regalos que recibió de Enrique III en Sevilla; y de alto valor por cierto, puesto que era de regia prosapia, y hermano nada menos que del propio Guanarteme de la citada isla.

Cierto día llamó Bethencourt a su presencia para colmarlo de inesperadas mercedes y distinciones, que le rindieron el ánimo a una profunda gratitud.

En esta disposición, el jefe normando le habló de una estrecha y beneficiosa alianza con su hermano, quien sacaría con eso imponderables beneficios para sí y para su noble pueblo.

Augeron, con tan gratas promesas, sintió correr por su rostro lágrimas ardientes de felicidad y de gratitud; y no quiso esperar más para solicitar de su amo libertad con que correr por las más abruptas y selváticas montañas hasta dar con su hermano para comunicarle la feliz noticia.

Dió al cabo de mucho andar con él, y contóle las bienandanzas que de los extranjeros podían esperar si, dejando, como debían, sus hurafías soledades, corrían a la playa donde ellos ansiaban recibirlos para entablar fraternales alianzas de mutuas ventajas.

Arniche -que así se llamaba el citado Guanarteme,— se entregó noblemente a la grata esperanza que se fundaba en la palabra de otro hombre, como Bethencourt, colmado de blasones de hidalguía; y sin pararse a meditar más tiempo, se hizo acompañar de ciento once de sus más preeminentes súbditos, y tomó el camino que su incáuto hermano le señalara hacia la playa que ocupaban los extranjeros.



## XLVII

### La prisión del Rey Arniche y la conquista de la isla del Hierro.

**N**o son nuestros ánimos en esta, ni en ninguna ocasión, disculpar las indignas acciones de los hombres, por grandes que otras veces fueran sus méritos, porque ellas solo deben merecer la execración de todos, y el juicio severo de la Historia, para aviso y lección de los tiempos futuros. El que de otra forma obre al analizar los hechos cumplidos por las generaciones pasadas, prosituye, a nuestro juicio, la noble misión de ella, que es de fecunda experiencia y sana enseñanza.

Lo que ocurre es que en toda acción, sea buena o sea mala, existen dos valores: el absoluto y el relativo o circunstancial. El primero, que pudiéramos llamar de ética objetiva, debe hallarse libre de cualquiera otro valor positivo o negativo que no sea, o nazca, del mismo hecho, o de la misma omisión; pero el segundo, o sea el valor relativo de los hechos humanos, depende

no solo del anterior y absoluto, sino también—y a veces mucho más,—de una serie de elementos influyentes en la determinación de la voluntad, a los cuales en lenguaje jurídico se les llama circunstancias atenuantes o agravantes según el sentido de su acción.

Esta segunda forma de enjuiciamiento,—que pudiéramos quizás llamar de ética relativista,—no tiene, para nuestro sentir, aplicación a los actos que poseen su valor ingénito; pero en cambio es la única forma justa de sancionar sobre las personas, porque las voluntades humanas se hallan sujetas a muchas y poderosas influencias que les vienen de fuera.

Sirva esta digresión para explicar a mis amables lectores que cuando,—como en el caso que ahora vamos a relatar, y en los que han de venir,—a pesar de ser ellos innobles, yo los rodee de explicaciones, o trate de hallarlas, no es porque defienda la maldad intrínseca, que siempre es abominable, sino porque creo que la imaginación y la conciencia del historiador tienen más alta y compleja misión que la de posarse en la superficie de los hechos; porque la Historia no solo debe ser fiel testigo, sino recto Juez de los tiempos que fueron, y sabia maestra de los tiempos presentes, y aún de los futuros.



Volviendo al hecho cuyo desenlace no pudimos alcanzar al término del capítulo anterior, diremos que el incauto Guanarteme herreño salió de sus recónditas

cavernas y tomó con su buen hermano Augeron y con ciento once de sus leales, el camino del puerto que entonces llamaban de Tacoroné y hoy de Naos, en memoria sin duda de las dos que allí abordaron tres meses antes, con tan grave trascendencia para el país como veremos ahora.

Allí se encontraba Bethencourt, con todo lo más florido de su acompañamiento, en actitud y gesto de pacíficos designios, por lo que aumentó la confianza de Arniche y de sus numerosos acompañantes que abandonadamente se llegaron hasta ellos, trabándose desde el principio amistosos discursos de uno a otro bando.

Ya daban los indígenas por cosa segura la grata esperanza ofrecida por sus falaces huéspedes a cambio de una justa inteligencia, cuando éstos, súbitamente requirieron sus armas, y con ellas los atacaron tan despiadadamente, que el lugar quedó lleno de sangre, y aún de cadáveres de isleños a los pocos momentos; y cuando los supervivientes, abatidos por su propia indefensión, pidieron clemencia, recibieron la esclavitud a cambio de la vida.

Bethencourt reservó para sí a treinta y uno, entre los que figuraban el propio Arniche y su hermano Augeron, y repartió a los otros entre todos sus acompañantes.

Adueñados por tan infucua manera de los principales hombres de armas y de gobierno con que la isla contaba para su defensa, ella entera cayó en manos del ávido pirata. Sus antiguos y legítimos dueños fueron deportados a Lanzarote, en donde quedaron algunos empleados en serviles menesteres, y de donde salieron los más de ellos para los mercados de esclavos que en Europa abundaban por entonces.

En la isla quedaron ciento veinte familias de los colonos últimamente venidos con Bethencourt desde la Normandía, las cuales habían recibido de él el reparto de las tierras forestales y de los campos labrantífos para su colonización y cultivo.

Los otros que con Bethencourt se volvieron a Lanzarote, lograron en recompensa de sus trabajos y en premio de su adhesión, el reparto del valioso botín de hombres y de cosas que arrancaron de la isla.



Así se consumó la conquista de la antigua isla de Heros, con tan truhanesca aflagaza, que bastó a tachar del nombre de Bethencourt el título de Grande, con que hasta ese momento lo honrara la Historia por sus altas virtudes y brillante genio.

La antigua y pasional gentilidad de las sublimes artes helénicas y románicas dejaron en nuestras almas sedimentos atávicos que nos arrastran a hacer de un hombre un ídolo, y como, si bien lo miramos, el está formado, no con su ingénita materia, sino con nuestros propios y más íntimos afectos, resulta que cuando viene al suelo rudamente, y al choque se desmorona y nos muestra su frágil y mendaz hechuras, el golpe repercute en nuestras almas, y con ello reciben dolor y desencanto: si de confesarlo se trata, es nuestro orgullo el que siente la herida; esto es lo que ha ocurrido a varios de los historiógrafos de Juan de Bethencourt, quienes pretenden cargar toda la responsabilidad y el

descrédito que de esta felonía nace, sobre los compañeros del héroe, y dejarlo a él en los altares de sus conciencias, inmaculado y radiante, como un dios del Olimpo.

Aducen ellos que Bethencourt se vió forzado a obrar así por que tenía que dar ocupación y lugar a los muchos colonos que había traído de su país, y botín abundante a los voraces guerreros defraudados en Arguineguín.

Yo creo sinceramente que ambas cosas serían las que movieran a dicho caudillo a cometer su indigna acción; lo que no admito es que ninguna de las dos pueda valerle de disculpa en recta conciencia.



## XLVIII

### La leyenda de un árbol prodigioso.

**A** la época remota en que peregrinan nuestras imaginaciones, atentas a las sucesiones de los hechos de la Historia Canaria, corresponde un recuerdo, que aunque no sea de grandes valores históricos, es sin duda de mucho interés científico y de gran sugestión poética.

Nos referimos a la existencia, real o fabulosa,— que esa duda la dejamos para más adelante,— de un árbol prodigioso y único en la flora universal, nacido en la Isla del Hierro; por eso lo llamaron con tal nombre los exploradores europeos de aquel país en esa época, mientras los indígenas lo conocían por el adjetivo sustantivado de «Garóé», alusión expresiva en su lenguaje al providencial beneficio que de él recibían.

Bien se nos alcanza que su descripción y estudio no atañen de manera directa a la historia que venimos

recorriendo, porque eso es objeto de las ciencias de la naturaleza física; sin embargo, el vino a ser protagonista de un hecho que a punto estuvo de ser transcendental en la historia de la conquista canaria, y por eso creo que merece los honores de la misma historia en que tomó parte activa, aunque solo fuera inconscientemente, como corresponde a los seres de su orden.

La realidad de su pasada existencia es desmentida osadamente por numerosos naturalistas e historiadores; pero también es defendida con ardor por otros muchos hombres de iguales especialidades y de tan altos prestigios; pero ni los unos ni los otros cimentan sus asertos con solidez de argumentos que valgan para convencer a sus adversarios, ni para sacar de indiferencias o de dudas a los eclécticos. Yo por mi parte nada aventuro en la pendencia, y solo me atrevo a decir que, tocado de tan opuestos y enconados conceptos, ni niego su existencia, ni creo en su prodigiosidad, sino en una virtud natural, y de proporciones infinitamente menores de las que sus apologistas le atribuyen fantásticamente.

Entre los muchos cronistas que nos legaron el recuerdo de sus prodigios, ninguno es tan minucioso y categórico como el P. Abreu Galindo; pero como su transcripción rebasaría los límites forzosamente estrechos de nuestro capítulo, opto,—aunque con ello robe valor histórico, y acaso interés literario al relato,—por hacer de mi cosecha uno, en el que pretendo dar a mis lectores los más salientes detalles que aprendí de dicho autor, y de otros varios.



Era un árbol, único en la tierra, que tenía la propiedad insólita de manar agua por sus ramas, por sus hojas y aun por las rugosidades de su tronco, en tal abundancia, que al decir de Luis Jaksons, vertía en una sola noche más de 20.000 toneles de agua: y era ella tan pura como no se podía hallar otra en el mundo. Por muy copioso y nutritivo que hubiere sido el yantar de un hombre, bastábale con beber de tan prodigiosa agua para efectuar rápida y cómodamente la digestión, y sentir de allí a poco los estímulos de un nuevo apetito.

Esa agua, como es natural, no era cosa de dejarla correr por las breñas circundantes hasta vaciarse en el mar, y por eso los hábiles indígenas construyeron a su lado dos albercas de veinte pies cuadrados y seis palmos de hondura.

El lugar en que tal prodigio tuvo su asiento, es uno que se llamaba Tiguahe, cañada angosta y quebrada que ascendía desde el borde del mar hasta una especie de frontón rocoso, en cuyo seno se alzaba aquella copiosa fuente vegetal.

Una robusta y añosa zarza abrazada a su tronco, escalaba hasta la copa y aun entrelazaba con sus hirsutos brazos a varias ramas del árbol prodigioso. Sus hojas eran de un eterno verdor; parecidas a las del laurel, aunque mucho mayores, anchas y encorvadas; su fruto, como la bellota; su desarrollo, colosal.

A su alrededor se erguían algunos brezos, zarzas y hayas, cuyas estaturas parecían desmedradas por la vecindad del coloso.

¿Que como se proveía de tan inagotable caudal?— Según unos, extrayéndolo de las entrañas de la tierra, pues hasta ellas debían de llegar sus absorbentes raíces. Según otros, por un fenómeno, quizás de menos

grandiosidad que el de alcanzar las entrañas de la tierra para surtir de agua a una isla, pero desde luego más poético y hasta más verosímil,—salvando siempre la fantasía de las proporciones y de la uniformidad atribuidas al fenómeno.

«La manera, dice Abreu,—que tiene de destilar el agua de este árbol Santo o «Garoé» es, que todos los días por la mañana se levanta una nube o niebla de la mar cerca de este valle, la cual va subiendo con el viento sur o levante por la marina la cañada arriba hasta dar con el frontón; y como halla allí a ese árbol espeso y de muchas hojas, asiéntase en él la nube o niebla, y recógela en sí y vase deshaciendo y destilando el agua que recogió. Y cuando el año es de muchos levantes, hay aquel año mayor copia de agua, porque con este viento levante son mayores las nieblas y la destilación más abundante. Cógense cada día más de veinte botas de agua».

Añade después que junto al árbol hay un guarda puesto por el Consejo del pueblo con casa y salario, el cual dá a cada vecino siete botijas de agua al día, sin contar con la que dá a los señores, que es mucha más.

Fácil será a nuestros lectores comprender,—y más si tienen en cuenta la carencia absoluta de toda otra agua, que, según los cronistas de aquella época, padecía esta isla,—la altísima estima en que el famoso árbol sería tenido por los herreños. Tan marcada providencia como la que este árbol patentizaba, sólo existe una,—que a nosotros se nos alcance,—y es en la historia del pueblo escogido de Dios, cuando del Egipto salió por su mandato hacia la tierra de promisión, y en su paso por el inmenso desierto recibía el alimento cotidiano del cielo en forma de maná.

Pero aún pensaron llevar los insulares a más la

providencia del árbol, y fué que quisieron sacar de él la libertad que los europeos les habían arrebatado; y a la verdad, que próximos estuvieron de lograrlo; pero el amor de una isleña hacia un castellano pudo más que todas las virtudes del «Garóé», y el rendimiento de su femenina pasión vino a ser causa de la esclavitud de su pueblo.

¡Saludables enseñanzas las de la Historia!



## X L I X

Continúa la leyenda del árbol

"Garóé".

Los colonos normandos, a quienes Bethencourt había vinculado las tierras del Hierro, y la pequeña guarnición, en parte castellana, que en la misma isla quedó para garantía y defensa de dichas propiedades, notó, a poco de ausentarse las naves europeas, una apremiante necesidad; y era la de proveerse de agua potable, que no hallaban por más que ahincadamente la buscaban por toda la extensión de sus flamantes dominios.

Aunque parezca extraño a primera vista que hasta ese momento no echasen de menos tan capital elemento de vida, siendo así que hacía ya tres meses que habitaban en la isla, existe una razón, obvia y sencilla, que dá la causa de ello.

Recuérdese que su primitiva estancia y sus exploraciones no se extendieron al interior, sino a una estrecha faja litoral, y se comprenderá que no es raro no hallaran manantial alguno de dicha agua.

Internarse en la isla sin más objeto que el de buscarla, holgaba, puesto que de ella debían de poseer a bordo abundante provisión.

Sea por esta causa, como creemos, o por otra, y aún concediendo que fuera por incalificable imprevisión, es lo único cierto y de interés para la narración que venimos exponiendo, que los colonos y los guerreros de Bethencourt sentían ya los horrores de la sed en el momento en que ella comienza.

A qué era debido todo ello fácil es adivinarlo: los indígenas, que con tanta repugnancia habíanse visto forzados a admitir la dominación impuesta por los raptos de su Rey y de sus más valiosos súbditos, dirigieron sus agobiados pensamientos al famoso árbol que con su prodigiosa virtud daba la posibilidad de vida a ellos, a toda la variada flora y a la numerosa fauna que poblaba la isla.

Ya que no podían cortarlo, porque con ello la muerte o la emigración hubiera alcanzado a todos por igual, decidieron ocultarlo a los extranjeros cubriéndolo con espesas enramadas, de verdor y de apariencia naturales a la vista de todo el que no estuviera en el secreto de la estratagema.

Los invasores estaban colmados de extrañeza al ver, según las apariencias se lo mostraban, aquella naturaleza lozana, y aquellos hombres vigorosos, que no contaban entre sus necesidades con una de tanto apremio para todos los demás seres vivos, como es la que sólo puede satisfacer el líquido elemento; para salir de agobios preguntaban a los indígenas la causa de esa excepción, y ellos, con depurada socarronería, contestaban, fingiendo extrañeza por la pregunta, que jamás habían visto otra agua, ni aún noticias de su posible existencia, que de aquella que proviene del

cielo en forma de lluvia; que cuando esta no se producía, se pasaban sin ella libres de toda necesidad.

Estas cavilaciones llenaban casi por completo el espíritu de los europeos. y más, a medida que el tiempo pasaba, porque con ello se convencían,—si alguna duda pudo haberles en un principio,—que lo que era tan llano y fácil para la existencia de los indígenas, era de tan extremada dificultad para la vida de sus cuerpos, que iba a costarles su pérdida, junto con el más cruel sufrimiento.



Lo que parece mentira en esta narración, es que el espíritu castellano fuera tan jacarero y dado al tributo de la belleza,—aunque se trate de la más íntegra y depurada de la tierra, como es la mujer,—que en tales trances se dieran a su conquista y a su pagana adoración.

Si fueron muchos o pocos los que triunfaron en esta escabrosa empresa, no lo dicen los cronistas; pero a nuestro asunto basta con saber que hubo uno, que de tal modo se adueñó de los pensamientos y del corazón de una bellísima herreña, que después de haberle entregado ella su voluntad y el tesoro que guardaba de más alta estima, le salvó la vida a él y a todos sus compañeros a costa de la suya propia.

En efecto: el ardid de los isleños iba a surtir sus resultados: los extranjeros, a punto de muerte, determinaron alejarse para siempre de aquella tierra maldita para ellos.

Ya tocaban a su término los aprestos de la partida, cuando tuvo noticia de ella la joven enamorada, quien inmediatamente corrió al lado de su amante con el firme propósito de no dejarlo marchar, fueran cuales fueren las costas y los alcances de sus vehementes propósitos, porque en los designios del amor todo análisis o reflexión carece de lugar y de espacio.

Cuando al fin se halló junto al castellano, pudo sobre ella más su amor que el de la patria; y por eso vendió a esta para conservar a aquel junto a sí, puesto que reveló a él aquello que sus paisanos con tanto empeño ocultaban a los invasores, o sea el misterio del árbol prodigioso.

Los castellanos, que tal revelación oyeron de labios de la bella insular, más creyeron en su enajenación mental que en la existencia positiva del árbol, porque esto último resultaba demasiado lejos de los límites de lo natural para ser admitido; sin embargo de sus escepticismos fueron al lugar que les había señalado la indígena, y vieron con estupor la plenitud del prodigio que allí se cumplía.

Gracias rendidas enviaron al cielo y a la apasionada mujer de quien tan singular favor habían recibido; y en posesión del secreto vital de la isla, quedaron en ella felices y tranquilos.

La pobre mujer, a quien las ansias de su amor hicieron protagonista de este suceso, tuvo la desgracia de caer en manos de sus compatriotas, quienes la hicieron pagar cruelmente su fatal revelación aplastando su bello cuerpo bajo el peso de una enorme piedra.



## L

### Paternal solicitud de Bethencourt hacia sus nuevos Estados.

**D**EJEMOS ya a los colonos castellanos y normandos de la isla del Hierro — felices desde que hallaron al pródigo «Garoé» — disfrutar de todas sus bienandanzas en la más inturbable paz, y vámonos al oriente del Archipiélago en busca de Bethencourt que, curado de su ardor bélico, se ocupa ahora de la buena organización y acertado gobierno de la naciente colonia.

Con buenos vientos, habían hecho las dos naves europeas rápida travesía desde el Hierro a Fuerteventura; al momento en que nosotros llegamos, se encontraba Bethencourt en la fortaleza de «Valtarajal», ocupado, como dijimos, en resolver árduos problemas referentes a la buena administración y al risueño porvenir de sus recién conquistados territorios.

Según las noticias que nos han dado sus cronistas, lo primero que hizo en este orden, fué ocuparse en el repartimiento de las tierras, aguas y habitaciones, en-

tre todos sus pobladores, tanto aborígenes como foráneos; y en ello dicen que fuvo muy en cuenta los merecimientos de cada uno, por lo que dicho reparto fué de estricta justicia;—claro es que según el concepto de aquella época.

Relevó a los colonos de todo feudo o tributo por nueve años a contar desde la fecha de posesión; con lo que dió una grande ventaja al desenvolvimiento económico del país, y una prueba evidente de su magnánimo desprendimiento personal.

Sólo se reservó un privilegio, y fué el de la venta de la orchilla, —aquella planta estimadísima por los fenicios para la coloración de la seda, y por la que le aplicaron a la isla el nombre de «Purpurina».

Igual pauta de desinterés personal impuso a todos sus allegados, pues a los párrocos que él nombró para las dos iglesias fundadas, la una en Lanzarote y la otra en Fuerteventura, los hizo avenirse con el trigésimo de los frutos, en lugar del décimo como la iglesia establecía.

Después de ésto, nombró Virrey o Lugar-Teniente, para el tiempo de su ausencia, que ya se avecinaba, a su primo Maciot de Bethencourt, encomendándole como norma de conducta en todos sus actos y determinaciones de gobierno, mesura, justicia y amor entrañable a sus súbditos.

A continuación le encomendó que nombrase para cada isla dos Alcaldes Mayores, o jueces, para la administración de justicia, y varios Regidores sacados de la nobleza, para dar luz y consejo a aquellos en los asuntos de mayor importancia o de difícil sentencia, terminando su plática con estas sublimes palabras, que parecen dictadas por el nobilísimo corazón de aquel hidalgo manchego, espejo de nobleza. «Nada te suplica

»con más ansia mi corazón, que la paz y la buena armonía; no mires nunca a tus súbditos sino como a hermanos; siendo el espíritu de envidia y la disensión el único monstruo que debes sofocar donde quiera y al instante que nazca. Yo os dejo a todos unos países dilatados; entregáos enteramente a su cultivo para que la ponzoña de la ociosidad no corrompa vuestros corazones, ni haga de unos héroes dignos de fama, unos hombres viles y revoltosos».

Cumplido este imperativo de su alma, llamó a un tal Juan, de sobrenombre «el albañil», por ser de este oficio, y le dió encargo e instrucciones para la edificación de dos iglesias; la una en Fuerteventura, para consagrarla al culto de nuestra Sra. de Bethencouria, y la otra en Lanzarote, para ponerla bajo la advocación de San Marcial.

Si con eso dió nueva prueba de su acendrada y espléndida piedad religiosa, con la distribución que hizo de sus rentas feudales mostró su noble desinterés material, pues de ellas hizo cinco partes que distribuyó en la siguiente forma: una para su sobrino y Lugarteniente Maciot; dos para la fabricación de las iglesias antedichas, y las otras dos para la ejecución de obras públicas.

Después de todo esto, y antes de partirse para la Normandía, quiso girar una visita minuciosa a todos los lugares y aldeuelas de sus Estados; y a ese efecto organizó una expedición en la que figuraba Maciot en primer término, los más distinguidos personajes de la colonia, y tres intérpretes, porque aun cuando entre aquéllos, los más antiguos en el país entendían y aún hablaban las lenguas indígenas, Bethencourt quiso evitar toda dificultad de mutua comprensión, valiéndose de estos intermediarios.

Tres meses invirtió en recorrer la isla de Fuerteventura, haciendo entender por doquiera a los sencillos indígenas cuán grande era su amor y su solicitud por ellos, y que para atender debidamente a sus necesidades, fueren ellas de la índole que fuesen, les prevenía que el día 15 de Diciembre era el designado para su partida, y que como esa fecha se hallaba próxima, se diesen prisa por acudir a él para exponerle sus demandas, que pródicamente serían atendidas.

La gratitud del noble pueblo indígena se hizo ostensible en las emocionantes manifestaciones que sin cesar acompañaron al sabio y amoroso caudillo legislador.

A los dos ex-Reyes de la isla, Guize y Oyoze, cedió cuatrocientas fanegas de tierras labrantías y forestales exentas de todo tributo durante nueve años; con lo que se consolaron de la pérdida de sus antiguos Estados de Maxarota y de Jandía.

Por último, se trasladó Bethencourt con todo su séquito a la isla de Lanzarote, con propósito de cumplir en ella lo que dejaba hecho en Fuerteventura; como en efecto sucedió con igual reconocimiento y gratitud por parte de los indígenas de esta isla que lo habían sido por los de la otra.

Al antiguo soberano Guadarfías, le hizo merced de trescientas fanegas de tierra de labor, y aun del castillo de Zonzama, emplazado en el centro de la isla, pero bajo condición de que no había de fortificarlo.

Con estas y otras previsoras acciones de gobierno, captóse hasta tal punto el amor de sus súbditos, que, como veremos, su partida para Castilla produjo hondo duelo en toda la colonia.

## L I

### Partida de Bethencourt hacia el Reino de Castilla.

**C**UANDO Bethencourt hubo terminado su excursión por la isla de Lanzarote, y satisfecho a cuantas demanda; justas halló a su paso, ya estaba cerca la fecha de su partida hacia Castilla.

Parece como si la proximidad de la separación avivara en su pecho la efusión del cariño; y este sentimiento excelso ponía más alteza en sus miras y mayor acierto en sus actos. ¡Sublime el gobierno y feliz la obediencia que en el amor se autorizan!

Para hallar más garantías de acierto en sus paternales deseos, convocó en el castillo de Rubicón una *asamblea magna*, integrada por su *Lugarteniente Maciot*, por los capellanes *Bontier* y *Leverrier*, por los soberanos,—ya repuestos en su autoridad y rango,—*Luis Guadarñas*, *Luis Guize* y *Alfonso Oyoze*; por los hidalgos, soldados, albañiles, carpinteros etc., etc., que componían un total de más de doscientas personas.

A todos los obsequió con un banquete de regia munificencia; y después de él, y de las expansiones cordiales que suelen engendrarse en estos actos, pidió atención para las palabras que pensaba decirles.

En el silencio que envolvió al lugar, vibraron éstas, interceptadas con frecuencia porque los suspiros y la congoja que del pecho del orador salían al espacio, les cerraban su paso en la garganta: «Mis amigos y hermanos en Jesucristo: ¿quién no vé que todo este país, »y nosotros mismos hemos sido objeto de las gracias »y bendiciones del Todopoderoso? Dios nos ha tomado como instrumentos de una obra grande. Nosotros »hemos sujetado a la verdadera Fe los bárbaros de »cuatro hermosas islas, y hemos exaltado así nuestras »armas y el nombre del Señor».

«Congratulémonos; y ojalá quiera este mismo Numen invisible, que ha dirigido nuestros brazos, y cortado los laureles con que se ha coronado esta porción »de la conquista, consumir nuestra gloriosa obra, inspirando en nuestros corazones todos los sentimientos »de paz y caridad».

«Solamente os he llamado a esta fortaleza para comunicaros estos afectos de gratitud de que tengo penetrada el alma, y para explicaros por mi boca las »providencias que he resuelto tomar por lo concerniente al gobierno político y económico de mis Estados. »Ya sabéis que he nombrado por mi Lugarteniente y »Gobernador a Maciot de Bethencourt, mi pariente, a »quién desde ahora traspaso toda mi autoridad, para »que, en paz o en guerra, maneje los negocios conforme al honor de su calidad, a la atención que piden mis »intereses y a la felicidad que se debe a todo el país. »¿Podré lisonjearme de que le obedeceréis, y atenderéis como a quien representa a mi persona y mi casa?»

«Tampoco ignoráis que el derecho de «quintos» que me pertenece en las islas, le tengo distribuido de forma que Maciot tenga con qué sostener el lustre de su dignidad, y las islas de Lanzarote y Fuerteventura dos iglesias decentes para los Oficios Divinos. Pero como no consiste la verdadera religión en tener grandes templos y adornos magníficos, nada os suplico con más ansia que el que seáis buenos cristianos, amando, temiendo y sirviendo a Dios Nuestro Señor».

«Yo parto con el empeño de daros un Obispo, que vele sobre el gobierno espiritual de esta reciente iglesia; y puedo deciros que este es el principal impulso que me lleva a España y a Roma. Pedid al Señor me dilate la vida hasta conseguirlo... Y vosotros, mis amados vasallos, grandes o pequeños, plebeyos o nobles, si tenéis alguna cosa que pedirme o advertirme; si halláis en mi conducta de que quejaros, no receléis hablar. A todo el mundo deseo hacer gracia y justicia.»

El amor y la ingénua nobleza que este discurso descubría, cautivó los ánimos de todo el auditorio; y sólo con el llanto copioso de sus ojos pudieron manifestar los oyentes toda la intensidad de la emoción que les llenaba, porque palabras no pudieron articular sus oprimidas gargantas.

Después de esto,—y como ya había sonado la hora dolorosa de la partida,—Juan Leverrier rogó a Bethencourt lo dejase marchar y no separarse de su amable compañía.

El noble normando accedió a ello, y con él y una reducida escolta, pasó a bordo de una de sus dos naves, lista ya para hacerse a la mar.

Y fué tan acerbo el dolor que con esto recibieron los leales europeos, y sobre todo los ingénuos indíge-

nas, que el tumulto de sus desgarradas lamentaciones llenaba los espacios. Bethencourt procuraba darles calma y consuelo con la esperanza de su pronto regreso; pero un instinto que solo al amor pertenece, les decía al corazón que no había de suceder así; y por eso aumentaba el duelo en el pueblo y menguaba el ánimo en el mismo Bethencourt; y cuando el bajel dió sus velas al viento, y comenzó lentamente a abrir con su roda un releje de espumas camino de España, hubo muchos que se lanzaron al agua con el loco empeño de alcanzar al navío, cuyas vergas ya cruñían al impulso creciente de la brisa: otros sobre la playa, o sobre los rocosos cantiles, gritaban desolados: «Soberano y Rey nuestro, ¿por qué nos abandonáis tan temprano? ¿Será posible que no os volvamos a ver más? ¿Qué será de este pobre país, olvidado de un Señor tan advertido y tan prudente? ¡Ah! Si pudiéramos apartar de nuestra patria esta desolación! Pero, pues, es voluntad vuestra, sea así, y nosotros nos resignaremos!»

Bethencourt, sobre la ciudadela de la nave, se ahogaba en sollozos; y sólo con las manos pudo darles su último adiós, hasta que la nave ligera y el sol vespéral traspusieron los bordes del horizonte.



## L I I

Bethencourt es aclamado por los  
pueblos, y honrado por Pontífices  
y Soberanos.

**A** los siete días de haber zarpado de Lanzarote la nave de Bethencourt, avistaba la risueña bocana del famoso río de la Bética; y remontando su cauce al impulso de numerosos remos, llegaba por fin a la gentilísima Sevilla y se acoderaba a sus muelles con previsión y designio de larga estadía.

La corte de Enrique III ya no estaba en esta ciudad, sino en Valladolid, que era su verdadera sede, y esta circunstancia obligó a nuestro caudillo a emprender, sin más plazo, el camino de ella.

El monarca castellano tuvo para Bethencourt una acogida cordialísima y magnífica, pues los regocijos públicos organizados en su honor, se sucedieron sin tregua durante todo el tiempo que se dilató su estancia en dicha ciudad.

En la primera audiencia que obtuvo del expresado soberano consiguió la ratificación de todos sus privi-

legios, honores y mercedes, más una carta dirigida al Papa Inocencio VII, en apoyo de sus pretensiones respecto a la creación del Obispado de Canarias.

Además, el rey castellano, para dar plena prueba de su benevolencia hacia el conquistador normando, dejó a su libre elección la persona que había de ser propuesta para tan alta dignidad.

Bethencourt señaló a un clérigo sevillano que se llamaba don Alberto de las Casas o Casaus, y que era hermano de Guillen de las Casas o Casaus, esposo de una sobrina del prócer francés llamada D.<sup>a</sup> Inés de Bracamonte.

Unos dicen que dicho clérigo era hombre de providad notoria y de grandes talentos, cosas ambas de positivo valor para escalar el rango de Príncipe de la iglesia, o cualquier otro fuera de ella; pero algunos aseguran que su único merecimiento estaba en el vínculo familiar que le unía con Bethencourt.

Lo que hay de fundamento en estos testimonios tan divergentes yo no lo sé, ni me he ocupado en indagarlo, por falta de tiempo y por falta de interés en bucear vidas privadas; pero lo que sí digo con pleno convencimiento, es que si por los frutos se conoce al árbol y al hombre por sus acciones, las de éste, en su vida apostólica, fué excelsa en merecimientos y fecunda en resultados; y que por lo tanto el proto-obispo de Canarias, D. Alberto de las Casas, fué un dignísimo prelado de la Iglesia.

Pero volvamos la atención, lector amable, hacia nuestro protagonista, que vá a entrar en ese periodo falaz de los halagos humanos y de los ruidosos encumbramientos que siempre nos presentan las historias de los grandes hombres en el borde escondido de sus grandes desgracias.

Con la valiosa carta, y con dos hermosas hacaneas y una mula que recibió como regalo del Rey, partió para Roma, no sin antes haber provisto a todos sus criados de las más rozagantes libreas que pudo hallar en todo Valladolid.

En la histórica ciudad se encontró de allí a poco, rodeado de tantos honores y halagos como lo estuvo en la corte castellana; y el Papa mismo extremó tanto sus deferencias para con él, como solo usaba con los más esclarecidos y cristianos monarcas.

En esa época hallábase la Iglesia católica dividida irreconciliablemente por un cisma; Inocencio VII en Roma, y el español Pedro de Luna en Aviñón, con nombre de Benedicto XIII, acaudillando cada uno a sus parciales, fulminaban terribles excomuniones contra los adversarios. De aquí puede colegirse cual sería la satisfacción que Inocencio recibiera con la pleitesía que, desde ignotos territorios oceánicos, venía a rendirle tan principal personaje; y más, cuando vió la carta que le traía del poderoso monarca castellano.

Por todo esto, y quizás también por elevado interés evangélico, no puso el menor reparo a los deseos de Bethencourt, sino que enseguida otorgó las Bulas necesarias a favor del citado D. Alberto de las Casas, a quien dió su bendición y dejó partir hacia el Reino de Castilla con una grata misiva para el rey D. Enrique.

Al prócer normando no lo dejó partir tan pronto, porque lo acuciaba sin cesar la curiosidad por recibir noticias de las antiguas y misteriosas Afortunadas, a lo cual correspondía Bethencourt prolijamente; y tanta satisfacción recibía el Papa con sus discursos, que llegó a cederle alojamiento en su propio palacio para que ellos fueran más frecuentes y extensos.

Tres semanas pasó nuestro héroe en tan muelle y

honrada existencia; pero al final de ese tiempo recordó motivos poderosos que a su Patria lo llamaban, y hacia ella emprendió el camino.»



El que tomó, pasaba por Florencia, espléndida capital de la Toscana, y cumbre de riquezas, de artes y de ciencias, cuya fama llenaba al mundo civilizado de aquella época.

Bethencourt aprovechó su escala en dicha ciudad para conocer los riquísimos tesoros artísticos e históricos de ella, y al efecto tomó hospedaje en una posada de su calle Mayor que la llamaban «del Ciervo» porque usaba como divisa una cabeza de este animal sobre su puerta de entrada.

Apenas se supo allí la calidad y la nobleza del peregrino recién llegado de Roma, corrió por toda la ciudad su fama y sus prestigios, y de allí a poco vióse invadida la posada, y aún la calle, de una muchedumbre formada por todas las clases sociales, que venían ávidas de conocer y de honrar al famoso conquistador y Príncipe de las islas Atlántidas.

Durante los cuatro días que permaneció en la ciudad no cesaron los festejos celebrados en su honor; todos porflaban por obsequiar al ilustre huésped, pero a todos superó, por su largueza, un comerciante riquísimo que se había encontrado en Sevilla en una de las ocasiones en que allí estuvo Bethencourt, y que, con esta oportunidad, trabaron los dos muy buena amistad.

Para dar mayor honor al ilustre huesped, este comerciante dirigió un oficio al Gobierno florentino, cuya contestación inmediata fué enviarle éste a Bethencourt al propio «Gonfaloniero» con un espléndido obsequio, y una efusiva salutación en nombre de la serenísima República.



## L I I I

### Males que siguieron a la im- prudencia de una mujer.

**B**ETHENCOURT salió por fin de Florencia y de la Toscana colmado de agasajos y de honores, y emprendió el viaje hacia sus Estados feudales de Normandía, a donde lo llevaban elevados intereses económicos y el amor de su esposa.

Al pasar por París, que en su camino se hallaba, detúvose ochos días, que fueron suficientes para hacer notar su presencia, y con ello despertar el interés de la populosa ciudad. También recibió agasajos allí, como en todos los lugares que cruzó después de regresar de sus Estados atlánticos; pero como la misma proximidad de su hogar daba a su corazón mayores deseos de verse en él, no quiso prolongar más tiempo su regalada existencia en la ya famosa y muelle capital francesa, sino que en seguida dió comienzo a la última jornada de su dilatado viaje.

En el palacio de Bethencourt,—territorio de Bray,

—dónde por fin llegó, fué acogido efusivamente por su esposa Madame Fayel y por muchos de sus deudos y amigos; y tanta placidez halló en estos cariños, que por algunos días quiso gozarla olvidado de todo otro asunto u ocupación que no fueran las caricias de su mujer y las solicitudes de sus allegados.

Después cambió esta residencia por la del castillo de Grainville le Tainturriere,—que era la de su predilección,— y allí recibió la visita de su hermano Reynaldo, que le fué gratísima por el intenso amor que le profesaba, y por el largo espacio de años que habían vivido ausentes, y casi ignorados, el uno del otro.

Con instancias le obligó a permanecer en su compañía, en lo que Reynaldo tuvo al parecer mucho gusto, porque ella era también la de una de las más hermosas mujeres de aquellos Estados, como sin duda lo fué la citada Mme. Fayel.

La mollicie del hogar y los halagos de la mujer, enervaron la virilidad de los más levantados pensamientos del héroe,—que desde entonces dejó de serlo,—y oculta en la felicidad,—que solo es de ordinario inconsciencia,—le vino la desgracia, que es el contacto de casi todas las realidades de la vida.

Lo primero que hizo en su blanda existencia de placeres, fué perder el recuerdo y la atención que de sus pensamientos y de sus actividades merecían los Estados canarios.

Un día tuvo noticias de que Maciot había despachado desde Lanzarote, con rumbo a Harfleur, dos hermosos navíos con ricos cargamentos de productos indígenas.

Esto despertó de los dormidos pensamientos del antiguo caudillo sus indolentes recuerdos, y esperó un día y otro día la llegada de dichos barcos, portadores

también de amplias noticias que siempre debieron de interesarle vivamente. Pero los barcos no llegaron nunca a su destino, ni se sabe a cual otro. Quizás fueron aniquilados por las violencias de los temporales, o tal vez fueran destruidos por navíos piratas, y convertidos en esclavos sus pobres tripulantes. Algunos aseguran que zozobraron en una borrasca que les alcanzó a la altura de la Rochela.

Después de esta desgracia, las otras se precipitaron, porque parece que ellas tienen la virtud de arrastrarse las unas a las otras; pero de todas, la que más desgarradoramente hirió al ex-héroe, fué una que nació de cierta imprudencia de su bella esposa.



Esta, además de poseer el tesoro de serlo, frisaba en esa edad espléndida de la mujer, que ni es adolescencia andrógina, ni madurez declinante, sino plenitud íntegra, la cual suele bordear a los treinta años; el antiguo aventurero, por el contrario, pasaba ya de los cincuenta; y esta imprudente diferencia de veinte años en las edades de entrambos, dió lugar a la tragedia familiar que vamos a relatar, aunque huyendo de por menores que nos imponen debidos respetos.

Reynaldo, el hermano y huésped ahora de Beihencourt, era un hombre que poseía apostura y otras condiciones excepcionalmente favorables para merecer la atención, y aún las más o menos disimuladas admiraciones de las mujeres.

Estaba casado, pero con una señora de más edad

que él. lo cual, como todo lo que infringe las leyes naturales, suele tener mal término.

Un día Mme. Fayel tuvo la fatal ocurrencia de aludir a las mal avenidas edades que en ambos matrimonios había; y aun cometió la imprudencia de decir lo que nunca debió ni aun pensar por respeto a su marido, y fué que hubiera sido más acertado que ella se hubiera casado con Reynaldo, que era más joven y apuesto, y él, su esposo, con la mujer de su hermano que era más vieja.

Esta frase, quizás inocente, fué tomada por Bethencourt como un agravio imperdonable, y fatalmente vino a despertar en su pecho la duda más funesta que puede atormentarnos: los celos.

La primera consecuencia de ellos fué el que el Barón arrojara de su hogar a su propio hermano; la segunda fué el martirio continuo conque castigó a su mujer; la tercera el suyo propio, y las demás las iremos viendo en su lugar.

Creyendo que con la ausencia se acallarían sus recuerdos y dormirían sus dolores, pensó en volver a sus olvidados territorios del Atlántico, y notó que nunca como entonces sentía su nostalgia y la falta de su cariño; y es que mientras más amargas nos dan los amores, más intensos y más elevados solemos ponerlos; por eso es por lo que siempre se dice que en los sufrimientos se afirman y se acrisolan las virtudes.

Su amigo y protector D. Enrique III de Castilla, había muerto, sucediéndole en el trono D. Juan II, que era un niño de corta edad, por lo que se vió sometido desde su coronación a la regencia de su madre D.<sup>a</sup> Catalina de Lancaster.

Claro es que esta pérdida contrarió mucho a Bethencourt; pero como en aquella corte contaba aún con

la amistad de influyentes magnates, y sobre todo, con la privanza de su tío Roberto de Bracamonte, emprendió decidido el camino de Valladolid, adonde llegó en los promedios del mes de Junio de 1412.



## LIV

### El dilema de un héroe: el deber y el amor. La muerte de Bethencourt.

**E**L motivo que llevaba a Bethencourt esta vez a Valladolid, era el de rendir sus homenajes al nuevo Rey D. Juan II, y el de recabar de su madre, regente de Castilla, la ratificación de sus derechos sobre los territorios por él conquistados en el Archipiélago Canario.

Sirvióle en tal ocasión de valioso procurador su propio tío el Sr. de Bracamonte; y tan plena satisfacción obtuvieron sus deseos en el ánimo de D.<sup>a</sup> Catalina de Lancaster, que no solamente le fueron confirmados los fueros y las preeminencias recibidas de don Enrique III, sino otras nuevas y de altísimo valor, como fué la de poder «batir monedas dentro de sus Estados de Canarias en el número y con el cuño que él quisiese, para circular libre y legalmente en dichos Estados, en tanto el rey no dispusiese otra cosa».

Esto hubiera colmado sus ambiciones de gloria en

otros periodos de su vida, pero ahora llevaba sobre su ánimo una pesadumbre que con nada podía aliviar, y era la impotencia de su senectud, y el presentimiento de la infidelidad de su esposa.

Lucharon en su ánimo rudamente opuestos deseos; el del deber, que lo impulsaba hacia los territorios Canarios, y el de los celos que lo arrastraba al lado de su esposa.

Por fin venció este último, echando por tierra todo otro estímulo de gloria, de conciencia o de interés.

Entonces escribió desde el mismo Valladolid a su Lugarteniente Maciot, ordenándole que pusiera a la venta todos sus derechos sobre aquellos territorios atlánticos que ya no volvería a ver más.

Esto lo hizo sin duda para evitar que ellos pasasen después de su muerte, a poder de su hermano, y único heredero, Reynaldo.

Ya su vida, antes tan gloriosa, no tenía más misión que guardar y martirizar a una mujer depuesta de su honrado lugar de fiel esposa por la fuerza de una sospecha infamante.

El duque de Niebla, D. Enrique de Guzmán, adquirió para sí todos los citados derechos y honores, excepto el de posesión de la Isla de Fuerteventura que Bethencourt quiso guardar para sí hasta la muerte.

Las Escrituras de esta cesión se otorgaron el 15 de Noviembre de 1412 en la Ciudad de Sevilla.



Desposeído de sus más caras ilusiones de juventud, y agobiado por sus íntimos dolores, y por achaques de la vejez, que prematuramente se le vino encima, volvió a su Castillo de Grainville, donde, con vesánico furor, se dió a martirizar a su desgraciada esposa.

Lo primero que hizo fué arrebatarle todos sus vestidos, sus muebles íntimos y sus preseas, y con todo ello formó una pira, a la que dió fuego en su presencia; después la hizo recluir en severa prisión dentro de su propio castillo, con cuya dureza le vino la muerte prontamente.

Es raro que historiador tan documentado en sus conocimientos, y tan prolijo en sus exposiciones, como lo es Viera y Clavijo, nada diga respecto de este drama familiar, que al parecer fué de capital interés para la historia de Bethencourt, y aún para la de Canarias, por el decisivo influjo que en sus determinaciones tuvo.

Si todo ello fué cierto o apócrifo, nosotros no podemos discernirlo por carecer de documentos directos y fehacientes, pero en apoyo de su certeza están las autoridades históricas de D. Gregorio Chil y de don Agustín Millares de quienes lo hemos aprendido.



Desde época remota existían entre Inglaterra y Francia hondos rencores, a los cuales el tiempo, en lugar de borrar, dió pábulo hasta que de ellos surgió una de las más sangrientas guerras que tuvieron lugar en los tiempos medioevales.

En el año de 1409 los numerosos ejércitos de Enrique VIII, abordaban sobre una poderosa escuadra al puerto de Harfleur en Normandía.

Todos los nobles de aquella hermosa región francesa pusieron denodado empeño y bravura en su defensa; y cuando apreciaron la esterilidad de su leal heroísmo, optaron, antes que rendirse a los invasores, por abandonar sus castillos y sus feudos, e internarse camino de París, para allí aunar y renovar sus esfuerzos en defensa de la Patria.

En ese mismo año Bethencourt vió caer, demolido por las tropas británicas, su magnífico castillo de Saint Martín le Gaillard en el condado de Eu, y entonces, según unos,—Viera y Clavijo—se internó con los leales de Francia, y según otros—A. Millares,—se rindió a los enemigos de su Patria para conservar sus Estados de Caux, que ya se veían amenazados de destrucción por aquéllos.



Tres años después, o sea en 1412, y encontrándose en su castillo de Grainville, se sintió de repente invadido por una grave enfermedad. En este trance, llamó a todos sus deudos y amigos para darles su último adiós, y con especial interés, a su hermano Reynaldo; porque decía que le pesaba en el alma la injusta dureza con que le había tratado con motivo de sus torpes celos, de lo que deseaba pedirle perdón, y porque queriendo

declararlo su heredero universal, tenía muchas cosas que prevenirle verbalmente.

Reynaldo fué advertido prontamente de esta voluntad postrera de su arrepentido hermano, pero el rencor, inextinto en su pecho, le hizo vacilar antes de decidirse a correr al lado del agonizante; y mientras tanto, la muerte acogió a este último a poco de otorgar su testamento como tenía dicho.

Poco antes había rogado a su confesor e inseparable amigo Juan Leverrier, le dijera a su hermano cuando llegase, que partiera en dirección a París; que allí buscase un tal Jordán Guerart, a quien debía pedir un cofrecito que tenía un rótulo en el cual decía: «Estos son los papeles de Grainville y de Bethencourt», los cuales, en efecto, allí se encontraban.

Fué enterrado Bethencourt, como correspondía a su elevada alcurnia, frente al altar mayor de la capilla que poseía en Grainville le Tainturierer.

Su hermano tomó posesión de todo el mayorazgo, y aun del título de «Rey de las Canarias», a pesar de que dicho Archipiélago, como saben nuestros lectores, ya se había desprendido del feudo del Barón de Bethencourt.

— FIN DEL LIBRO I —

---

---

---

# INDICE

---

---

	PÁGINA
Portada . . . . .	1
Prólogo . . . . .	I
I.—La razón del pasado, del presente y del futuro de Canarias . . . . .	7
II.—El cumplimiento de un hecho histórico y el límite de dos edades . . . . .	11
III.—Las mitologías orientales y el ostracismo de un pueblo. . . . .	15
IV.—Por disipar un misterio y por satisfacer una culpa . . . . .	21
V.—Los soberanos del mar y las islas del Atlante . . . . .	27
VI.—El esplendor de un pueblo y el sepulcro de otro. . . . .	31
VII.—Un poético recuerdo de dudosa aceptación en la Historia de Canarias . . . . .	35
VIII.—Un hecho de plena confirmación, umbral de la Historia Canaria . . . . .	43
IX.—El olvido y la fábula interceptan la continuidad histórica del pueblo canario . . . . .	49
X.—Reliquias de la tradición y renacimiento de la Historia insular. . . . .	59
XI.—El renacimiento marítimo y su influencia en la Historia de Canarias. . . . .	69
XII.—Canarias reaparece ante el conocimiento de los pueblos . . . . .	75
XIII.—Prosigue la transcripción de Bocaccio. . . . .	79

<b>XIV.—Un hecho inexplicable en la Historia de la civilización canaria . . . . .</b>	<b>85</b>
<b>XV.—Creación del Principado de la Fortuna . . . . .</b>	<b>89</b>
<b>XVI.—La posesión de las Afortunadas enciende celos entre los más poderosos Monarcas . . . . .</b>	<b>93</b>
<b>XVII.—Se desvanece el sueño del Príncipe de la Fortuna . . . . .</b>	<b>97</b>
<b>XVIII.—Autoridades y argumentos denegatorios del viaje del Príncipe de la Fortuna . . . . .</b>	<b>101</b>
<b>XIX.—Feliz estancia y trágico fin de unos exploradores Aragoneses y Mallorquines en la isla Canaria . . . . .</b>	<b>105</b>
<b>XX.—La aventura del capitán Ruiz de Avendaño en la isla de Lanzarote . . . . .</b>	<b>111</b>
<b>XXI.—La tragedia de los trece hermanos. La hidalguía de un Guanarteme de la isla Gomera. . . . .</b>	<b>115</b>
<b>XXII.—La incursión de D. Gonzalo Peraza Martel . . . . .</b>	<b>121</b>
<b>XXIII.—Los dos corsarios normandos . . . . .</b>	<b>125</b>
<b>XXIV.—Azarosos comienzos del viaje de Bethencourt a Canarias . . . . .</b>	<b>129</b>
<b>XXV.—El proceso de Bethencourt y la asamblea de Alegranza . . . . .</b>	<b>133</b>
<b>XXVI.—Bethencourt en Lanzarote y Lasalle en Fuerteventura. Sedición de Brument. . . . .</b>	<b>139</b>
<b>XXVII.—Las redes de la tradición. . . . .</b>	<b>143</b>
<b>XXVIII.—El tártago de un sueño . . . . .</b>	<b>149</b>
<b>XXXIX.—Presagios de muerte . . . . .</b>	<b>155</b>
<b>XXX.—Aparece Castilla en la Historia de Canarias . . . . .</b>	<b>161</b>
<b>XXXI.—Las zozobras de Bethencourt se truecan en esperanzas . . . . .</b>	<b>165</b>
<b>XXXII.—Fuerza de exterminio . . . . .</b>	<b>169</b>
<b>XXXIII.—El término de la tragedia de Lanzarote . . . . .</b>	<b>175</b>
<b>XXXIV.—Segunda expedición a Fuerteventura . . . . .</b>	<b>181</b>
<b>XXXV.—Exploración de Gran Canaria, la Gomera, Hierro y la Palma . . . . .</b>	<b>185</b>
<b>XXXVI.—Regreso de Bethencourt a Lanzarote . . . . .</b>	<b>191</b>
<b>XXXVII.—El reto de Lasalle a Bethencourt . . . . .</b>	<b>197</b>

<i>XXXVIII.</i> —Infortunada expedición de Lasalle a Gran Canaria . . . . .	203
<i>XXXIX.</i> —El triste ocaso de un héroe. . . . .	209
<i>XL.</i> —Aciagos principios de la conquista de Fuerteventura . . . . .	215
<i>XLI.</i> —El deshonor y el aniquilamiento de los prestigios de Aníbal. . . . .	221
<i>XLII.</i> —La marcha de Bethencourt a Normandía. . . . .	225
<i>XLIII.</i> —Regreso de Bethencourt a Lanzarote. . . . .	229
<i>XLIV.</i> —Organización y partida para la conquista de Gran Canaria. La adversidad de los tiempos . . . . .	235
<i>XLV.</i> —La famosa batalla de Arguineguín . . . . .	241
<i>XLVI.</i> —Bethencourt en la Palma y en el Hierro: el Rey Arniche y su hermano Augeron . . . . .	247
<i>XLVII.</i> —La prisión del Rey Arniche, y la conquista de la isla del Hierro . . . . .	253
<i>XLVIII.</i> —La leyenda de un árbol prodigioso . . . . .	259
<i>XLIX.</i> —Continúa la leyenda del árbol «Garoé» . . . . .	265
<i>L.</i> —Paternal solicitud de Bethencourt hacia sus nuevos Estados . . . . .	269
<i>LI.</i> —Partida de Bethencourt hacia el Reino de Castilla . . . . .	273
<i>LII.</i> —Bethencourt es aclamado por los pueblos, y honrado por Pontífices y Soberanos. . . . .	277
<i>LIII.</i> —Males que siguieron a la imprudencia de una mujer. . . . .	283
<i>LIV.</i> —El dilema de un héroe: el deber y el amor. La muerte de Bethencourt . . . . .	289

## FÉ DE ERRATAS

Página	línea	Dice	Debe decir
102	30	PRINCIPIADO	PRINCIPADO
145	11	MUZELLA	MORELLA
181	1	ALBANIA	ERBANIA
191		XXXV	XXXVI
223	1	MAXORATA	MAXAROTA